

# MUJER

Revista del Mundo y de la Moda

Revista del Mes 50 Céntr.

Núm. 26

cehan



Ed. "Saturnino Calleja"

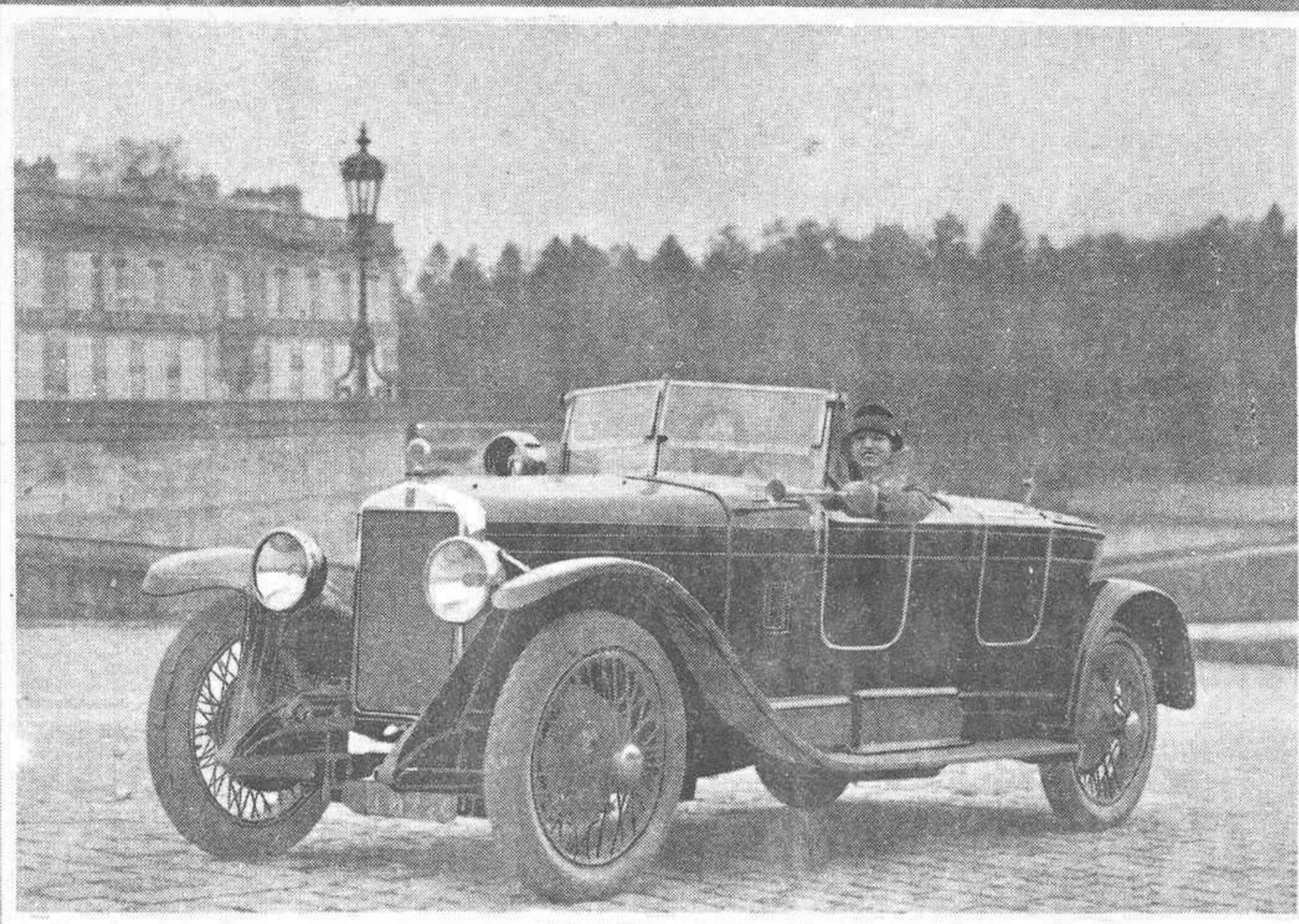
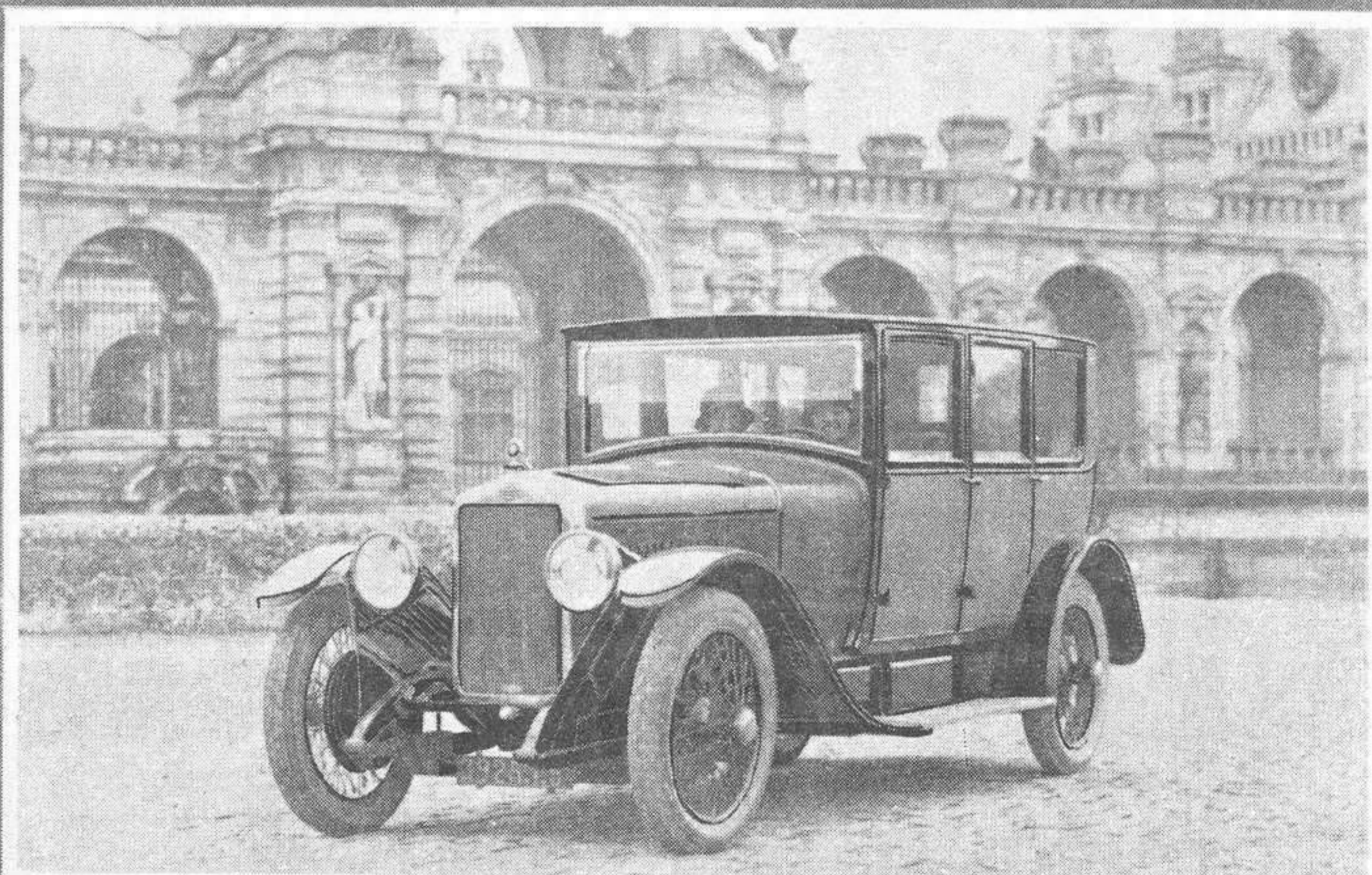
PROPIEDAD. DERECHOS RESERVADOS. PROHIBIDA LA REPRODUCCION TOTAL O PARCIAL.

# AUTOMÓVILES

*El*

## GEORGE S. IRVING

*el coche selecto*



REPRESENTANTE GENERAL PARA ESPAÑA

### MARTIN UZQUIANO

Aduana 23

Madrid

# MUJER

*Revista del Mundo y de la Moda*

Año II.—Núm. 20

DIRECTOR:  
RAFAEL CALLEJA

*Directora de la Moda:*

MADAME MARTINE RENIER

*Redactora-jefe de la Moda*

*en la Revista de Paris*

FEMINA

SE PUBLICA LOS MIÉRCOLES

NÚMERO: 50 CÉNTIMOS

SUSCRICIÓN:

ESPAÑA Y AMÉRICA: UN AÑO, 23 PESETAS.

SEMESTRE, 12 PESETAS. OTROS PAÍSES:

UN AÑO, 35 PESETAS.

6 Enero 1926

ADMINISTRACIÓN:

ED. "SATURNINO CALLEJA", S. A.

*Cierre y talleres:*

SAN SEBASTIÁN

*Correspondencia y suscripciones:*

CALLE DE VALENCIA, NÚMERO 28

Apartado 447

MADRID

## UNA INFORMACIÓN DE "MUJER"

*¿Cuál es a juicio de usted el mayor defecto de la vida moderna?  
¿Y cuál su mayor encanto?*



FOTO, BARRERA.

*Rosario Pino*

*¿Cuál es, a juicio de usted, el mayor defecto de la vida actual?*

¡Vaya con la preguntita!

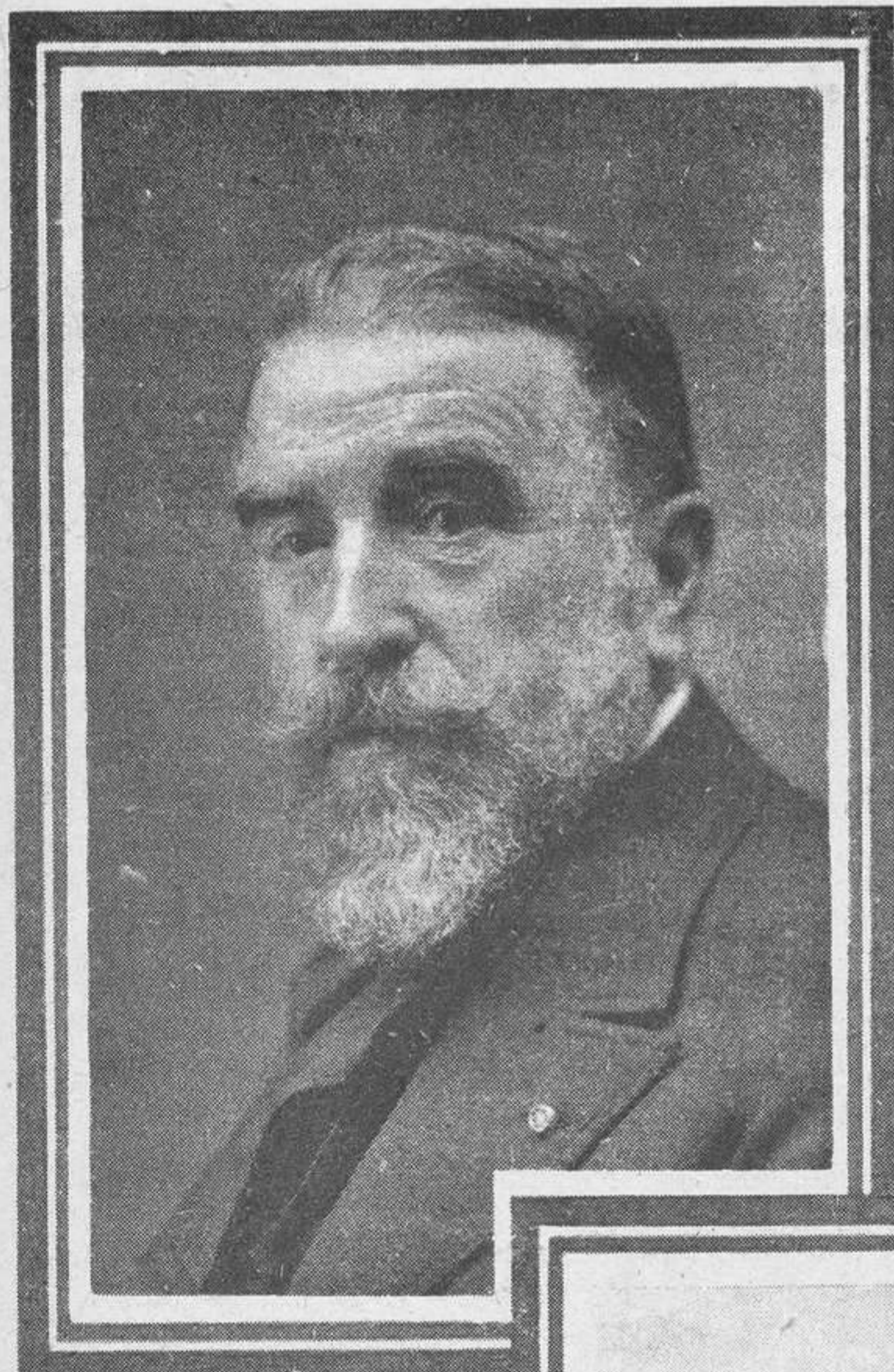
¿Sabe usted que si le dijese todo lo que se me ocurre iba a necesitar el periódico entero? Porque la vida —la vida con V mayúscula— no creo yo que tenga muchos defectos. Pero la vida... ay, amigo mío. Para mí, el mayor defecto de la vida moderna es el egoísmo. Parece como si no tuviésemos tiempo para pensar en los demás.

*Y ¿cuál su mayor encanto?*

Y vamos con la segunda pregunta.

¿El mayor encanto de la vida actual? Pues lo mismo que ayer y, probablemente, lo mismo que mañana: ¡vivir! ¿Le parece a usted que puede haber mayor encanto?

*Rosario Pino*



¿Cuál es, a juicio de usted, el mayor defecto de la vida actual?

Su frío y cruel positivismo.

Y ¿cuál su mayor encanto?

La Esperanza en un futuro próximo, en el cual, el Ideal sea el principal sostén del alma humana.

*Miguel Blay*

¿Cuál es, a juicio de usted, el mayor defecto de la vida actual?

¿El mayor defecto de la vida actual?...

¡Sobra de egoísmo!...

¡Falta de ideal!...

¡La vida no es vida sin una pasión!...

¡Admirar a Cristo!...

¡Seguir a Dantón!...

Encoger los hombros ante un Ideal, ese es el defecto de la vida actual.

Y ¿cuál su mayor encanto?

A esta pregunta, en seguida puede el hombre responder; el encanto de la vida es, sin duda, la mujer.

Lo digo a fe de Amadís, aunque, en erótico afán, yo no fui nunca un *Don Juan*... (Yo he sido, siempre, un *Don Luis*.)

*Luis de Tapia*

Miguel Blay



Manuel de Falla

¿Cuál es, a juicio de usted, el mayor defecto de la vida actual?

La inquietud.

Y ¿cuál su mayor encanto?

Ninguno.

*Manuel de Falla*



Luis de Tapia

# La eterna historia

Cuento por Joaquín Soriano

**V**AMOS a suponer por un momento que yo fuese íntimo amigo de la protagonista de esta especie de cuento. La conozco. ¡Vaya si la conozco! Es María Teresa Hontanares, hija de los marqueses de..., sobrina de..., vamos, lo que pudiéramos llamar una muchacha de lo mejorcito de nuestra buena sociedad.

Pues bien: hecha la presentación de la heroína, vamos al relato, que es lo que importa, ¿no?

María Teresa tiene diez y ocho años y una figura elegante, tiene un «Citroën», un *griffon* y una *freulein*; estos dos últimos aditamentos de una fealdad tan refinadamente cruel como expresa.

¿Qué puedo yo decirles de la personalidad moral de María Teresa...? Que hablaba tres idiomas, entre los que, como es natural, no figuraba el portugués ni, claro está, el catalán, y que pronunciaba perfectamente el francés y destrozaba sin piedad el castellano cuando tenía la desdichada idea de escribirlo.

Jugaba al *golf* para conservar la línea, y montaba a caballo.

Una tarde decidió salir con su *voiturette* a la carretera.

Ni que decir tiene que *freulein* y «Petain», el *griffon*, le acompañaban.

Me parece recordar que era una hermosa tarde de sol, y no digo que los pájaros cantaban en la floresta y las ranas croaban en los charcos, al par que los lindos angélicos pastorcillos tocaban la dulzaina o apedreaban los trenes, porque estos tópicos son ya hartos vulgares en toda descripción que se desestime. Pero conste que no los desdeño por cursis, pues el cursi, como el loco, son papeles que conviene representar en la vida de vez en cuando.

El motor de la *voiturette* rugía, y el cochecito iba lanzado por el llano a unos sesenta kilómetros por hora.

Todo era fácil en aquellos momentos, y más que todo, irse a la cuneta.

Pero de pronto, ¡horror!, un golpe; es decir, varios golpes, un frenazo y un pobre y desconocido ciclista que se levanta sacudiéndose el polvo y exclamando con una de esas risas nerviosas que son todo un poema:

—No ha sido nada, nada absolutamente. ¡Je, je!

—¡Dios mío! ¡Asegúreme usted que no se ha muerto!

—No, señorita; por ahora, no.

—*Aj mein Gott* —dice la *freulein* por toda aclaración.

El perro ladra también.

—Señorita, la bicicleta está como unos zorros —responde el pobre y desconocido ciclista, apartando los restos de su máquina con un pie, con el mismo gesto de resignación con que acogemos la noticia del matrimonio de un tío carnal con negocios en Bilbao.

—Entonces no tengo más remedio que llevarle a usted en mi coche hasta la estación de ferrocarril más próxima.

—No, más remedio, no; puedo ir andando.

Y al decir esto comenzó a caminar de un modo bien lamentable, por cierto.

—Yo le suplico que acepte; estoy aterrada, no sé lo que digo, perdóneme, se lo suplico.

Puso un gesto tan adorable y al pobre ciclista le dolía tanto una pierna, que no tuvo más remedio que aceptar.

Cuando María Teresa llegó a su casa rompió en sollozos. ¡Esos nervios!

Porque además, mis queridas lectoras, se me había olvidado decirles que el ciclista tenía los ojos verdes como la esmeralda.

□ □ □

En una sala íntima están la madre, los hermanos de María Teresa, una prima de ésta y un amigo, uno de esos amigos inseparables que no tienen otra misión que reír los chistes y comer desafortadamente.

—¡Hombre! ¿No sabéis lo que le ha pasado a Unzueta? —dice uno.

—¿Quién es Unzueta? —pregunta el padre de María Teresa, que ha abierto los ojos.

—Unzueta es —dice la marquesa— el sobrino de la de Castañeda, un muchacho aviador que se está cayendo un día sí y otro no.

—Sí, hombre, sí; un chico muy gracioso, que tiene muy buenos golpes, ¿no es eso? —dice uno de los muchachos, en su afán insufrible de hacer o intentar hacer chistes.

—¡Bueno!, sepamos lo ocurrido —dice María Teresa, presa de un vago temor.

—Pues veréis. Resulta que el pobre Fernando tenía que hacer todos los días un poco de ciclismo para que no se le anquilosase una rodilla.

—¿La rodilla que casi se machacó en su último accidente? —interrumpe uno.

—La misma. Pues bien: va esta tarde por la carretera y un «auto» le da un tortazo terrible.

María Teresa, con toda la atención de un radioescucha, más aún, con la de un criado indiscreto, no perdía sílaba de la conversación, y pretextando una jaqueca «insufrible», se retira a sus habitaciones.

Después de muchas vueltas y revueltas en la cama, María Teresa logra conciliar el sueño. Pero a poco sueña con el pobre ciclista que venía con la pierna en la mano, como pidiendo daños y perjuicios. La *voiturette* ríe abriendo una boca fantástica por su radiador, y exclama:

—Ahora vea usted lo que hace. Ustedes, los automovilistas, creen que no hay más que pisarnos el acelerador, como si uno no sintiese y padeciese. Y si al menos cada vez que nos pisan dijese cortésmente: «¡Usted dispense, señor automóvil!» Pero no, ni aun eso siquiera.

La *freulein* comienza a hablar; el perro, como remedándola, ladra.

A la mañana siguiente, María Teresa tenía algo de fiebre. Pero creyó pertinente preguntar por teléfono por su víctima.

□ □ □

Se encontraron «casualmente» varias tardes en el Ritz, en el Palacio del Hielo.

Poco después, Unzueta fué presentado a la familia de María Teresa, y dejó la aviación.

Todo parecía presagiar una desgracia, y, efectivamente, María Teresa le dijo «que sí».

Pasearon su idilio por el Retiro y lo dejaron posar en los cines de moda. El *charme* de María Teresa encantaba a Unzueta, y los ojos de éste eran para aquélla una libélula vaga de una vaga ilusión...

□ □ □

A los seis meses, los diarios rezaban la eterna cantinela: «Para su hijo, el bravo capitán D. Fernando Unzueta, ha sido pedida la mano, etc., etc.», y terminaba con una fecha próxima: la de la boda.

□ □ □

El matrimonio fué feliz el primer año, como es natural y común. Pasado este plazo, los señores de Unzueta, condes de Alcomiar, vendieron su *voiturette* en un precio increíble.

Y el joven conde exclamaba en el «Nuevo Club», entre el coro de risas de sus amigos:

—¡Chicos, aquel fué un atropello terrible! ¡No sé yo que se haya producido una víctima más infortunada que yo.

A María Teresa los ojos verdes le parecían ya vulgares. La eterna historia.



## La línea.

II

En España, sin que quiera censurar a mi Patria querida, la educación femenina empieza ahora a despertar de un letargo, ¿qué digo letargo? De un sueño profundísimo. Todas sabemos, aunque sólo ahora nos demos cuenta, cómo han sabido conservar nuestra incultura. Nos parece una crueldad horrible que a las japonesitas les corten los pies, y no nos damos cuenta de que aquellos salvajes son una copia perfecta de nuestros compañeros «civilizados».

El deber de los padres se ha limitado siempre a velar por nuestra salud espiritual y por el adorno intelectual (piano, francés, labores, un poco de dibujo, etc.) Hemos adelantado ya mucho en este terreno. Pero a pocos papás se les ocurre la idea de que sus niñas de hoy serán madres mañana. Y si se les ocurre es únicamente para gozar por adelantado el inefable anhelo de todos los abuelos. Es muy justo, pero no es bastante.

A nosotras se nos da una importancia mediocre en las cuestiones de fuerza y flexibilidad. Salen al paso el papá «tresillista», el hermanito «futebolero» y la mamá buena e ignorante para anatémizar el «marimachismo».

Comprendo sin esfuerzo que es antiestético que una mujer boxee, salte 1,85 o sea simplemente «recordwoman» de tal o cual recorrido con obstáculos. Me doy cuenta de que es ridículo que forme parte de un equipo de fútbol o rugby, llevo hasta encontrar absurdo e innecesario que atravesase a nado el Canal de la Mancha... Pero me parece más ridículo, más absurdo y más innecesario que una mujer conduzca un Citroën por la Castellana, que tale sus trenzas, que no sepa doblar la cintura ni correr dos metros con soltura, que pierda su tiempo, su salud y su vergüenza en los «tes dansants» y en los cines, y que, a estas alturas, necesite una «carabina» que cele por su decoro y por su respeto.

La mayoría de nuestras damitas practica los deportes, y hasta suele permitirse el lujo de algunos movimientos de gimnasia sueca.

Por tanto, me diréis, si vienes a predicarnos las excelencias del ejercicio físico, llegas tarde.

Y, sin embargo, ninguna o casi ninguna de las chicas que «hacen» deportes se dan realmente cuenta de su importancia y de sus resultados.

Sin llegar a los deportes violentos de las extranjeras, cuya eficacia es discutible, son muchas las que aquí, en casa, practican la equitación, el *ski*, el *golf*, el *tennis*, la natación. Pues bien: aun en este núcleo de privilegiadas que pueden «pagarse» esos ejercicios, son contadas las mujeres completas.

Porque hay que tener en cuenta que para jugar al *tennis*, por ejemplo, no basta con una *driver*, un vestido *Lenglen* y un *foulard* de colores, no. Hay que estar en condiciones físicas de soportar la transpiración, la fatiga que este deporte produce.

Y una mujercita clorótica o simplemente mal constituida no puede *ni debe* hacer este ejercicio. Quien dice éste dice otro cualquiera.

Esto es ya muy largo, y basta por hoy.

RAMAYHANA.

### ¡No os burléis del amor!

(Poema romántico.)

El caminante escucha al borde del torrente una voz tenue y vaga que, dolorosamente, con espasmos de muerte, con horrible estertor, aconseja al que pasa por aquellos parajes abruptos, solitarios, horrisonos, salvajes: «Doncellas y mancebos..., ¡no os burléis del amor!»

.....  
Erase un pueblo culto, valeroso, ideal, do germinaba el bien, desconocido el mal, transcurriendo los siglos en un auge creciente; érase su monarca señor de horca y cuchillo que habitaba vetusto, magnífico castillo enclavado en la selva, vecino del torrente.

Erase una princesa altiva cuanto hermosa, de cutis nacarado mezcla de nieve y rosa, de pupilas que al cielo robaron el color y los cabellos rayos al sol de mediodía... Era todo su cuerpo dechado de armonía; pero su pecho, frío, despreciaba el amor.

Amábase a sí misma con devoción pagana; creíase del orbe la egregia soberana superior en belleza, en talento y blasones a las demás mujeres que habitan en el mundo y cifran —¡inocentes!— su orgullo más profundo en el amor que abrigan sus tiernos corazones.

Cundió rápidamente la fama de la bella: en todos los países hablábase de ella, y el monarca, su padre, recibía altanero mensajes diplomáticos de cada soberano pidiendo de la infanta la codiciada mano para hacerla la esposa del príncipe heredero.

Mas la rubia damita, con un mohín de tedio, respondía indolente al mundanal asedio frunciendo despectiva su boca de rubí: —Que vengan los donceles a tributarme honores; vea yo si los príncipes que me ofrecen amores me igualan en estirpe y son dignos de mí...

Y de remotas tierras llegaron presurosos los príncipes reales, a tributar, gozosos, rendidos homenajes, ardiente pleitesía, a la princesa altiva de cuerpo nacarado, pupilas de turquesa y cabello dorado, sin saber que la bella del amor se reía.

Cada príncipe, amante se rindió a su belleza, y con frase galana, donosura y nobleza pidió correspondencia a su ferviente amor. Mas la princesa altiva, de corazón de hielo, escuchaba impasible, sin prodigar consuelo, al galán que dejaba sumido en el dolor...

Todos los pretendientes, nobles y enamorados, fueron por la orgullosa sin piedad rechazados, pues soñaba en un reino que poder gobernar. Y mientras que Cupido prepara su venganza, espera la princesa, contra toda esperanza, al rey ambicionado que la lleve al altar...

□ □ □

Cierta noche silente se escuchó en la arboleda una voz armoniosa, acariciante, leda, que cantaba romances de bucólico amor... La princesa, al oírla, se sintió enternecida y mandó a un emisario que trajera en seguida al que así se expresaba: ¡un gentil trovador!

El juglar, complaciente con su real auditorio, cantó con entusiasmo su vasto repertorio, ensalzando en sus versos al amor sin igual, amor puro y sencillo que vive de ilusiones, que enlaza dulcemente dos tiernos corazones y alimenta dos almas en un mismo ideal...

Un anhelo ignorado se adueñó de la hermosa, invadiendo su pecho de dicha misteriosa, de atracción hacia el vate, de tierna gratitud. Su corazón helado se inflamó de repente cual si una llamarada de luz resplandeciente brotara de las notas del mágico laúd...

Impulsiva y tirana, sin comprender su audacia, fiando en su belleza, en su estirpe y su gracia, que nadie resistiera, segura, dijo así: «¡Trovador, yo te amo...! Soy tuya en cuerpo y alma. Sin tu amor perdería para siempre la calma... ¡Tu talento te eleva hasta llegar a mí...»

«—¡Bellísima princesa, no tuerzas tu camino; el amor que hoy te abrasa, magnánimo, divino, ofréceselo a un príncipe que viva a tu nivel... Yo adoro a una sencilla y cándida pastora, que con tierna pasión también me adora» —respondió fríamente el apuesto doncel.

La princesa, humillada, transida, medio loca, se internó por el bosque, trepó de roca en roca, y al llegar al torrente que bramaba a sus pies precipitose rauda, y la luciente espuma la envolvió cual sudario de vaporosa pluma, besándola primero... ¡cubriéndola después!...

.....  
Y desde entonces se oye al borde del torrente una voz tenue y vaga que dolorosamente, con espasmos de muerte, con horrible estertor, aconseja al que pasa por aquellos parajes abruptos, solitarios, horrisonos, salvajes: «Doncellas y mancebos..., ¡no os burléis del amor!...»

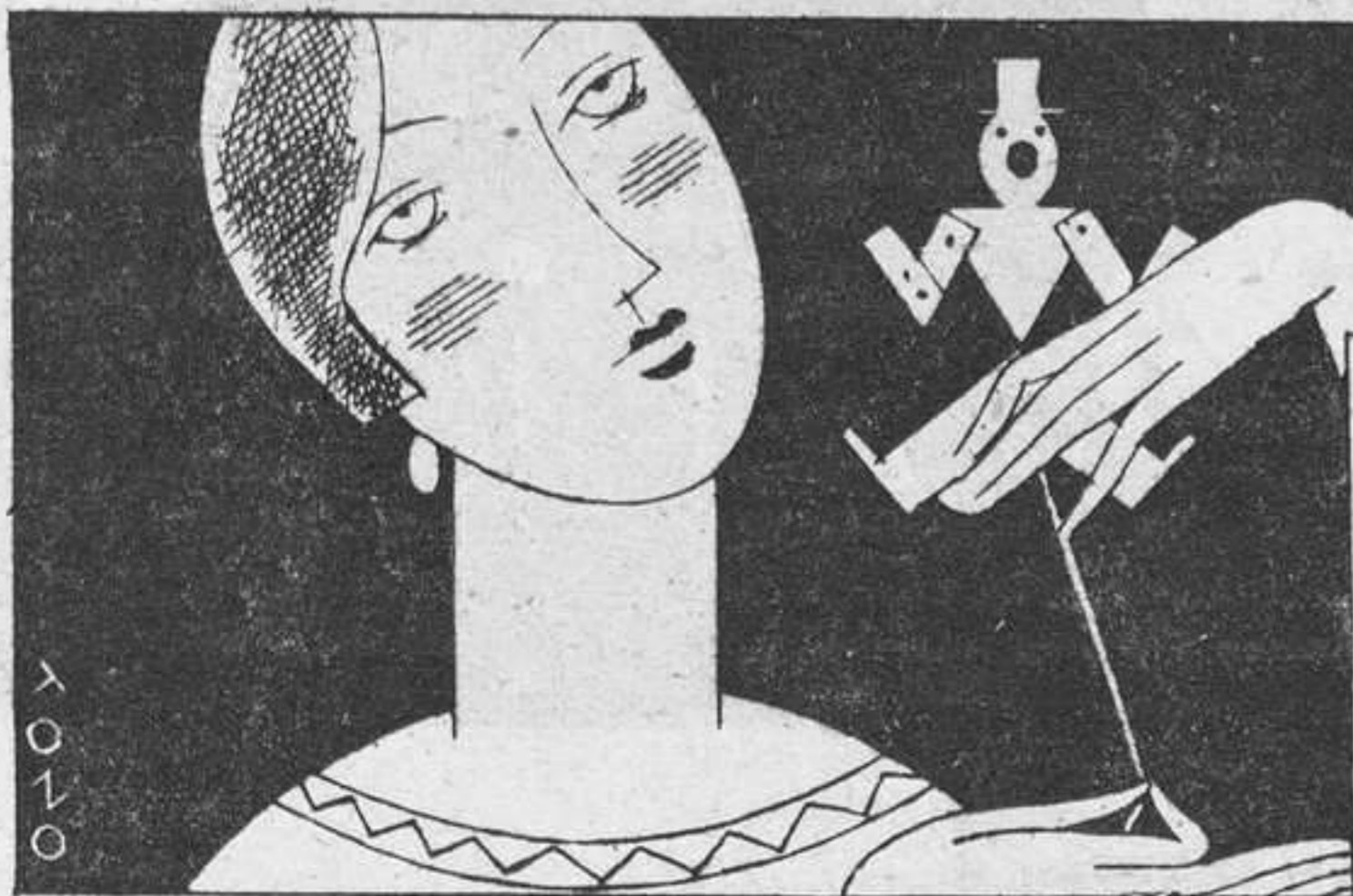
MARI-LUZ.  
Tenerife.

## EL JARDÍN DE TIRITÁN

PALOMITA SIN HIEL.—Pero con talento y con una solicitud inapreciable. Su última indicación nos ha parecido excelente y esperamos como usted que dé mucho fruto en beneficio de todos. Una vez más gracias, cariñosa y buena Palomita.

LA DE CABELLOS DE INVIERNO.—Tiene usted talento y sensibilidad: es decir, las dos condiciones primeras para escribir. La otra es: lectura, ejercicio, tenacidad. En mi correspondencia del núm. 18 puede usted encontrar indicaciones, algunas de las cuales le sería útil tener en cuenta. Detalladamente no puedo, usted, tan inteligente, lo comprende sin duda, examinar aquí cada trabajo y señalar sus lunares. No habría razón para no hacerlo con cada una. Imagine usted que no fuesen más que mil las que nos remiten trabajos, y que a cada una le reservase una columna de la Revista... Mil columnas. Es decir, quinientas páginas por semana dedicadas a consejos literarios. Pues ahora imagine usted que en vez de mil son pocas: diez. Siempre serían cinco columnas: dos páginas y media. ¿Puede una revista destinar dos páginas y media para satisfacer solamente a diez lectores? ¿Qué dirían los demás? Digo esto a usted para que lo lean todos; y para que en esto como en otras cosas, no olviden que la Revista es de todos, y que sólo puede hacerse lo que interese *al mismo tiempo* a muchos miles de lectores. Sin miles de lectores no hay revista. Y lo que interesa mucho a un solo lector puede darse el caso de que no interese a muchos miles. Recordando esto y teniendo también presente el infinito movimiento de cosas, de papeles y de asuntos que existe constantemente en una revista, se harán cargo nuestros inteligentes amigos de que no siempre puede hacer lo que quiere nuestro invariable deseo de complacerlos. Muchísimas gracias por su cariñosa carta, llena de simpatía, y por la gran lista de direcciones que ha tenido la gentileza de enviarnos.

E. A. J. 22. Y FLOR DE ALMENDRO.—Rogamos a ustedes que nos envíen su dirección para un asunto administrativo.



# MONINA

NOVELA

POR

CYIP

(Continuación.)

Trató de hablarla y quiso arrodillarse a sus pies, pero ella le rechazó:

—¡No!..., ¡váyase!... Es preciso que le vean allí. Yo volveré en seguida..., cuando me haya serenado un poco.

Y como él fuese a entrar directamente por la terraza, le llamó:

—¡Por ahí no!... Dé usted la vuelta por el estanque, que no parezca que viene de aquí.

—¡Déjeme que le pida perdón!

Y ella le respondió, como teniendo miedo de sí misma:

—¡Váyase!... ¡váyase!

Antes de dar la vuelta al paseo que conducía al estanque, Giraud se detuvo, intentando por última vez ver la mancha clara que producía en la noche la ropa de Dionisia. Y la oyó que seguía llorando.

—¿Eres tú, Monina?... —preguntó Juan de Blayé avanzando en la oscuridad.

La joven se enderezó:

—¿Quién anda ahí?

—¡Yo, Juan!... ¡Cómo! ¿No tengo el honor de que conozcas mi voz?... ¿Qué haces aquí, a oscuras?

—Me paseo.

—¿Sola?

—Sí. Salí para pasearme con los Dubuisson, pero pensé luego que valía más no molestarles, y he venido hasta aquí, yo sola.

—Esto quizás te cambie un poco, ¿eh? ¿Y qué diantres hacías tú sola?

—Reflexionaba.

—¡Caramba, que palabreja!

—Soñaba, si te parece mejor.

—¡Bah! Nunca lo hubiera creído. Tus sueños no deben parecerse a los demás sueños...

—¿Por qué?

—Porque los sueños son, en general, incoherentes, sobresaltados, extravagantes...

—Bueno, ¿y qué?

—Que los tuyos deben de ser admirablemente equilibrados, ponderados..., parecidos a ti...

—Muchas gracias.

—¿De qué?

—¡Hombre!..., de las cosas tan amables que me dices.

—¡Oh!..., no intento que sean sino verdades! Además, no estoy aquí para decirte cosas amables, sino cosas graves.

—¿Graves?

—Sí... Estoy encargado de cumplir una misión cerca de ti; de hablarte, lo mejor que sepa, en nombre de alguien que no se atreve a venir él mismo...

—¿Quién es ese alguien?

—Enrique..., que desea saber si le autorizas para pedir a la abuela tu mano.

—¿Mi mano Enrique? —dijo llena de estupor.

—¿Tiene algo de prodigioso?

—¡Claro que sí! Enrique es como si fuera mi hermano.

—Como si fuera, pero no lo es. Así, pues, no nos ocupemos de él como hermano, sino como pretendiente. ¿Qué respondes?

—Pues respondo: ¿Por qué Enrique se dirige a mí desde luego?... En vez de pedirme a mí permiso para hablar a la abuela, debía haber pedido a la abuela permiso para hablarme.

—¿Eh?... ¡ya decía yo que tú eres una criatura perfectamente equilibrada y correcta!... Y todo lo consiguiente.

—¿Es malo ser así?

—¡Diablo!... Malo, malo, no es; pero si desconcertante. En fin,

ya que he cometido la falta de venir a ti directamente ¿vas a responderme?... ¿O es cosa de que formalice el asunto dirigiéndome a la abuela, que se dirigirá a ti, etcétera, etc...?

—No; yo te responderé.

—Entonces déjame terminar mi perorata... El conde Enrique de Bracieux, nació el veintidós de enero de 1870; tiene por toda fortuna, hasta la muerte de su abuela, seiscientos mil francos, que producen...

—¡Oh!..., no te molestes en hablarme de dinero. En primer lugar, que no existe para mí; y, además, porque no pienso casarme con Enrique, y es inútil que me cuentes todo eso.

—¡Ah!..., ¿de modo que no quieres casarte con Enrique?... ¿Por qué?

—Por varias razones. La primera, porque le conozco demasiado.

—No es muy halagadora tu primera razón.

—Quiero decir..., lo que te decía hace un momento: que viviendo, como he vivido, por espacio de cuatro años al lado de Enrique, le considero más bien como hermano mío.

Entonces, Juan de Blayé preguntó, esforzándose en aparentar indiferencia:

—Y a mí, ¿me consideras como hermano tuyo?

—¡A ti, nada de eso! Tú tienes ya treinta y cinco años lo menos.

—No; treinta y tres.

—Bueno, es igual. Tú no me haces el efecto de un hermano.

Reflexionó un momento y terminó, mientras él esperaba preso de cierta vaga esperanza:

—Tú me haces más bien el efecto de un tío.

—¡Caramba! —exclamó Juan contrariado—, ¡es delicioso!

—¿No te gusta que te diga eso? —prosiguió Monina, amable.

—Al contrario, me complace. Así, al menos, se ponen las cosas claras; y si se tienen ilusiones, no toman incremento.

—¿Tú tenías ilusiones?... ¿qué ilusiones?

—Ninguna.

—Sí, las tenías. Me lo dice tu voz... destemplada, cortante, irritada...

Acercándose más a él, le dijo, mimosa:

—No seas malo..., ¿por qué te has enfadado conmigo?

—Porque —respondió dominándose— cuando no se es muy bueno y se tiene pena, se hace uno malo. ¡Es inevitable!

—¿Y tú tienes pena?

—¡Sí!

—¿Mucha?

—Mira, no sigamos. Yo te lo agradezco.

—¡Pobre Juan!... ¿De modo que no van las cosas como tú quieres?

—¿Qué cosas?... ¿De qué hablas?

—Ya sabes de qué. Te lo dije la otra noche.

—¡Todavía!... —respondió, cada vez más enervado—. Estás loca.

—¿Cómo? —dice Monina—. ¿No amas a la señora de Nezel?

Confuso, balbuceó:

—La señora de Nezel es una mujer encantadora... una excelente amiga a quien quiero mucho, mucho; pero no como tú te figuras.

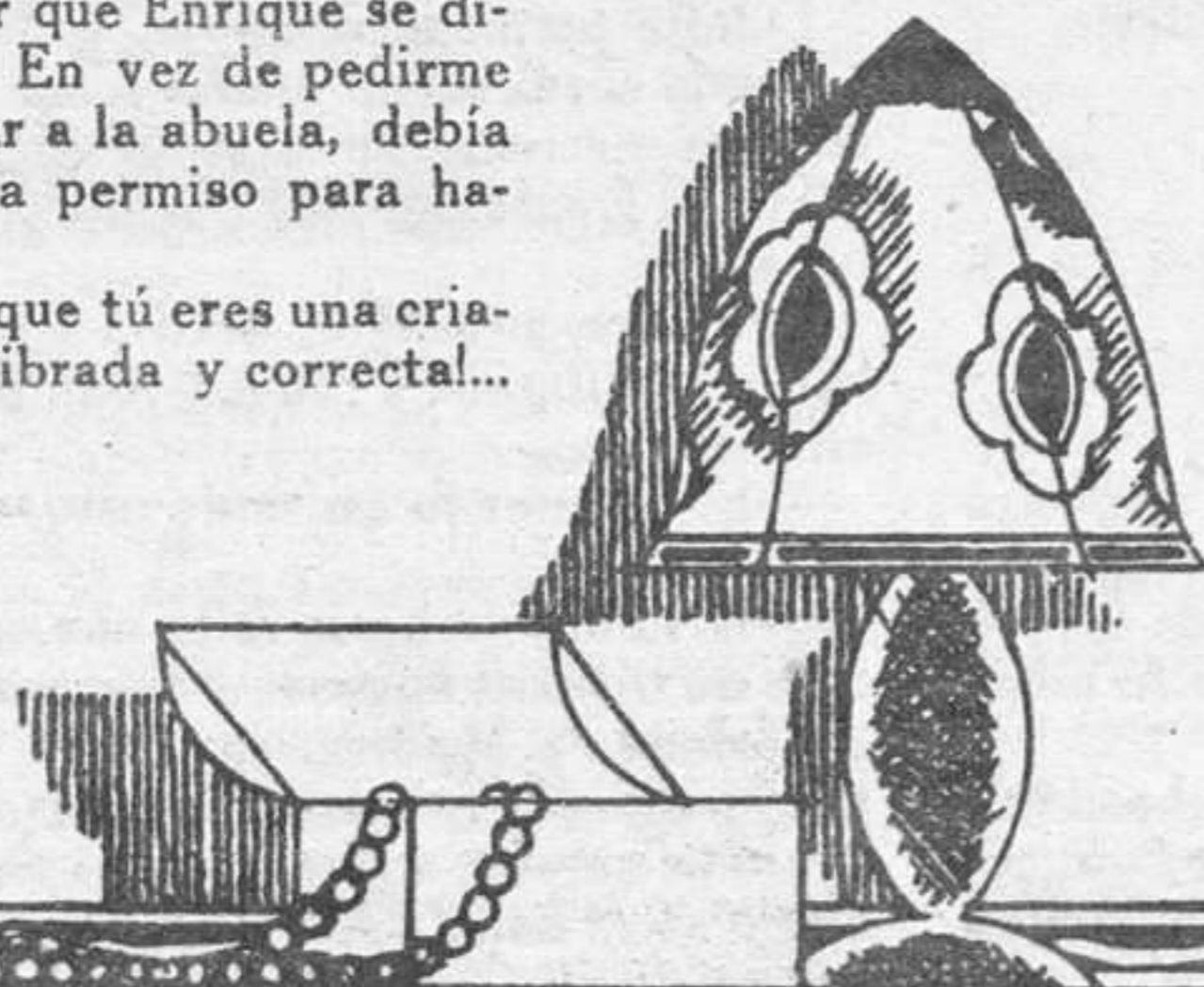
—Tanto peor. Es viuda, es rica. Te conviene. Entonces, ¿amas a otra?

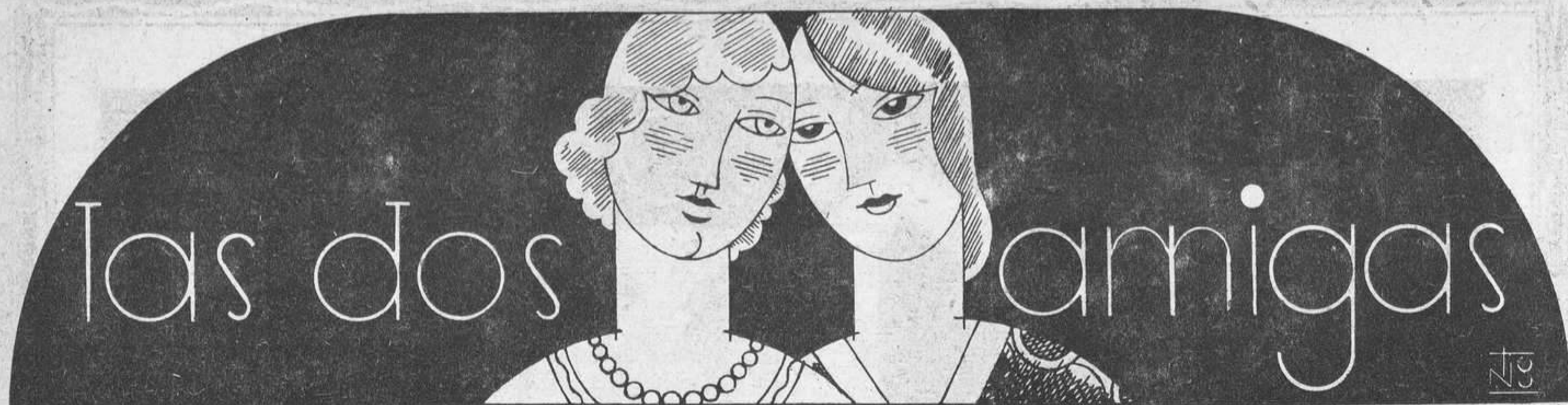
—Sí.

—¿Con quien no puedes casarte?

—¡Precisamente!

(Continuará en el número próximo.)





NOVELA, por René Le Cœur.

(Continuación.)

—Además, quiero vigilar un poco a Mauricio —añadió, riendo, Odette.

Convinieron en salir después del almuerzo. Luego hablaron de otras cosas. La señora Angerolle contó el paseo de aquella mañana.

—Nos hemos cruzado con el entierro de una pobre muchacha. Papá, tú que has leído los periódicos locales, ¿sabes quién era?

El abogado miró a su esposa y contestó:

—No he visto nada... No recuerdo...

—Sabina —dijo Odette—, traiga los periódicos que están en el jardín.

—No distraigas a Sabina durante el almuerzo.

Mientras la señora Angerolle se preparaba para subir al coche, la enferma bajaba la escalinata. El sillón en que estuvo sentado su padre seguía en el mismo sitio. Habían quitado los periódicos del día. Los reclamó a la doncella, a papá y mamá. Nadie pudo dar noticias de ellos.

—Vamos, vístete ya —dijo la señora Angerolle—. Los encontrarás al regreso.

Una vez más siguieron el admirable camino de la Cornisa, entre Menton y Montecarlo. El *landolet* descubierta montaba suavemente entre blancas *villas* y floridos jardines, y a lo largo de todo el camino se descubría el mar, que parecía fundida bajo los ardientes rayos del sol. Una nube de polvo corría detrás del coche. Los árboles del camino estaban empolvados de arena amarilla.

Odette llevaba el vestido *beige* con un sombrero *cloche*, que le tapaba hasta las cejas.

No tomaba parte en la conversación. Reflexionaba bajo su sombrero, con las pupilas inmóviles. Sin embargo, al paso de cada coche echaba una rápida y penetrante ojeada, buscando a Mauricio y a la viudita.

Seguramente había ido a almorzar con él. Debían encontrarse juntos en algún sitio. ¡Quién los encontraría! La viudita tenía una salud excelente y veinticinco mil libras de renta. ¿No pensaría Mauricio, en su interior, en casarse con ella? Ahora que se acercaba el mes de abril, sus padres hablaban de retrasar la boda. ¡Parecía tan agotada! Primero tenía que reponer fuerzas; lo más prudente era esperar. Mauricio no decía casi nada. No insistía ya, como el bendito día de su petición de mano. ¿Es que todo el mundo estaba de acuerdo, en secreto, para ganar tiempo?

¿Qué sucedería después?

Odette empezaba a sentir una extraña angustia, una angustia instintiva, como la que deben experimentar los animales al acercarse un peligro invisible. Sufría unos celos dolorosos. La idea de que Mauricio, su prometido, pudiese abandonarla, recobrar su palabra, amar a otra mujer, se le hacía intolerable. ¡No, no; eso, no!

El *landolet* se detuvo delante de la escalinata del hotel de París. Un mozo corrió al teléfono a preguntar si el doctor Ansauvillers se encontraba en su cuarto. Odette, desde el fondo del coche, mirando hacia todas partes, trataba de descubrir en los jardines, en la puerta del casino, la elevada silueta de su prometido junto a Marta Guillaume.

De pronto apareció, siempre elegante, con un traje color tabaco. Salía del hotel. ¿Sólo? ¡Qué sonrisa de felicidad le dirigió Odette!

—¡Vaya una amable sorpresa! —exclamó Mauricio—. ¿Cómo te encuentras? Mejor, sin duda, puesto que has podido hacer el trayecto de Menton a Montecarlo.

Un agente del principado obligó al *chauffeur* a circular. No debían detenerse en aquel sitio. Hubo un minuto de confusión. El señor Angerolle, Mauricio y la señora de Angerolle hablaban a la vez.

—Es demasiado tarde para tomar el té aquí.

—La atmósfera de la sala de juego no es buena para Odette.

—Vayamos a dar un paseo.

—¿A Beaulieu?

—¿A La Turbie, en el funicular?

—Convido a merendar en Cap d'Ail —dijo el abogado—. La visita es bonita y el camino agradable.

—¡Oh, sí, papá!

Mauricio subió al *landolet*.

Odette, tranquilizada, mostrábase animadísima. Hasta encontró algunas frases graciosas que hicieron reír. Pero se sentía fatigada.

Sin embargo, cuando llegaron a la terraza del hotel donde debían tomar el té, bajó del coche con bastante ligereza, apoyando su mano en la de Mauricio.

Bajo parasoles a rayas rojas y blancas, dispuestos en el borde de la terraza, la gente charlaba en torno de mesitas. Examinaban curiosamente a los recién llegados. Odette y Mauricio iban detrás. Ella sorprendió miradas compasivas.

Dejó a los demás que se instalasen y subió la escalinata en bus-

ca del tocador, para arreglarse su cutis ficticio, su cutis de ídolo hierático.

Sacó del bolso la «ceniza de rosa», la polvera, el lápiz rojo. Sola en la gran habitación blanca de aparatos de porcelana, ante el gran espejo biselado, se pintaba, se empolvaba las hundidas mejillas. Hablándose a sí mismo, en voz alta, como una mañana en su cuarto de París, se dijo:

—¡Es verdad, tengo muy mala cara!

En un platillo había dos piezas de níquel y tres monedas de bronce, depositadas allí por clientes de paso, junto a una pila de toallas. Había también, a lo largo de la tableta de mármol, objetos olvidados, libros y un número del periódico local.

—«He aquí el diario de hoy» —pensó.

Lo desdobló buscando el epígrafe «Menton», y leyó:

«Esta mañana tendrá lugar, en nuestra ciudad, el entierro de la señorita Ivona Bosio, muerta prematuramente a los veintisiete años de edad. Es una pérdida sensible para los admiradores de la encantadora actriz. Después de haber representado en los teatros de Burdeos y Lyon, había debutado en París, creando el papel de Coralía en *La dama del vestido rosa*; con un éxito siempre creciente fué, durante tres años, la aplaudida intérprete de nuestro eminente colega Francisco de Tarbes.»

Odette palideció bajo el colorete recién puesto. Sintió flaquearle las piernas, y se dejó caer en un taburete.

«¡Muerta! ¡Ivona Bosio ha muerto!»

La joven experimentó una impresión de terror loco, una impresión de espanto angustioso.

¡Hoy una, mañana otra!

Odette recordó con atroz clarividencia todas las observaciones hechas a costa de la pequeña actriz desde el momento que la encontraron en el salón de consulta en París.

Y la última, aquella misma mañana: «¡No me puedo levantar, soy como Ivona Bosio!»

¡Por esto los periódicos no habían sido encontrados aquella mañana! ¡Los habían escondido! Papá y mamá comprendían que su hija se impresionaría ante aquella muerte. ¡Extrañas coincidencias! ¡El hoyo, el cementerio! ¡Y la elección de sitio, y la inscripción, y el encuentro del cortejo fúnebre...!

¡Dios mío! ¿Era, pues, posible aquella cosa horrible? ¿Le había tocado a ella? ¡Ya no era posible escaparse, volverse atrás!

Un gran rayo de luz entraba de repente en su cerebro, iluminaba sus pensamientos, penetrando hasta en los más profundos, en aquellos que no queremos contemplar, porque dan demasiado miedo.

¡No había duda alguna!

Cada nuevo detalle que acudía a su mente resultaba una razón de más para estar segura de su fin irremediable.

Se levantó.

Sus ojos admirables, de pupilas color zafiro, parecían desencajados por el espanto.

¡Era preciso reunirse con los demás en la terraza!

Odette marchó con la cabeza alta y los brazos colgantes, flaqueándole las piernas.

Pensó:

—¿Cuántos días? ¿Cuántos días aún?

XXVII

Odette permanecía inerte, toda blanca, envuelta en su peinador color de coral, en la *chaise-longe*, entre las columnas de la galería. Los mechones de oro, bañados por el sudor, estaban pegados sobre su frente. Un olor a éter y tintura de iodo acababa de evaporarse.

Su padre, su madre, Clarita y el doctor Vernet-Delaroche rodeaban a la enferma. Pronunciaban palabras inútiles, que ya no tenían eficacia.

—Es el calor la causa de esto, pequeña —trataba de explicar su padre.

—A su hija le haría falta una estancia en Suiza —declaró el médico de bigotes negros—; desgraciadamente no se encuentra ahora en estado de soportar un largo viaje. Pero en cuanto haya recobrado algo las fuerzas, márchense de la *Riviera*.

Odette movía suavemente la cabeza por encima de la almohada. Creían que hacía este gesto por efecto del sufrimiento, pero es que quería decir:

(Continuará en el número próximo.)





JEAN PATOU

*En el teatro «Antoine», mademoiselle Dulac luce el precioso vestido de raso malva que aparece a la izquierda. El segundo modelo, de la misma artista, es de reps de seda, color palo de rosa. El tercero, de crespón de China «beige», tiene una hechura novísima, y el último es de crespón escocés con el cuello y los puños de crespón azul.*



# LOS GRANDES MODISTAS

JEAN PATOU

*Bonito traje de noche de terciopelo rosa viejo, bordado con perlas y con «strass». La falda lleva por delante unos frunces que se inician bajo un ancho medallón bordado. La línea general es sumamente juvenil.*

CALLOT

*Reaparece el encaje. «Jeanne Granier» lleva en escena este lindísimo vestido de «crepe Georgette» con anchos entredoses de encaje de Malinas. El conjunto, muy airoso, resulta de muchísimo vestir.*



MARTIAL ET ARMAND

*A la izquierda, vestido de «crepe Georgette» azul bordado con perlas y con «strass». En la parte superior, el bordado forma un movimiento de bolero que significa una indicación interesante para la moda futura.*

MARTIAL ET ARMAND

*A la derecha, vestido de «crepe Georgette» adornado con galones de piel dorada. Bajo la túnica, orlada de un alto festón, aparece una falda de encaje.*



LUCIEN LELONG

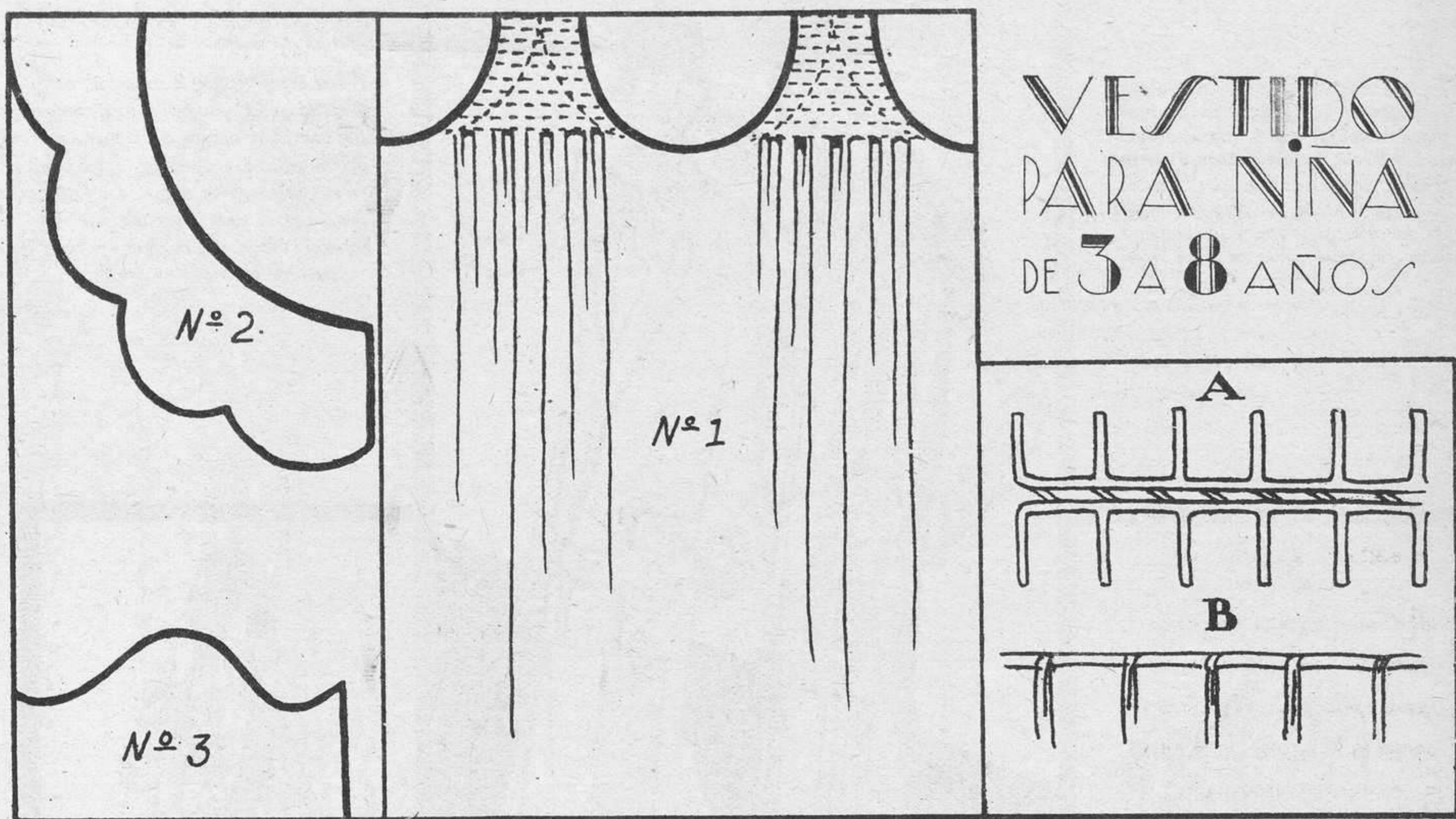
*Abajo, a la izquierda, trajecito tan sencillo como encantador. Es de paño rosa viejo con anchas tablas huecas. Este traje se abrocha por delante.*

JENNY

*Sobre un viso de crespón de China negro y blanco, va colocada una levita de paño listada de jaretoncitos respunteados. El cuello del viso es alto y el de la levita tiene dos picos quebrados.*



# La Costura en Casa



VESTIDO  
PARA NIÑA  
DE 3 A 8 AÑOS



ESTE vestido puede hacerse a voluntad con un tejido de lana o de seda.

Se recorta en la orilla de la parte número 1, ondas que corresponden exactamente a las del canesú, a fin de que, después de fruncida esta parte, encaje perfectamente en él. Para ello, conviene cortar primero un patrón de papel y no disponer la tela hasta después de probado el patrón.

Entre las ondas de la parte número 1, se preparan grupos de plieguecitos o de frunces con suma regularidad, a fin de que la forma y las dimensiones correspondan a las de la parte número 2.

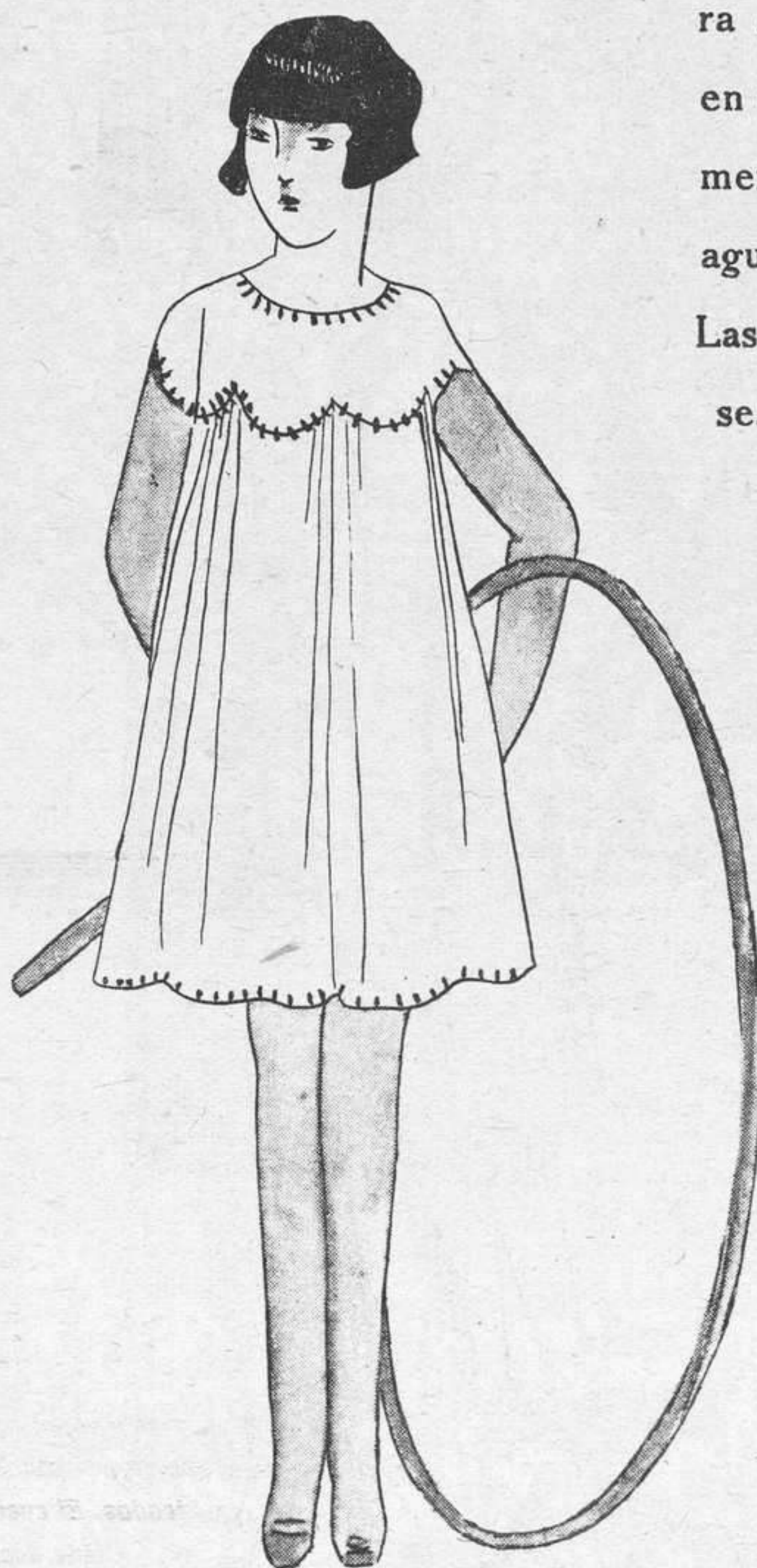
Para pegar las dos partes, en lugar de hacerlo con una trencilla o con un vivo, lo que constituye una labor bastante minuciosa, puede utilizarse, para mayor facilidad y rapidez, un ganchillo de hierro de un grosor adecuado al de la lana o la

seda que haya de emplearse. Se clava el ganchillo a una distancia de la orilla de un centímetro escaso y

se hace un punto liso (véase figura A). Se repite este mismo punto en el canesú y se une la pieza número 1 a la pieza número 2 con la aguja, a repulgo o a punto espada.

Las mangas cortas pueden suprimirse. En el caso de dejarlas, se pegan con el ganchillo, después de cerrarlas con una costura también hecha a ganchillo.

Este trajecito resultará muy mono hecho con seda o con lana de color.



# TRAJES DE SASTRE

La predilección de las parisinas no se limita exclusivamente a la levita con canelones. Estos dos modelos han sido vistos últimamente en el «Bois», y ambos tienen una chaqueta corta y recta. El primero es de «reps» color de arena y la chaqueta es de gacela «beige» con listas blancas.



Más sencillo que el anterior, este traje es de paño «kasha» verde botella, con vivos negros del mismo tejido. La solapa, muy larga, llega hasta el grueso botón negro. La falda, recta por delante, está cortada «en forma» desde las caderas y tiene cierto efecto de vuelo por detrás.



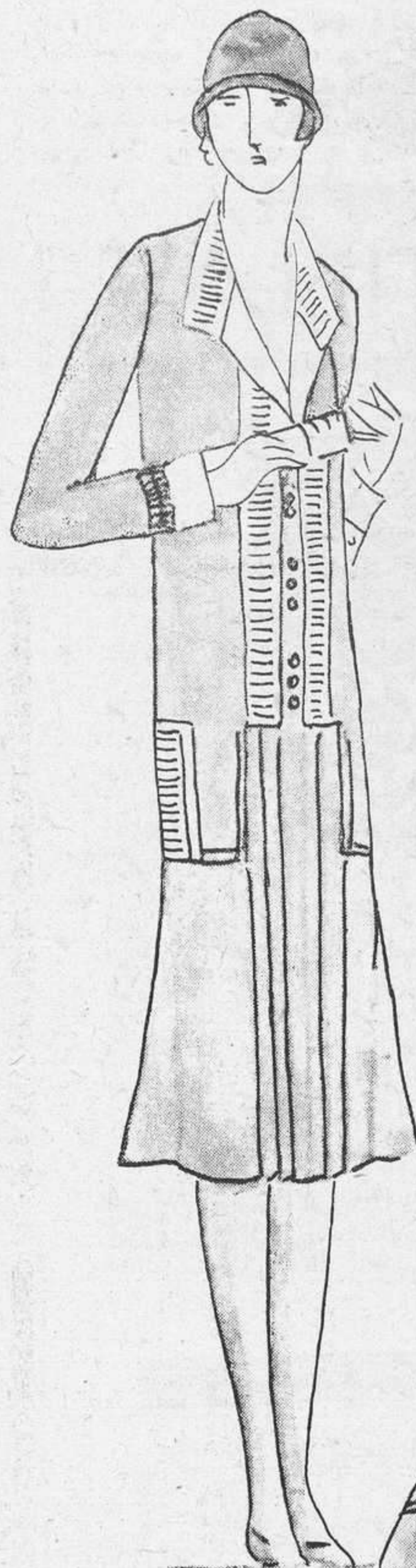
Trajecito de «drapella» gris claro, preparado para la Costa Azul. La chaqueta no lleva más adorno que una tira de plieguecitos respunteados.

Traje de sastre de «drapella» color de pan tostado. La chaqueta va colocada sobre un chaleco de cuello alto. La falda lleva tablas huecas por delante.

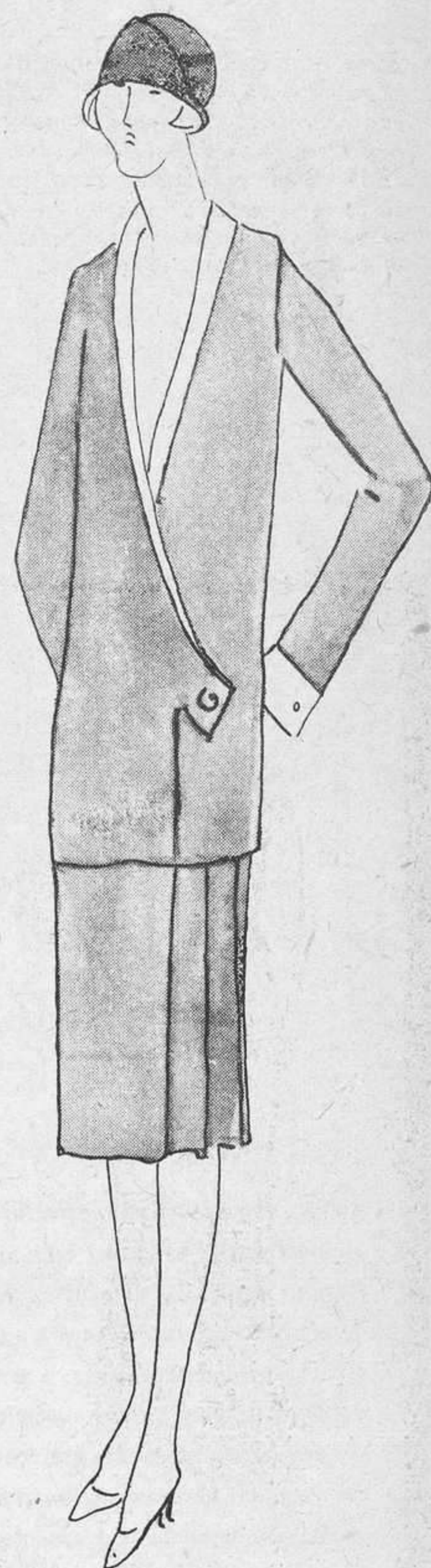
Traje de paño gris. La levita, muy larga, lleva unas tablas colocadas a los lados, bastante atrás. Este plisado se repite en la falda.

Trajecito de mucha fantasía que aparece en varias colecciones de entretiempo y que, seguramente, se llevará mucho en la Riviera.





*Este trajecito está sencillamente adornado con tiras de plisados menudos. Estas tiras constituyen un adorno sobrio, actualmente riuy en boga.*



*El traje azul marino con vueltas de piqué blanco nos entusiasma a todas, y es, verdaderamente práctico; pero su elegante sencillez exige un corte impecable.*



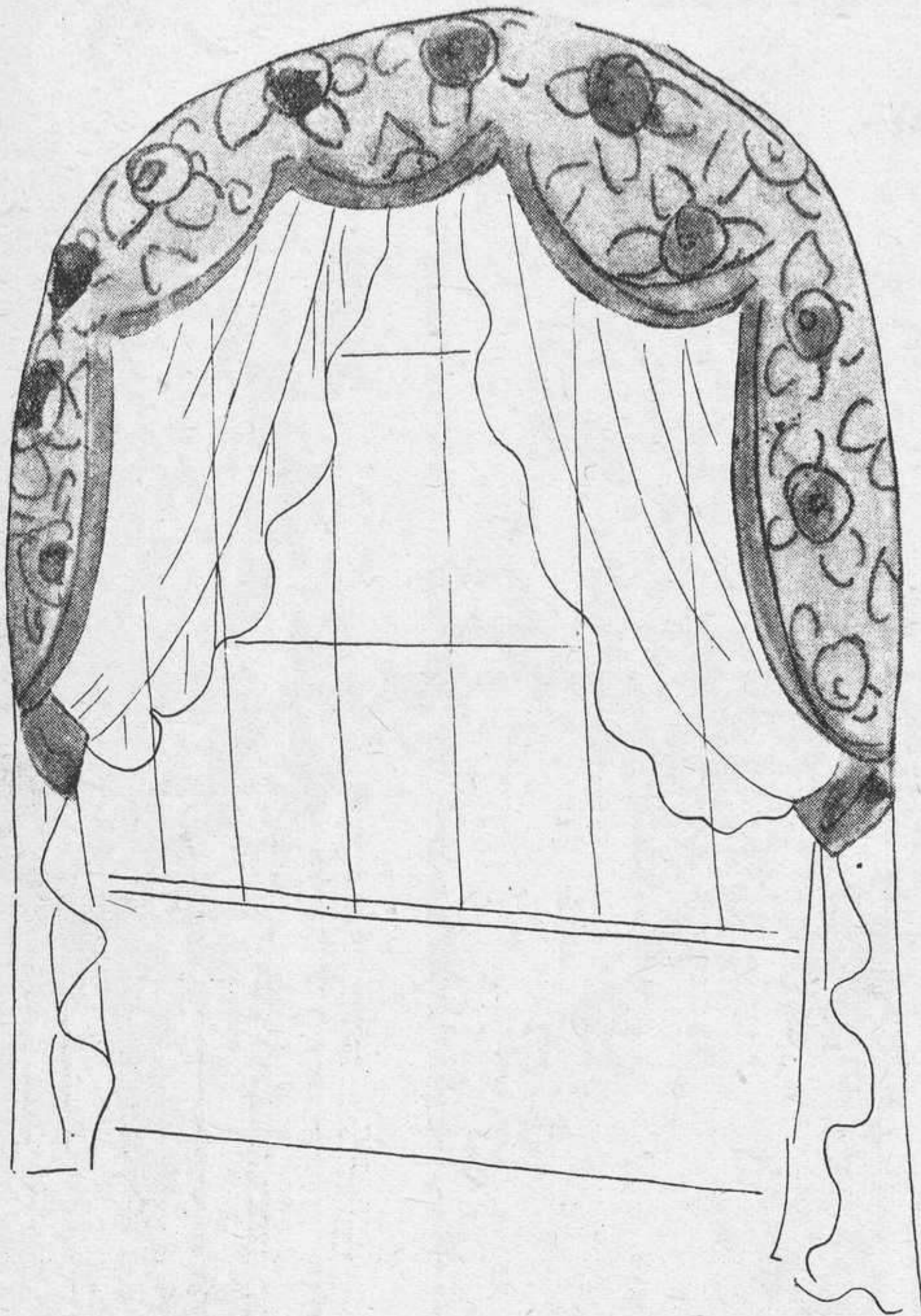
*Traje muy juvenil de jersey listado con vistas y puños de piqué blanco*



*Este traje de reps verde botella con la falda tablada y adornos de gruesos respuntes está indicadísimo para una muchacha.*



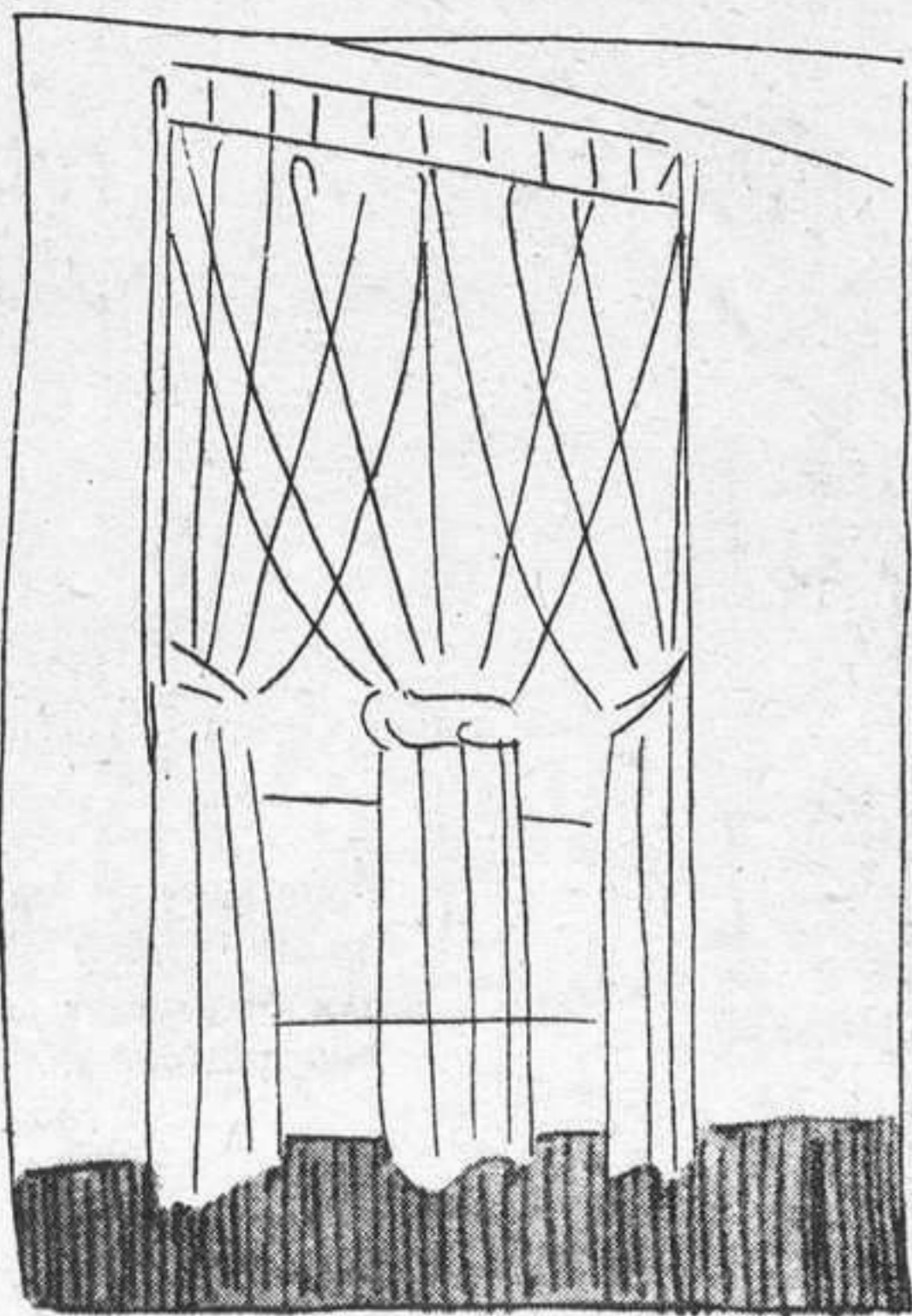
# EL HOCAR DEL SUEÑO



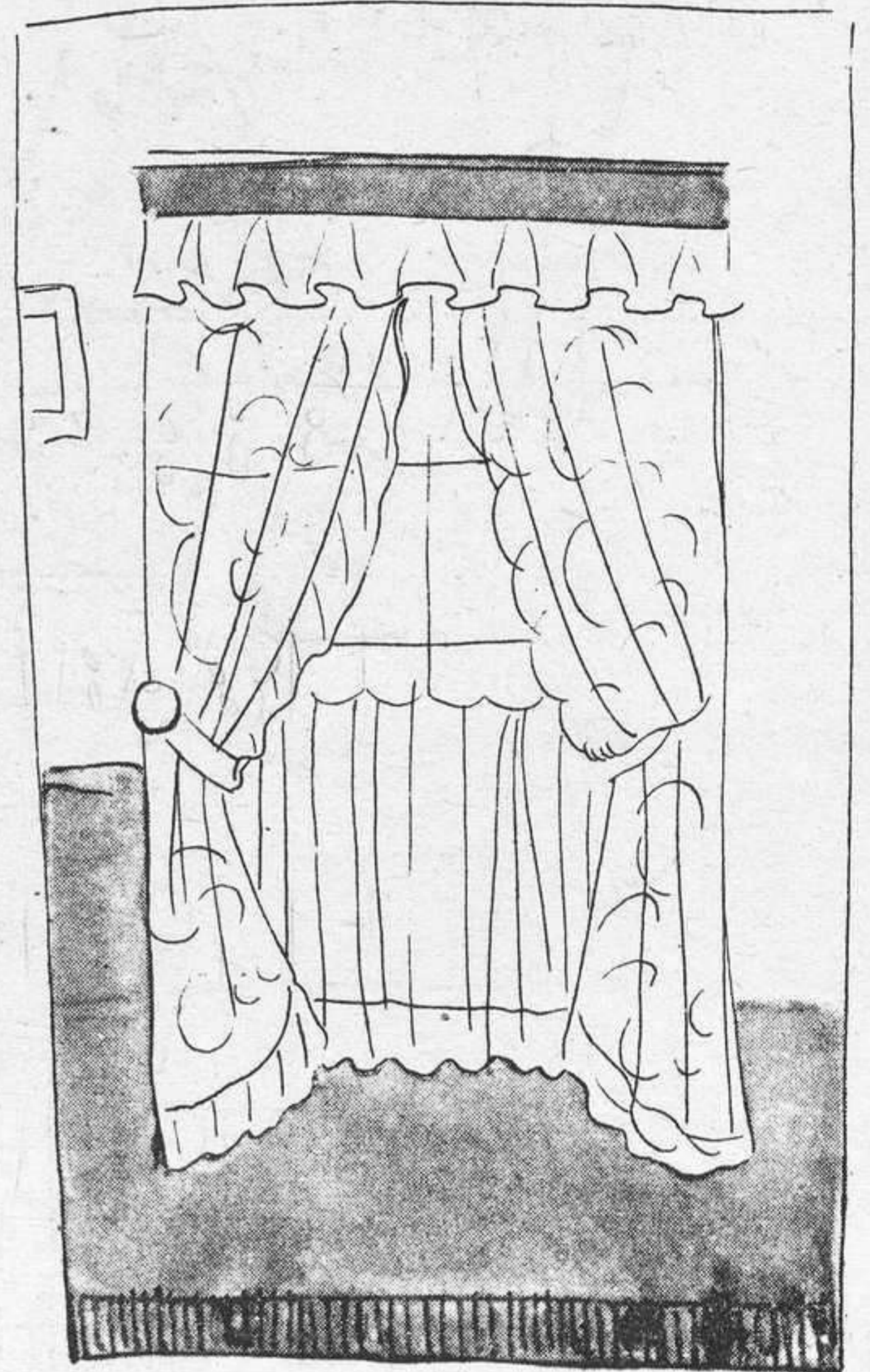
## CORTINAS



Quizá como reacción contra la tendencia moderna, que consiste en exigir que nada intercepte la luz, las cortinas han tomado una nueva importancia. Las cortinas de hoy no son ya pesadas, ni llevan forro; ponen en la habitación una nota agradable, sin quitarle un solo rayo de sol. Por el contrario, la luz juega con los matices de la «toile de Jouy» o se desliza a través de la redcilla del tul. Para los dedos primorosos de una buena ama de casa, la confección de estos lindos adornos del «home» constituye una labor divertida. He aquí, por ejemplo, sobre un ancho ventanal de comedor, unas cortinas de muselina blanca con volantitos. El «bandeau» de «toile de Jouy», con anchos dibujos, bordeado por una franja lisa, tiene una forma semicircular



Tres cortinas de tul: las de los lados son de tul blanco; la del centro es de tul azul Roy, y tiene una abrazadera de tafetán fruncido.

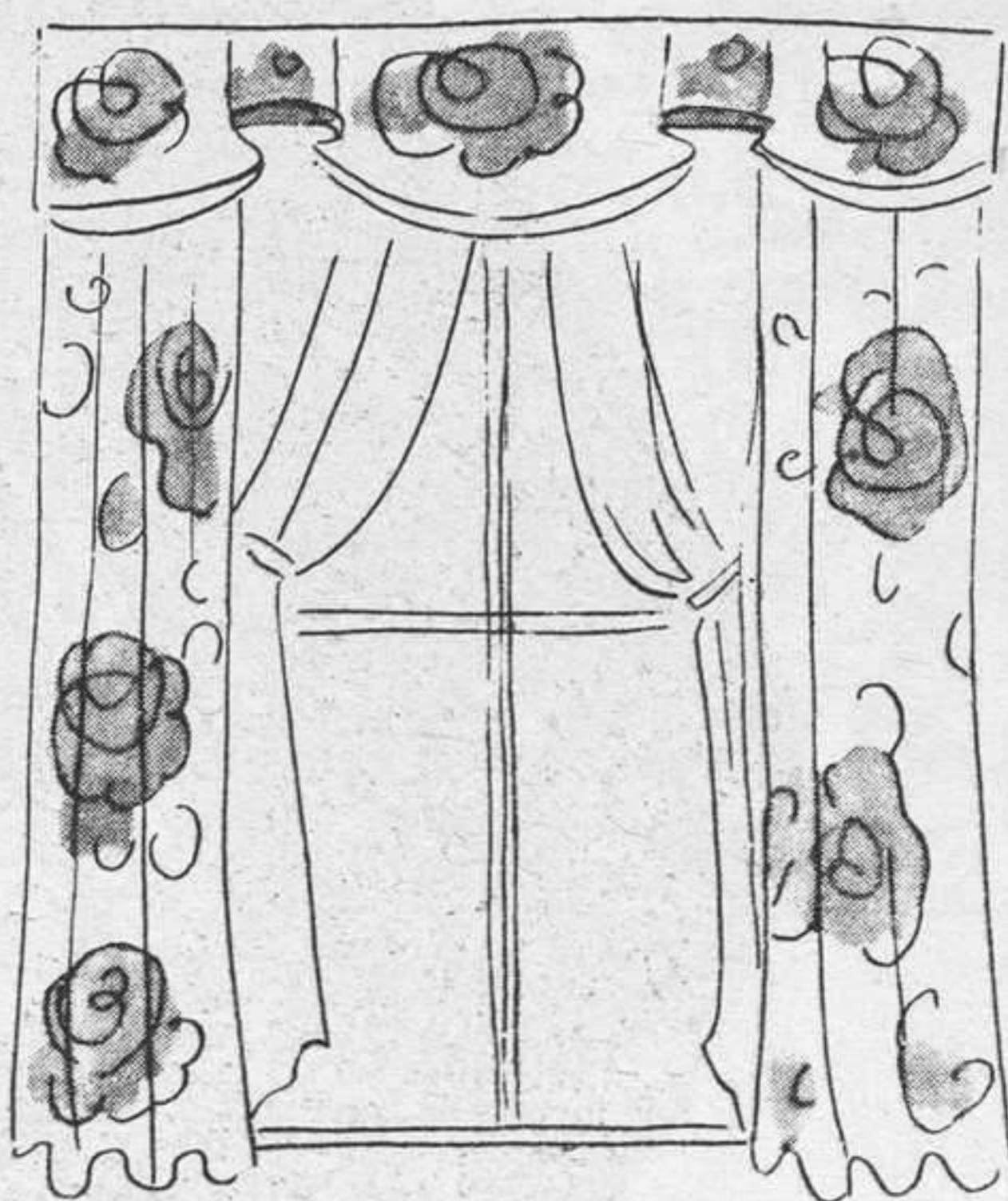
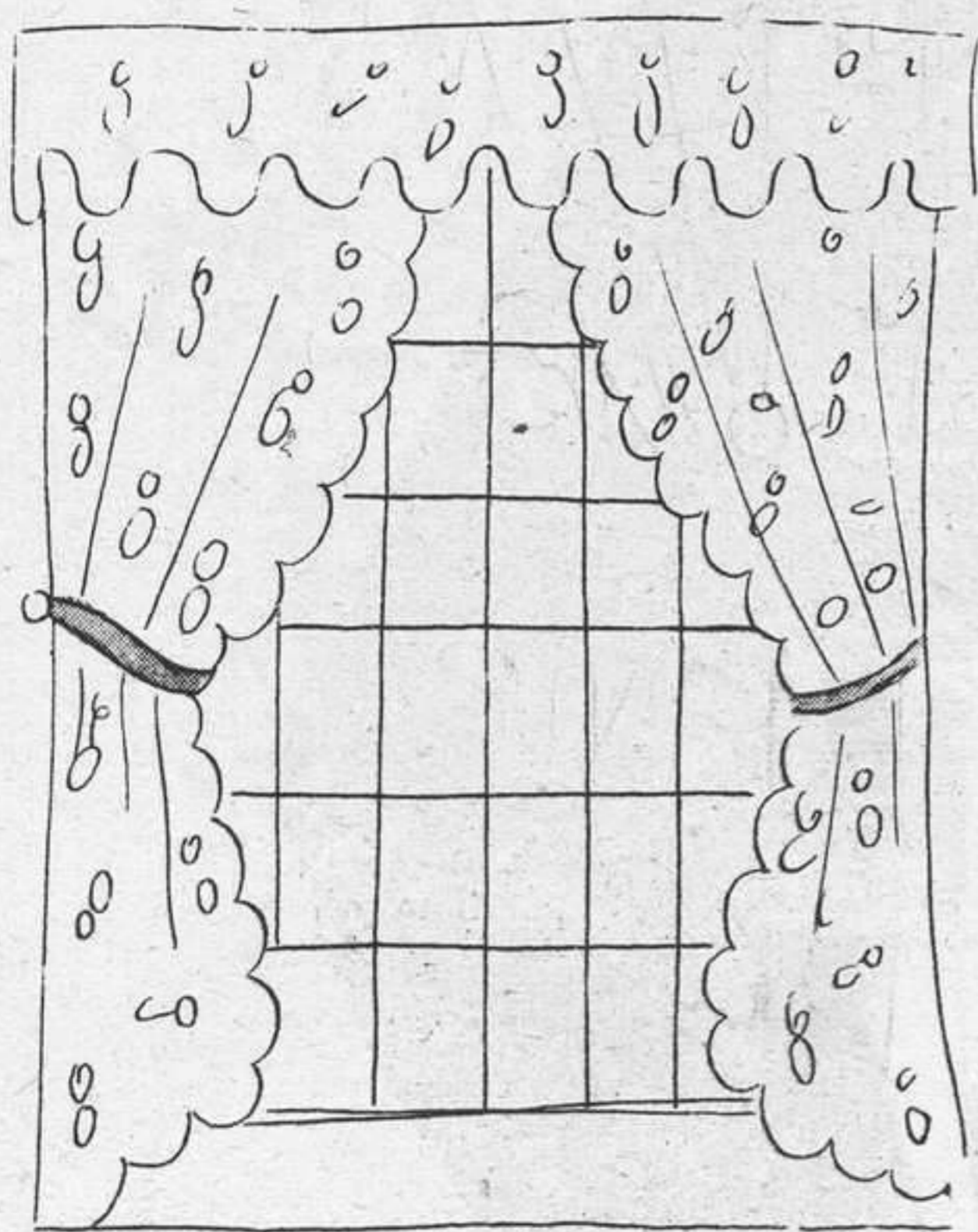
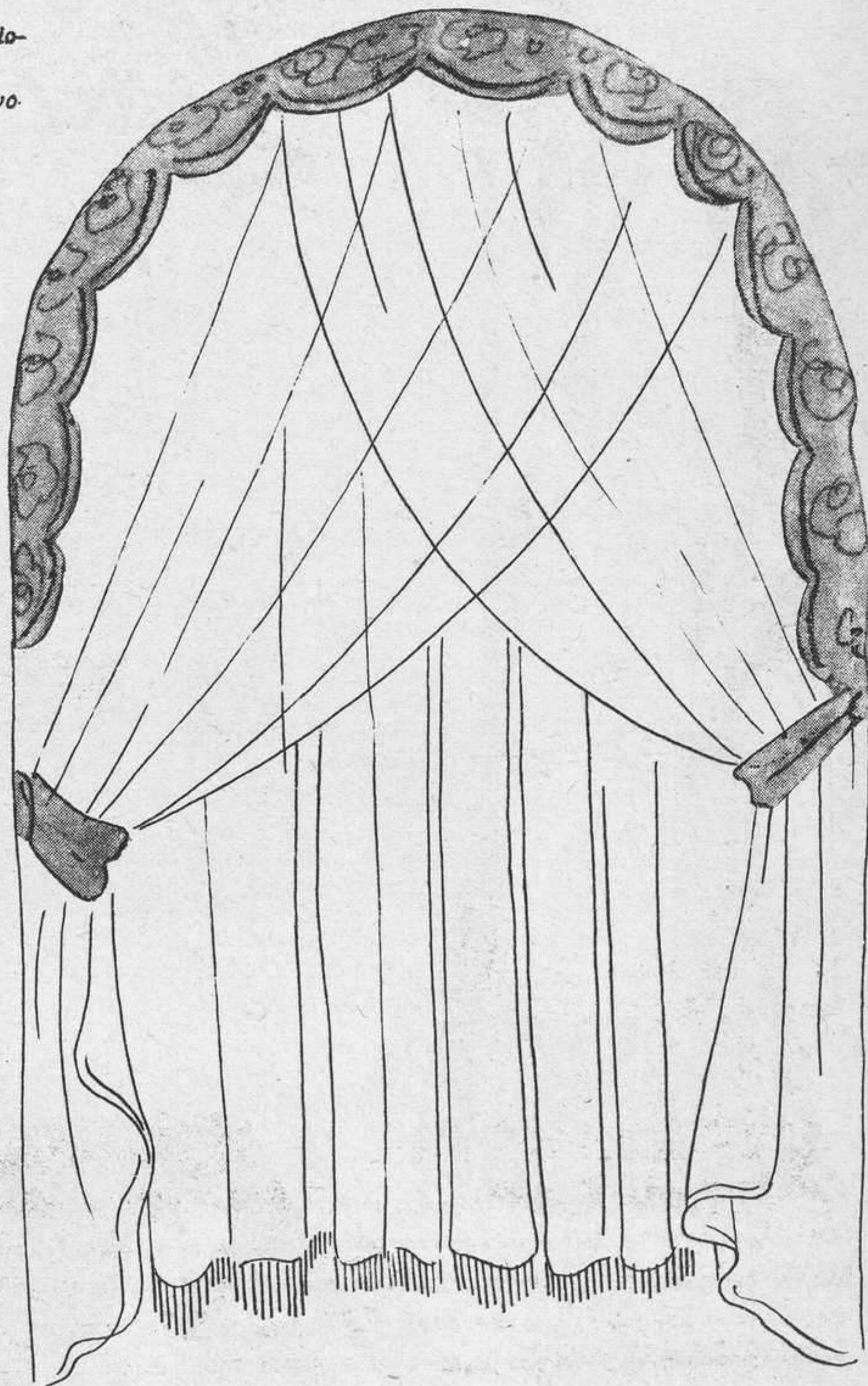
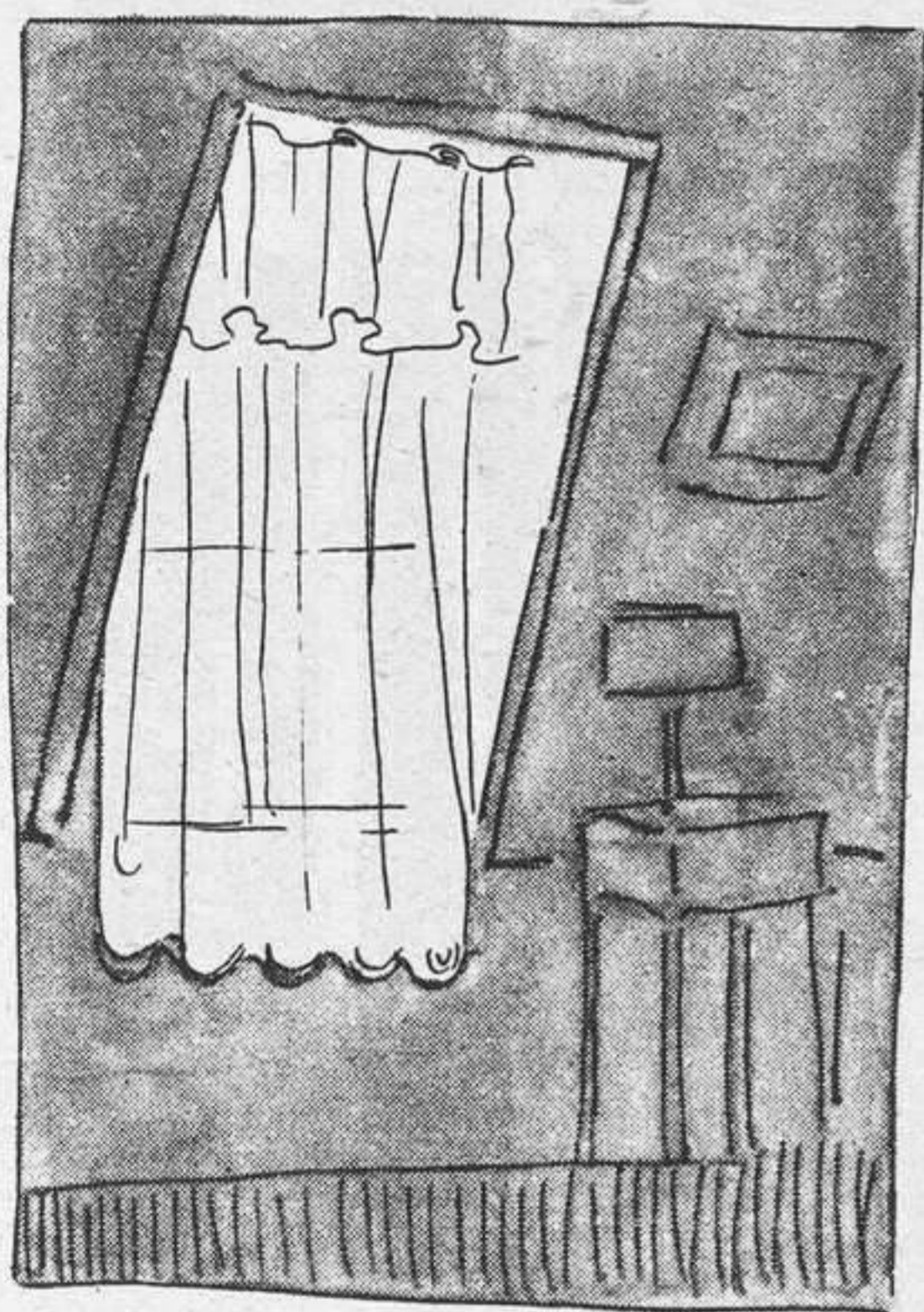


Está muy de moda, actualmente, el «tchin», que es una cretona de brillo. Los mejores son los antiguos; pero también se encuentran hoy por un precio relativamente moderado. Las cortinas de este tejido se bordean con un volantito, ribeteado, a su vez, por una cinta «gros-grain», de un tono mortecino.



*Este cuarto de muchacho, o de amigo, puede adornarse graciosamente. Se le pondrá una cortina de muselina blanca, con un volante festoneado.*

*Las grandes cortinas de tul, cruzadas, son elegantes y sumamente graciosas. Se puede aumentar su aspecto de lujo, encuadrándolas con un grueso encaje de bolillos, ocre.*

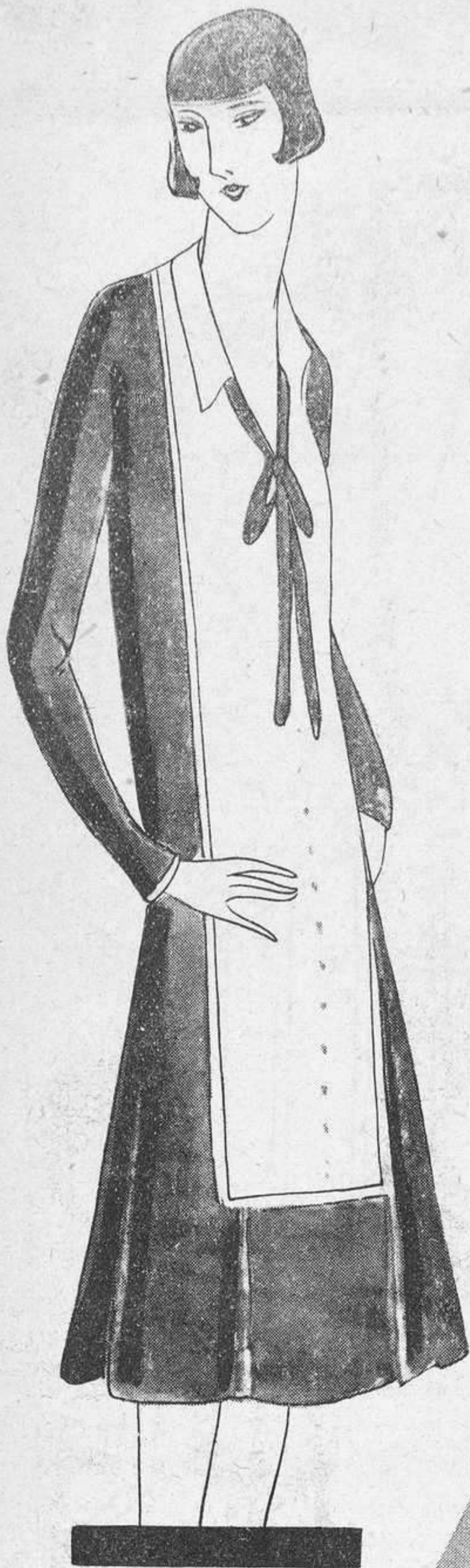


*En una alcoba de casa de campo, un «bandeau» con un grueso festón, hace juego con las cortinas.*



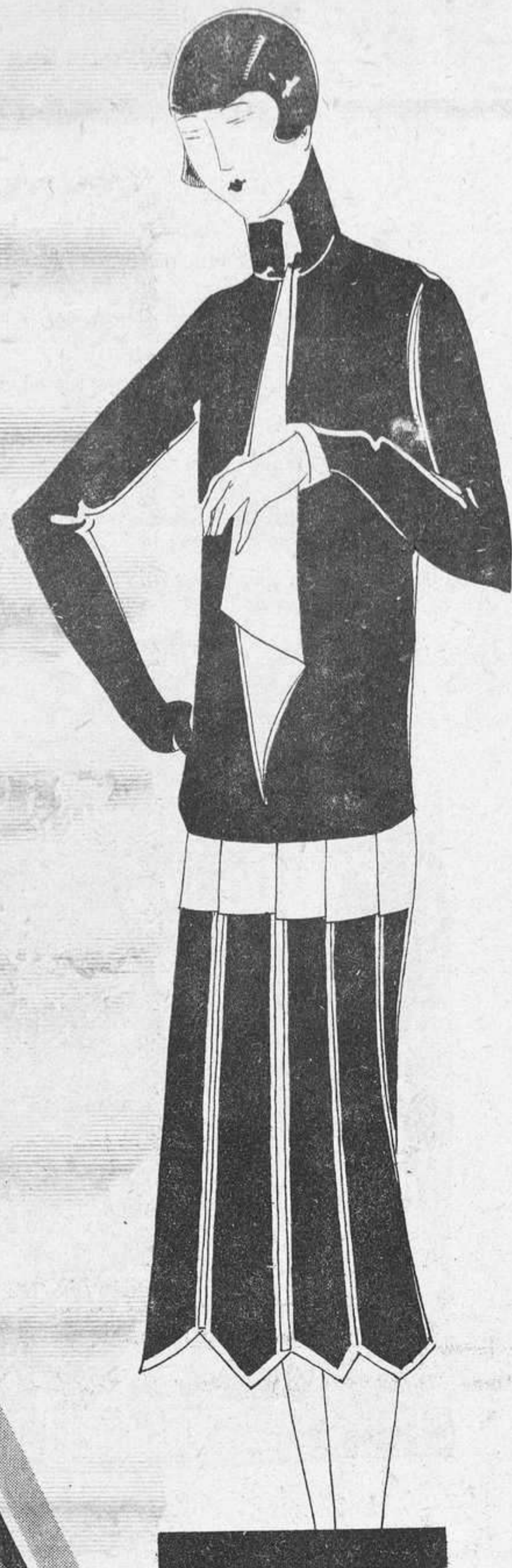
*Encantadora unión de «toile de Jouy» y muselina blanca.*

# Moda Sencilla



*Se llevan mucho los vestidos combinados con dos tejidos o dos colores distintos. El modelo que aparece a la izquierda es de reps negro, y el amplio chaleco, de raso, puede hacerse en negro o en blanco, a voluntad.*

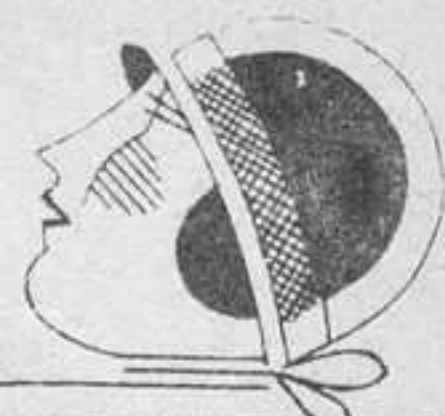
*A la derecha, encantador trajecito de crepón de China azul oscuro, adornado con crepón de China azul claro. La cintura, azul claro, va tableada, como la falda.*



*Dos vestidos de terciopelo; el primero es de terciopelo gris rata, adornado con terciopelo estampado en gris, azulado y negro.*

*El segundo vestido de terciopelo, es de un tono pardo rojizo, adornado con terciopelo listado en negro, blanco y «flor de capuchina»; lleva, por delante, una tabla hueca entreabierto.*





Vestido de raso negro, adornado con «matelassé», bordado en negro. Puede hacerse también en terciopelo y terciopelo brochado.



Vestido de felpa de seda blanca, bordado en negro; la parte inferior forma canelones. Los puños son de felpa de seda negra.



En este vestido de muchacha, se combinan, graciosamente, una muselina de seda lisa y una muselina de seda con lunares.

El bolero gana terreno; aparece visiblemente en la línea de este vestido de reps negro, adornado con crespón de China rojo, en el cual unos pespuntos forman un dibujo de rombos.



Este es el jersey que se utiliza ahora para los trajes de deportes. En la parte superior del vestido tiene listas desiguales; es liso en la falda, que va bordeada con un tono más claro.



# ROPA INTERIOR



*Camisa de noche de crespón de China blanco, adornada con una franja de crespón de China rosa, pegada con una vainica. Una ancha cinta de crespón de China lavable, forma corbata.*

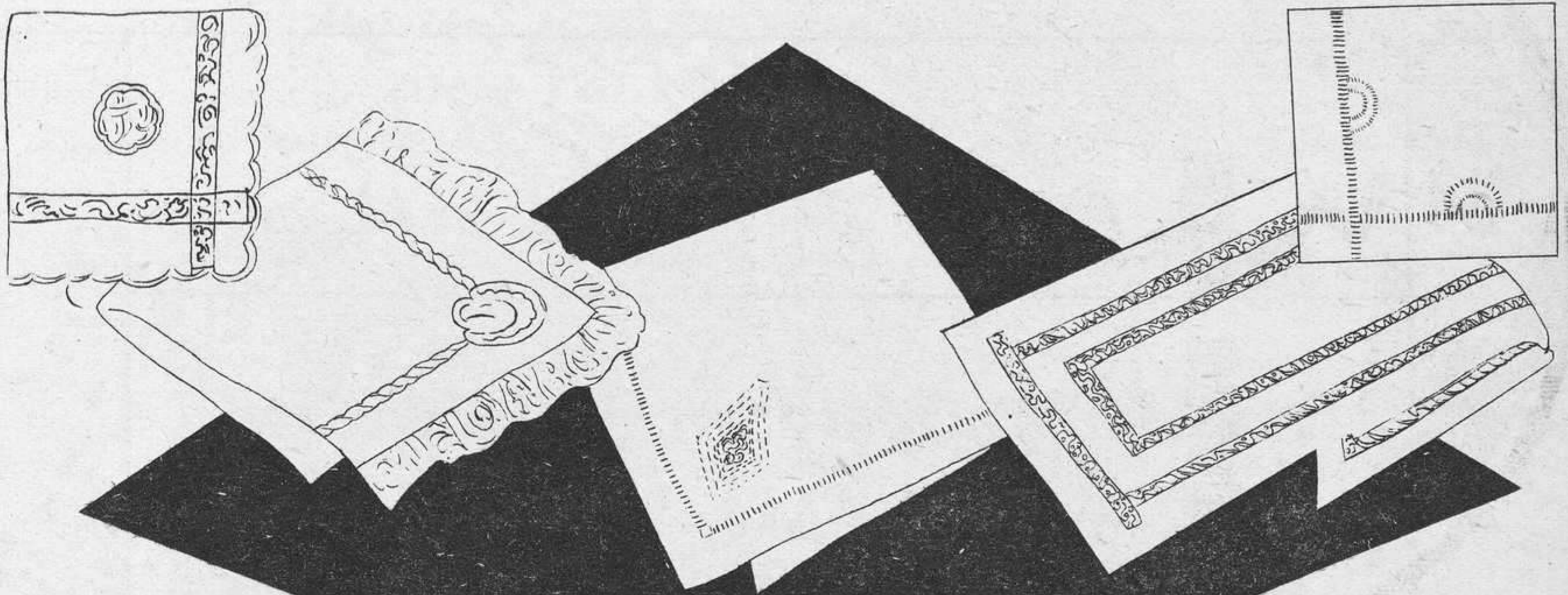
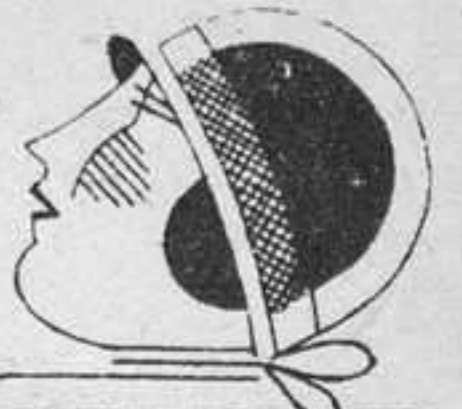
*La camisa-pantalón es, indudablemente, la prenda interior que más se lleva en la actualidad. Se hace, unas veces, de forma recta; otras veces, un poco más corta a los lados, a modo de braga.*



*Abajo, a la izquierda, combinación de jersey de seda, especial para los días fríos del invierno. La adorna, sencillamente, un grueso motivo cuadrado, bordado a punto de «bourdon», y en el centro del cual se colocan las iniciales.*

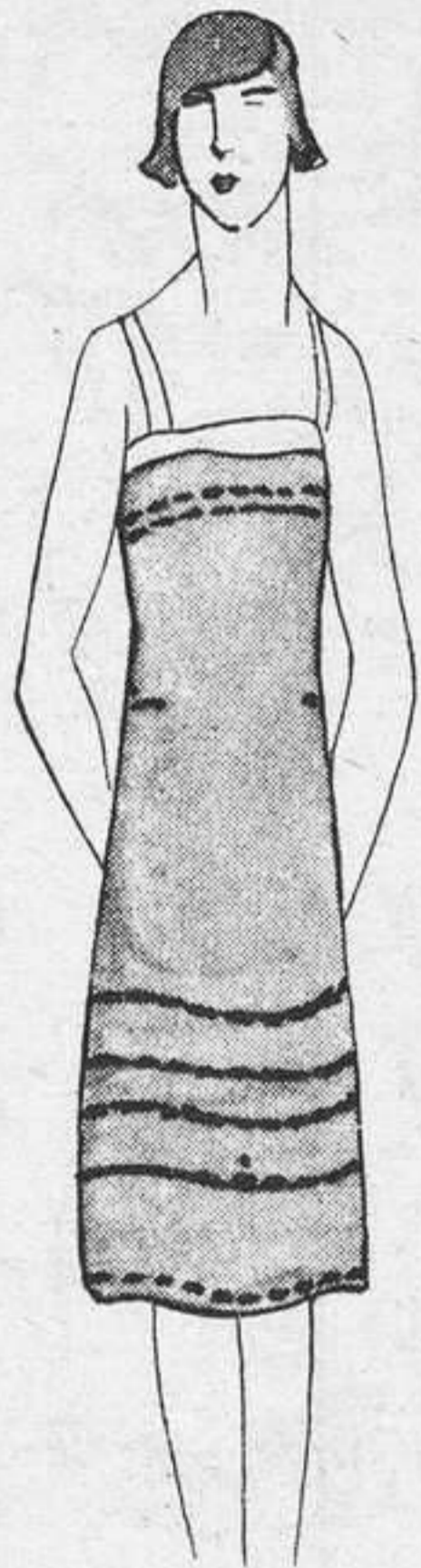
*En el centro, abajo, otra combinación algo más de vestir que la primera. Es de crespón de China rosa y tiene la falda plisada. En estos momentos, parece que de todos los encajes, el predilecto es el de Malinas.*

*En el tercer modelo, las tablas se inician desde el canesú; pero, para evitar que se abran, van sujetas a la altura del talle por una goma.*



La inicial va tomando en los pañuelos una importancia extraordinaria. Se hace calada o en caracteres muy anchos, dentro de un rombo.

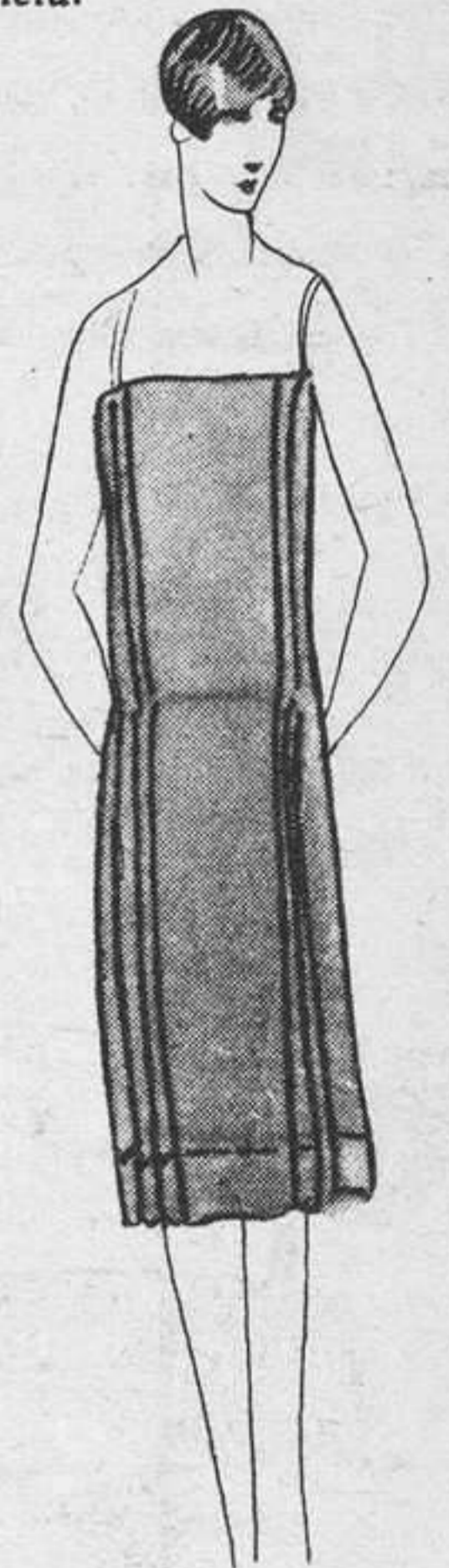
«Lucien Lelong» ha ideado una novedad que consiste en hacer la echarpe del mismo tejido que el pañuelo; es decir, de seda blanca con listas «chemisier». El conjunto es de una insuperable elegancia.



Combinación de crespón de China rosa, con incrustaciones de Valenciennes. Todas las incrustaciones se pegan a punto de «bourdon».



Abajo, dos pantalones-enaguas montados con una goma en la cintura. Uno de ellos es de «toile» de seda rosa y lleva incrustaciones que hacen juego con las de la combinación.

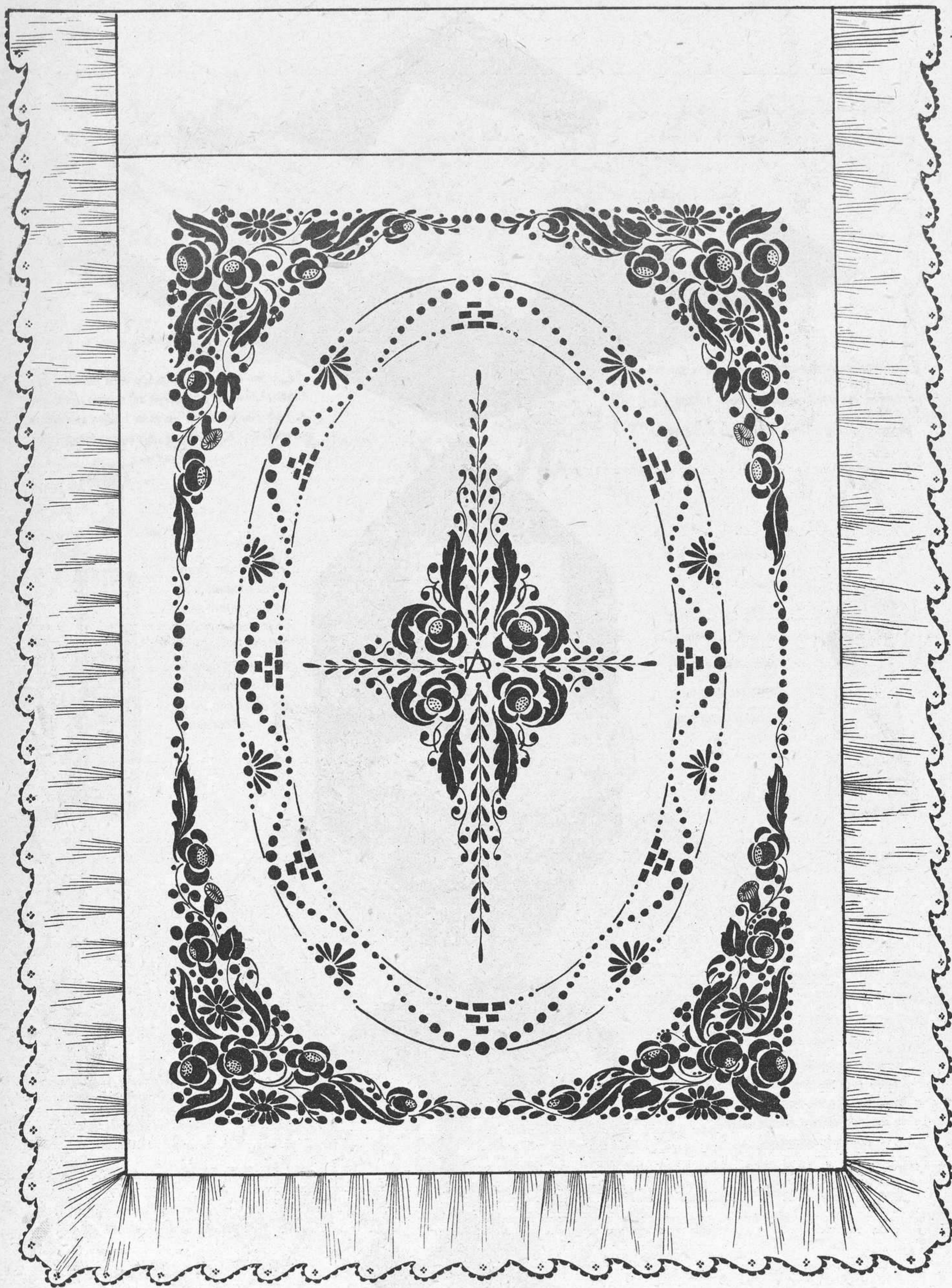


Camisa de noche de crespón de China, plisada por delante. El plisado va sujeto por un canesú de encaje. Idéntico encaje adorna las bocamangas.

Camisa de noche, para el invierno, de grueso jersey de seda con un ligero bordado a punto de zurcido alrededor del escote y al borde de las mangas. Corbata de raso.

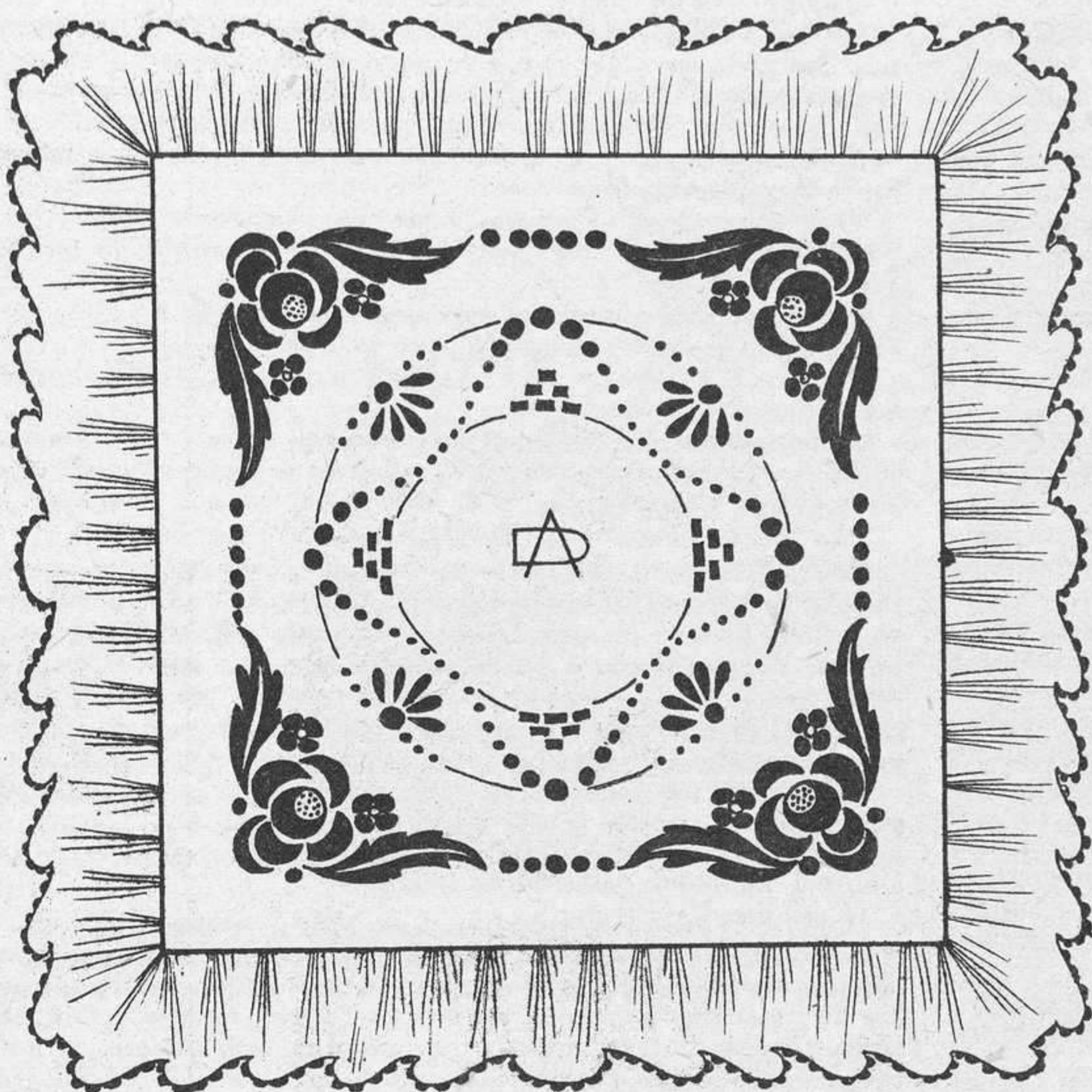
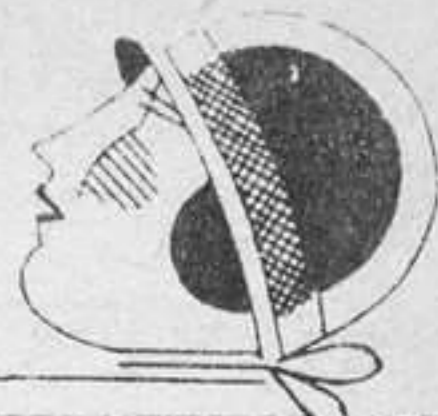


# LABORES



## JUEGO DE CAMA

*Esta colcha puede sencillamente bordarse a realce sobre linón. Pero resultará más bonita, de un mayor refinamiento de lujo y elegancia, si se coloca debajo un tul y se recorta luego el linón, en la forma que va indicada en la página siguiente (figura 1) a fin de que el bordado quede sobre el tul.*



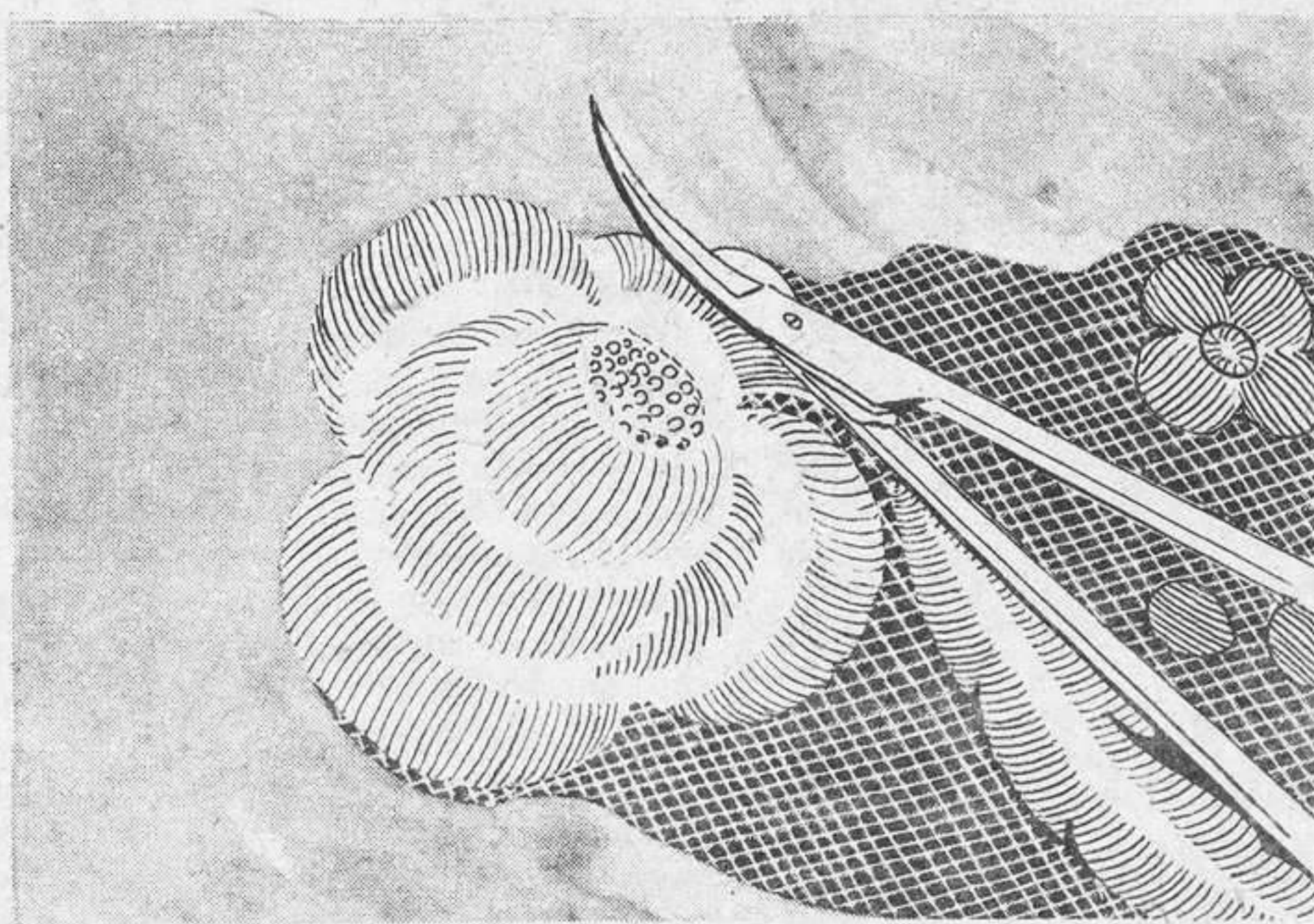
El cuadrante que hace juego con la colcha.



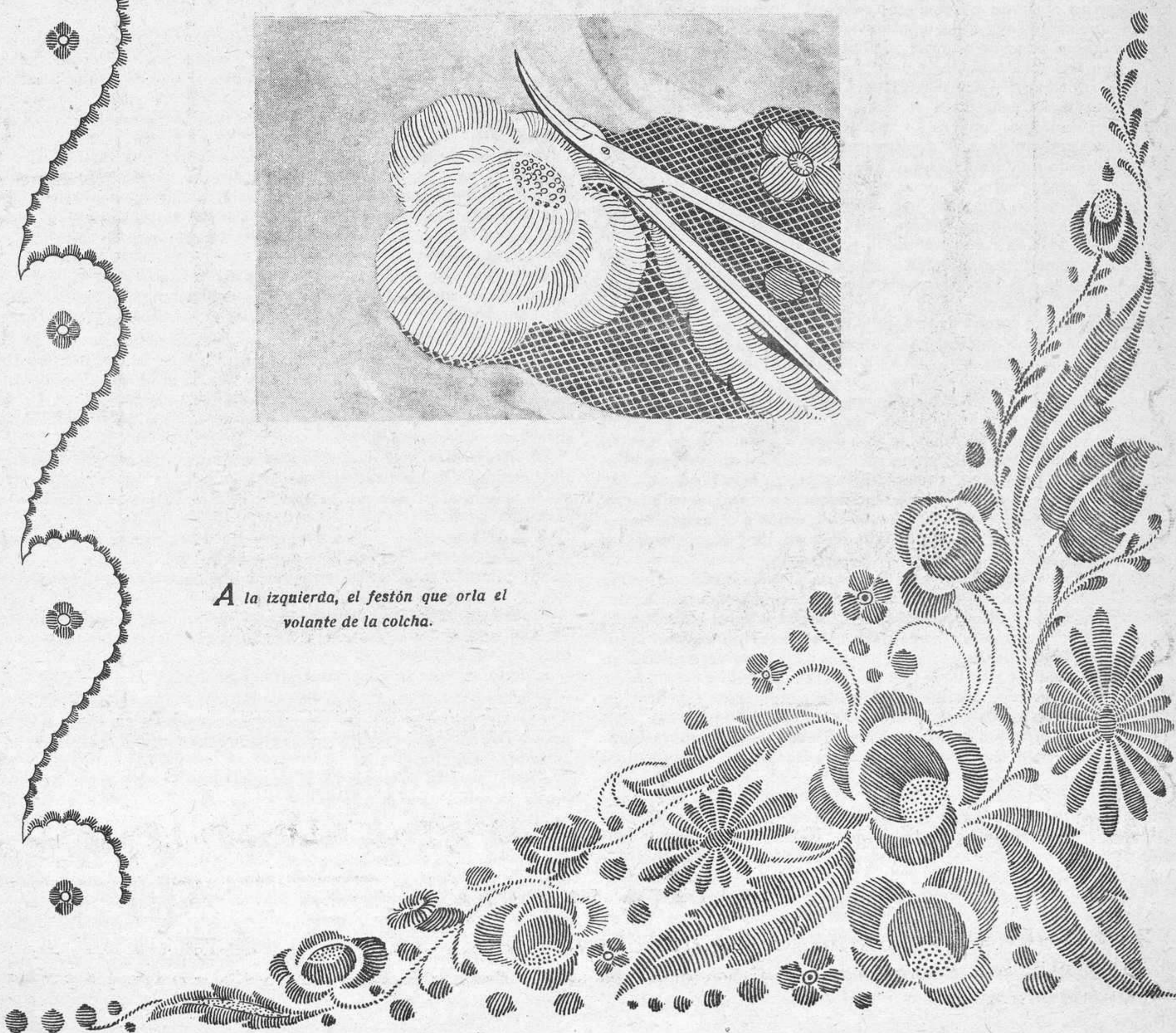
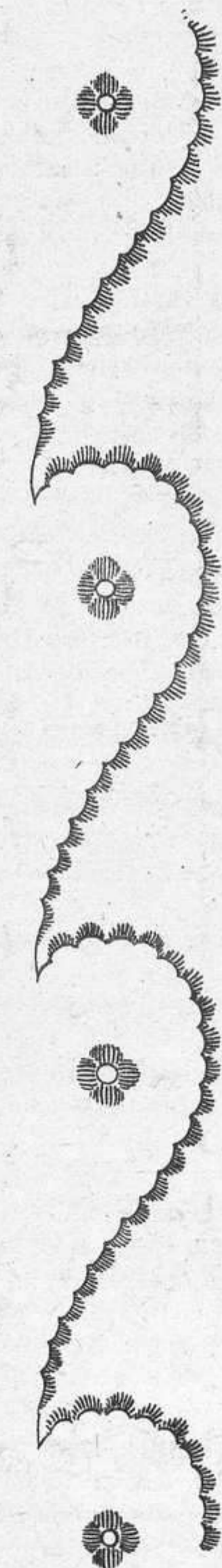
En el centro, la manera cómo se recorta la tela alrededor del bordado para que aparezca el tul sobre un viso de seda de color.



Abajo, a la derecha, detalle del bordado de la colcha.



A la izquierda, el festón que orla el volante de la colcha.





**A todos los lectores** de esta deliciosa y sin par Revista. Sólo voy a hacer una pregunta, amiguitos de la oscuridad: ¿Existen hoy los «hombres»? ¡No pongáis esa cara, por Dios! Contestad después de haber examinado vuestra conciencia: ¿Sí o no? Todos contestaréis: ¡Sí! Pero ¿sabéis lo que yo entiendo por «un hombre»? Os lo diré.

El hombre ha de ser —espiritualmente hablando— soberano y esclavo de la mujer. Soberano, en su inteligencia; esclavo, en su amor por ella; a quien debe adorar, mimar y contemplar, al propio tiempo que dirigir bien. Debe respetarla como a lo más santo (y esta es la principal condición).

Decidme: ¿hay alguno entre vosotros que sólo vea en la mujer el espíritu?

Y no digo esto porque yo sea fea, pues no tengo esa desgracia. En resumen: El hombre ha de tener la mirada de «acero» para los de su sexo, y de «terciopelo» para la mujer. ¡Ah! ¿Y existen aún los románticos que ahora se llaman cursis?... Si hay alguno que reúna todas esas condiciones, las cuales sirven muy bien para ser un buen amigo nada más, que conteste a—ALBERTINA.

**Desearía un amigo** que fuese razonable, con quien poder consultar un caso «muy serio». Pensé contestar a «Misterio», que me parece ser un hombre con mucho mundo, pero no me atrevo a escoger yo; prefiero que alguno de ustedes sea tan amable que, después de leer estas líneas, quiera ser mi amigo de veras, y, por mi parte, le quedaré agradecida; si no toda mi vida, por lo menos una gran parte de ella.

Para que no crea mi futuro amigo que soy una ganga, confieso humildemente que soy «de lo más vulgarcito del montón». Si alguien me quiere así, cuente con la amistad sincera de—PALOMITA.

**A los amigos incógnitos.**—¿Quién de vosotros, simpáticos lectores, querrá ser mi amigo invisible?

Tengo buen humor, y unas ganas muy grandes de divertirme. Físicamente soy una de tantas: ni guapa para un concurso, ni fea para quitar el hipo del susto.

Edad: diez y nueve abríles, y... «gata», a mucha honra. ¿Y mi amigo desconocido de dónde y cómo es?

Espero que a este llamamiento amistoso alguien acudirá; lo contrario, sería la desesperación de—PIMPINELA ESCARLATA.

**Como** me entusiasma todo lo desconocido, quisiera por mediación de esta elegante y simpaticona Revista tener un amigo incógnito. ¿Que cómo soy? Pues una verdadera inglesita, a pesar de ser muy española. Así que no crea que detrás del antifaz se oculta un loco, sino una cara «chipén».

¡Viva «Woman»!!—ANTIFAZ NEGRO.

**Misterio.**—Cuénteme a mí sus penas, a ver si les encuentro arreglo. Pero, ¿por qué están ustedes todos tan desengañados? ¿Cómo me arreglo yo para no llevarme nunca desengaños? ¿Será que no le pido a nadie más de lo que puede dar de sí?

¿Qué le pasa a usted? ¿Tiene usted un jefe con mal genio? ¿Le ha dejado la novia por otro más rico? ¿Pasa usted por extraño? Yo le consolaré en lo que pueda. Pero cuénteme algo en concreto, porque esta sección viene siendo un poco sosa.

Yo no pretendo ser su única amiga y no me importa que nos escriba a muchas a la vez. Pero conteste pronto, porque no tengo mucha paciencia.—SUSUKI.

**Misterio.**—Al leer su carta en el último número de MUJER, he sentido tal deseo de contestarle, que me he decidido a tomar parte en la sección «Las amigas y los amigos incógnitos», cosa que hasta ahora no me había pasado por la imaginación.

Amigo «Misterio»: Mi modo de pensar es exactamente igual al suyo; pero creo que no se puede vivir en sociedad con la verdad siempre en los labios. Hay muchas veces que callársela; pero mentir, nunca. Odio la mentira y la hipocresía con toda mi alma. No quiero extenderme más sin saber si usted me acepta como amiga.

No quiero terminar sin decirle antes que no varíe de modo de ser. Puedo asegurarle que con su carácter, unido a otras cualidades que supongo en usted, es usted digno de ser feliz y puede serlo, si quiere, como lo desea su amiga—TRUE-HEARTED.

**Misterio.**—Sospecho en usted un alma un poco ingenua. Desear a la mujer veraz en todo, ¡qué ocurrencia! ¿No comprende que entonces dejaría de ser muy femenina? Acabarían ustedes abominando de ella. Pienso que nunca, nunca debe haber mentira, engaño ni hipocresía en labios de mujer; pero tampoco siempre verdad. Bueno es que aprendamos a callar a tiempo, ¡es tan difícil!

Después de esto es posible que me dé calabazas... espirituales. Sería muy de actualidad, pero un poco desagradable para mí.

Aún sin amor propio lo sentiría; me parece que haría un excelente amigo mío, pues como usted soy sincera (al menos, así lo creo yo de buena fe.)

A pesar del tono un poco serio de esta danza —no estamos en el baile?— no me juzgue muy filósofa. Escríbame, si cree que merece la pena, y quizá encuentre en mis contestaciones «cosas» muy propias de mi carácter fantástico que le distraerán en su soledad (un poco relativa, creo yo.)

A todos, y al señor don «Misterio», ofrezco mi noble y para siempre incógnita amistad.—JARILLA.

**Amigo Misterio:** Yo también, aprovechando la simpática idea lanzada por la Revista MUJER, le escribo, para decirle que se puede vivir con la verdad en los labios, pero con muy pocos amigos; ¿no sabe usted que «el que dice la verdad pierde la amistad»?

Usted creará que nadie le comprende y vive solo, aislado; y dice usted que a esa soledad le ha empujado las amarguras y desilusiones. Eso no lo creo. Lo que le ha empujado a esa soledad ha sido la falta de expansión, la falta de un buen amigo. Yo le doy un consejo: busque un buen amigo. «Pero ¿dónde?», me dirá usted.

No lo sé. ¡Hay tan pocos! De ciento, noventa y nueve son falsos, hipócritas, interesados.

Yo le comprendo, «Misterio», pues todo lo que sufre lo sufro yo; y sé lo que es vivir solo y aislado entre mucha gente, sin que le comprendan a uno.

Sólo tengo diez y nueve años: la palabra sufrir me es ya familiar, casi amiga. Así que le comprendo, amigo «Misterio».

De mi vida no le digo más, pues ha sido un terrible desengaño; me es muy doloroso recordar...

Le dejo a usted, diciendo que la verdad ha sido siempre mi arma; y que aunque se sufre mucho, pues una persona franca tiene siempre enemigos, se tiene el consuelo de haber cumplido con su deber.

De usted se despide—MATILDE DE S. S. G.

**Para Misterio.**—Quiero ser una de las primeras en contestarte, pues verdaderamente es de agradecer el que no dudes de la sinceridad de las mujeres. ¡Tenemos tan mala fama! Falsa, por supuesto. Yo, por mi parte, puedo asegurarte que en mis veinte años de existencia no he dicho más mentiras que las precisas. Porque creo serás de mi opinión; y si siempre se dijera lo que se piensa, pasaríamos algunas veces por muy mal educados; ¿no te parece?

Tu carácter me gusta, sobre todo por lo alegre; y tiene mérito, pues según dices estás más solo que un hongo.

Muchas más cosas te diría, pero hasta no saber si merezco tu atención, no quiero gastarme en balde.

Te saluda—LA ESFINGE.

**Para el teniente P.**—Porque me pareces en extremo simpático y agradable me decido a escribirte, en la creencia de que no has de pasar tus ojos por estas líneas sin fijarte en ellas. ¿Verdad, amiguito desconocido? Permíteme que te dé este nombre, ya que tengo la esperanza de que corresponderás a la amistad que te ofrezco.

Repito que tu simpatía y franqueza me encantan; en cuanto a esta última, es mi característica; me gusta decir siempre la verdad, por amarga que sea.

Yo espero que tú me has de escribir. Cuéntame muchas cosas. ¿Eres alto o bajo, rubio o moreno, etc.?

¿Acaso crees que no te van a contestar las dos muchachas a quien te diriges? Desecha ese temor y estate seguro de que ellas, como yo, apreciarán en ti un amigo sincero, que es lo que precisamente hoy tanto cuesta encontrar. Yo, por mi parte, creo haber dado con él; y como prueba de ello, no dudo aceptes un apretón de manos de tu nueva amiguita—LA FLOR DE LA ALDEA.

**Amigos incógnitos.**—Una valencianita que cuenta diez y siete años de edad y no es del todo aturdida, ni del todo romántica, solicita de entre todos vosotros, uno sólo, que por sus condiciones físicas, no envidie a Adonis, que por las morales a quien envidien sea a él, y en cuanto a las materiales, que deje en mantillas al propio rey del oro.

No quiere esto decir que soy exigente, ¿verdad?

¡Soy toda corazón! ¿Encontraré alguno que me comprenda? ¡Yo creo que sí! Entre tanto os espero impaciente—SIN CONSUELO.

**Para el Teniente P.**—Conque ¿tienes miedo a que no te contesten? Aquí tienes a una galleguita que se muere por los tenientes, y no quiere dejarte feo. Creo que tú a mí tampoco me dejarás, y me contestarás en seguida dándome tu amistad.

Yo también, como tú, quiero encontrar un amigo verdad. Cosa difícil en estos tiempos.

De dónde eres creo que, si me contestas, no dejarás de decírmelo; ¿verdad, «Tenientito P.»?

Un saludo afectuoso de la que te brinda su amistad sincera.—CARMINA DE R.

**A Lolita.**—¿No pides un amigo? Pues aquí tienes uno que está dispuesto a serlo. Pero amigos de verdad, ¿eh?

¡Soy también estudiante, y practico algunos deportes, me gusta mucho la lectura, y soy algo alegre.

Espero que vos, simpática amiga, a quien desde este momento ofrezco una amistad sincera y cariñosa, conseguirá alegrarme del todo con su amistad.

¿Puedo esperar su contestación?—JOSÉ LUIS.

**Misterio.**—Aunque creo poder contestar afirmativamente a sus dos primeras preguntas, le ruego no me considere ya como amiga, pues es difícil que vuelva a escribirle en esta sección: carezco de facultades para ello.

Ahora voy con su duda. De ninguna manera debe usted desistir de su personalidad, por la nobleza que en sí lleva. ¿Hay cosa más noble que ser veraz? Por otra parte —y quizá le parezca paradoja—, el cubrirse con la máscara de la hipocresía, no es más que dejar al descubierto una condición rastrera y despreciable, sobre que no hay quien le garantice el triunfo de su falsía y el fracaso de su verismo.

¿Habrá quien le quiera sabiéndole un falso?, ¿quien se fie de usted, en cualquier asunto, conociéndole hipócrita? Y, por lo menos, dada su condición, no admitiría a un hipócrita; pues desengañese: a usted tampoco lo mirarían bien..., y quizá fuesen más lejos.

Así, pues, siga mostrándose tal cual es; pero si alguna vez puede pasar sin decir la verdad, no la diga, pero tampoco mienta: cálese.



Esto no es falso, sino prudente; evita muchos disgustos y no hace necesario el aislamiento.

Las amarguras y desilusiones las tenemos que dejar pasar, sin concederles demasiada importancia, pensando que es muy posible seamos también nosotros la causa de otros disgustos no menos amargos, y en los cuales nos gusta recoger el perdón.

No creo que llegue a la conclusión que se desprende de sus dos últimas preguntas; sin embargo, le agradecerá unas palabras de contestación su por última vez incógnita amiga.—SECRETO.

**Tango y Fox-Trot.**—Soy estudiante de Derecho y cuento diez y siete años. Como todo estudiante soy alegre, y como futuro abogado, serio en ocasiones. Luego sirvo, ¿no es así?

Como a ti me gustan todas las mujeres, pero no todas de igual manera. ¿Me comprendes? No puedo ser más claro, porque las jóvenes hoy día tienen la piel muy fina y, aunque no lo son, parecen sensitivas.

¿Que no tienes preferencias entre las mujeres? Tampoco yo. Comprende que desear otra cosa es ir contra la Naturaleza. Yo, en tu lugar, en vez de quejarme, daría gracias a Dios. ¡Que no permita te enamores! Es lo peor que podía sucederte.

Y ahora para terminar, escucha, Tango, mi máxima:

«A las mujeres mimarlas, ofrecerlas y no darlas».—PIM-PAM-PUM.

**Muy buenas,** ilustres amigos; porque suponemos que los lectores de MUJER querrán ser nuestros amigos. Eso de la amistad incógnita nos parece una idea estupenda; idea de MUJER al fin.

¿No habrá en algún rincón del globo ningún representante del sexo feo con bastante valor para atreverse con—TRES BOLCHEVIKIS.

**Me distraería** mucho tener un amigo incógnito (desde luego, joven y que no esté comprometido), libre, libre como yo; agradecería a quien tenga la amabilidad de contestarme.—OJOS NEGROS CON DIEZ Y SIETE ABRILES.

**Amigos incógnitos.**—Vamor a ver si hay alguno que me quiera contestar. Con diez y ocho años cumplidos no ha mucho, ni rubia ni morena, ni baja ni alta, ni gorda ni delgada, ni guapa ni fea; sólo puedo decir de mí que soy estudiante y muy alegre; que me gusta mucho el baile, pero no bailo; los paseos y, sobre todo, los toros. ¿Hay alguien que le gusten los toros? Pues que me conteste y verá cosa buena. ¡Ah! Quien me quiera escribir que se mire antes al espejo. Quiero que sea guapísimo.—CÚCHARAS.

**A todos y todas.**—¡Una más! Una más que desea un amigo o amiga sincero, muy sincero, que, espiritualmente, esté dispuesto a entregarse del todo, como ella promete hacerlo.

¡Tengo tantas cosas que decirle!

Y muchísimas ganas de escucharle... por escrito, claro está.

¿Me llevaré la desilusión de no encontrarlo?—PITUSA.

**Amiguitas.**—Tengo quince años, muchas ilusiones y pocas penas, y querría, por medio de MUJER, tener una o varias amigas incógnitas con quien no tener secretos.

Si pudiera ser que fueran de mi edad poco más o menos, pues así nos comprenderíamos mejor.

Espera con mucha ansiedad.—MÁRISA.

**Tengo** veinte años, con carácter alegre y una cara bonita (sin ser besugo), ¿qué les parece? Del tipo no digo nada, pues resultaría una monada (sin subirse a los árboles) salvo por un amigo que sea moreno con ojos soñadores.

¿No habrá en el mundo ningún desesperado que quiera la amistad de esta simpática lectora de MUJER?

¿Lo encontraré por mediación de esta Revista? Yo creo que sí, ¿verdad amigos incógnitos?—ANTIFAZ BLANCO.

**Alma Criolla.**—¿Quiere aceptar mi leal y sincera amistad? ¿Una amistad que al igual que el amor jamás se olvida y el tiempo no borra?

Tengo un amigo, la única persona que como a tal puedo llamar. Actualmente está lejos de su país y del mío, desde que nos despedimos, al irse hacia su patria y su hogar, hemos mantenido correspondencia, y crea *amiga* mía, no hay consuelo mayor en nuestras alegrías y en nuestras penas, que el saber que un alma que nos comprende vela por nosotros y que con nosotros también las comparte y las sufre.

Su temor se habrá transformado en un deseo realizador al aceptar la amistad de—FRANCIS.

**Esmeralda.**—¡Cuánto me ha gustado tu sinceridad! Es decir, quiero creer en ella...

¿Que estás un poco apenada? Yo te aseguro —¿verdad que el *tu* quiere decir confidencia?— que pondré todos los medios a mi alcance para quitarte las penas, y me daré por conforme conque de vez en cuando te acuerdes de tu incógnito amigo.

Antes de nada te diré que los que emplean esas palabras *tan poco bien* que en la tuya citas, me han parecido siempre organilleros con chaleco de punto y trinchera sucia...

¿Que cómo soy?

Ni tan feo como Crucificado, ni *tan bonito* como Rodolfo Valentino...

Y hasta la tuya mi *charmante* amiga.—FULANO X.

**Cuando** el céfiro invadía los ámbitos de la bóveda celeste y la luna rielaba en el agua dulce-amarga del Mediterráneo... no pasaba nada. Sin embargo, y a pesar de todo..., seguía no pasando nada.

Bueno, esto ha sido un modo de empezar como otro cualquiera, y ahora que hemos entrado ya en materia, supongo que os habréis dado cuenta del fin a que vengo, ¿no es verdad? Pues a ver quién es la chula que me contesta más castizamente y se guasea de mí con más frescura.—UN MARQUESITO.

**Magdale.**—Al solicitar de entre todos los hombres, si habrá alguno capaz de convenceros, yo, que comulgo con vuestras mismas ideas sin temor a equivocarme, ¿seré el afortunado en recibir por medio de estas motitas negras (que tanto dicen en bien y en mal) el beneplácito *si* de un alma todo ternura y lealtad?

Tengo veintiséis años cumplidos. Mi rostro acusa diez y ocho. La experiencia hizo me discurrir como un hombre de cincuenta, y mi corazón, que en nada puede envidiar al vuestro en sufrimiento, sin ser exigente, con la corrección y nobleza que una señorita merece, le pregunta de nuevo: ¿Seré yo el que ha de convenceros, o todo lo más interesaros?

Si soy ese afortunado que merece vuestra atención, contestadme sin dilación ninguna, bien por mediación de la revista MUJER o particularmente.

¿No es verdad que contestaréis a quien desea de todo corazón ser vuestro mejor amigo?—RAFAEL S. P.

**Amigos incógnitos:** Antes de empezar quiero decir que me sois muy simpáticos todos; y no es «coba», conste. Todos los que escribís a esta sección sois gente de buen humor; todos, aun los que presumen de *spleen* o de desengaño amoroso, y a mí el buen humor me encanta. Quiero ser amiga vuestra. Ahí va mi retrato, sin mentir: Veintidós años, ni alta ni baja, ni gorda ni flaca, morena clara, pelo castaño, ojos negros —dicen que bonitos—, nariz y boca, regularcillas. He leído mucho, he viajado más, he tenido muchos novios, he vivido, en fin, todo lo de prisa que le está permitido a una hija de familia «bien». ¡Ah! Pero conste que yo no soy niña «bien»: no bailo, no juego al *mah-jongg*, no llevo depiladas las cejas, no voy al fútbol y tengo la loca pretensión de encontrar un hombre con quien casarme locamente enamorada.

Y ya que estoy *presentada* a vosotros, ¿queréis contestar a la primera consulta que os hago? (Tengo muchas en cartera.) ¿Queréis darme vuestra opinión? ¿A qué edad quieren más los hombres? Mejor dicho: ¿a qué edad es su amor más apasionado? ¿Muy jóvenes o ya maduros? Yo pienso que ya maduros. Pasados los treinta y dos o los treinta y tres, los hombres están un poco cansados de querer, y no es fácil que se apasionen. Por lo tanto, la edad del marido ideal (ideal para vuestras mamás), esa edad en que el hombre tiene ya su posición hecha y definida y que ya está *probado* y *corrido*, y llega al matrimonio deseando reposo y bienestar, no es la edad de las grandes pasiones, de los cariños locos, de las novelas de amor.

Espero vuestra contestación rabiando de impaciencia. ¿Para la felicidad de una mujer basta el amor tranquilo, la consideración, el respeto, etc., etc.; el bienestar, la comodidad, o para la verdadera felicidad es precisa una pasión? ¿A qué edad la sienten más fuertemente los hombres y, por consiguiente, a qué edad son más capaces de hacer feliz a una mujer?

No me olvidéis, amigos y amigas incógnitos. A todos os quiero y de todos espero que me contestéis. Roberto, Ramón, Martín, Muriel, «Humor», Luis R. G., Manolo, todos, incluso «Polín», vosotros que sois hombres, me podréis contestar mejor. ¡Pero, por Dios, sinceridad! Adoro la franqueza y no tengo miedo en el mundo más que a las mentiras.

¿Cuál de vosotros llegará a ser mi amigo o mi amiga predilecta? ¿A quién podrá interesarle mi amistad?

Un saludo a todos —GABRIELA.

**Para Toñín.**—Yo me decido a contestarle, Toñín; bien es verdad que no desinteresadamente, porque yo, a mi vez, al final, le hago mi consulta. ¿Me contestará usted?

Creo que lo que mejor podría usted hacer es conseguir la amistad de *ella*, si no la tiene ya. Una vez amigos procure adivinar sus gustos y hacer cuanto pueda por agradarla, sin pecar de exagerado, que podrá resultar *pelma*.

Sea usted constante, no se le ocurra nunca darle *celos*, que ella se convenza de que la quiere usted de veras, y ya verá usted cómo le corresponde.

Me alegraré que así sea.

Ahora mi consulta:

Tendría yo mis quince años cuando *le conocí*. Reconocía que valía poco para gustarle a *él* (que tendría quince más que yo).

Un poquito romántica (¿quién no lo es a esa edad?); me creía que por el sólo hecho de mirarme ya estaba enamorado, y sin que nadie más que sus ojos me lo dijeran, creí en su amor.

Pasó el tiempo año tras año, y cuando quise darme cuenta estaba tan enamorada de *él*, que se me hacía imposible amar a nadie en el mundo como a él.

Sigo viéndole; sigue mirándome. ¿Me quiere? ¿No me quiere? Nada me dice.

Y ahora yo pregunto: Si me quiere, ¿por qué no me lo dice? Y si no me quiere, ¿para qué me mira?

Toñín: Verá usted que mi caso es más difícil que el suyo. Usted como hombre puede hacer mucho. Yo como mujer me tengo que resignar a quererle callando y... aguardar.—TRES NOTAS.



**Leonor de Mesalia.**—Perdona haya tardado tanto en contestar a tu simpática carta. No es mía la culpa, sino de una pulmonía que casi me envía al *otro barrio*.

Olvidemos lo del rubor. «Quitada la causa, quitado el efecto». No he vuelto a ver al joven de marras, por lo que no he tenido ocasión de volver a ruborizarme. Además, creo que si le encontrara me quedaría tan fresca.

Dispensa no sea más extensa, pero estoy muy débil aún y me cuesta mucho escribir.

Contesta pronto, amiga ya muy querida, y háblame de tus gustos y aficiones. No sé por qué, pero me parece que vamos a ser buenas amigas. ¿Y tú qué crees?—COPA.

**A Misterio.**—No sé cómo empezar a contestar a lo que usted nos dice en el núm. 17 de MUJER, y temo que vayan mal hilvanadas mis ideas. Me ha decidido más que nada a escribirle lo que dice usted de que no sabe si cambiar de ruta. Y comprendo sus desilusiones al saber que es usted apasionado y franco. Sabido esto, no me extraña que le vaya mal, pues, para mi opinión, son dos grandes defectos, no ya para usted, sino para los que le tengan que soportar. (Soy franca en esta ocasión.)

A mí me parece que el apasionamiento y la franqueza deben guardarse para las grandes ocasiones, y en estas ocasiones, el apasionado, el sensible y el franco se eleva sobre el nivel corriente, si además no es tonto del todo. Pero cuando se gasta la pólvora en salvas, o sea cuando esta franqueza, este apasionamiento y esta sensibilidad se malgasta en cosas sin importancia, el que estas cualidades posee, no solamente se hace insostenible, sino muchas veces ridículo. Por eso todo esto no se puede juzgar así, en conjunto; hay que tener en cuenta las circunstancias. Pero hombre o mujer que se aísla por las contrariedades de la vida, malo, malo; eso es ponerse al borde de la neurastenia, y, además, supone una cantidad de orgullo y un espíritu rebelde, que a mí, por mi parte, me asusta un poco; así es que no me extraña que se asusten los demás.

Más le escribiría, pero temo ocupar demasiado espacio en el periódico. Otro día será, si está usted conforme con mi correspondencia.

Temo haberle asustado..., pero es que respiro por mis heridas.

No le digo que cuente con mi amistad porque eso de la amistad me parece una cosa muy seria y no la ofrezco yo así como así; pero sí le digo que cuente con mis cartas y con mi opinión sobre sus dudas, aunque no le saquen de ellas.—SOY CUBANITA.

**Carlos.**—¡Cuántos recuerdos encierra este nombre en mi vial Carlos...

Yo puedo proporcionarle la amistad y el cariño, y, al mismo tiempo, consolarle, pues, como dice, está separado de la familia y le hará mucha falta. ¡Pobre Carlos! ¡Qué lástima! ¡Tan joven (porque supongo que lo será usted) y guapo (también lo será; yo a todos los que conozco que se llaman Carlos, lo son).

Lo mismo que usted, tengo deseos de una amistad grande, pues soy muy joven y necesito que me aconsejen en muchas cosas.

Simpático Carlos, ¿contestarás a la—PEQUE?

**Españolito.**—Mi amigo incógnito: ¿Cómo quieres que no conteste a un hombre que piensa como tú? Eres mi tipo, como tú dices; ahora que puede que yo no sea el tuyo; soy menudita, simpática, agraciada, sólo que en vez de ser rubia, soy morena; pero si tú quieres me tiño el pelo en seguidita.

No dejes de contestarme, pues quiero tener una amistad franca y sincera para que me cuentes todas tus penas y alegrías, y al mismo tiempo contarte yo las mías.

Si me contestas te ruego me digas algo de tu fisonomía y de tu carácter personal.—MORENILLA.

**Para Misterio.**—Puesto que pregunta si alguna lectora quiere infundirle alientos, aquí me tiene, o mejor dicho me tienes, ya que para ser buenos amigos hemos de tutearnos.

Desde que empezó esta simpática sección, he leído todas las cartas buscando en alguna de ellas un amigo franco y leal, y tú, por el carácter que describes, me lo pareces. Al fin podemos (si es que aceptas mi amistad) comunicarnos nuestros sentimientos sin engaños, ya que reconoces que en la vida no es posible. ¡Cuántas veces por decir la verdad vemos desvanecerse nuestras ilusiones! Bueno, esperaré tu contestación, amigo Misterio. ¿Me contestarás? ¿Sere-mos amigos?—MISTERIOSA.

**A las distinguidas** lectoras de la Revista MUJER.—He seguido con interés creciente las peticiones de amistad hechas en la sección titulada *Amigos y amigas incógnitos*.

Entiendo que esta sección es para todas las mujeres, sin distinción de estado. Pero parece ser que la han hecho patrimonio suyo las jovencitas más o menos poéticas y humorísticas.

Si el incógnito ha de ser una verdad, como lo es, ¿qué inconveniente hay en que la casada, viuda o soltera con novio tenga un amigo incógnito a quien le pida un sabio consejo en asunto que nuble su espíritu o aturda su imaginación?

Aquí está *Don Quijote* dispuesto a romper cuantas lanzas sean necesarias por mi imaginaria Dulcinea, con el grato sabor de existir y no ser.

No será todo tampoco de una rigidez quijotesca, pues cuando el caso lo requiera, sacaremos lo que haga falta de las alforjas de Sancho Panza.

¿Tendré alguna Dulcinea entre todas las señoras o señoritas que leen esta simpática Revista?

Impaciente espera *Don Quijote*, y no de la Mancha.—DON QUIJOTE.

**A Nennay.**—En el número 16 de esta simpática Revista leo tu demanda de amiga incógnita; y aunque me ha emocionado, llegando casi a los límites de una paralización absoluta, no me atrevo, sin que aceptes mi amistad, a soltar el grifo de mi ciencia (que es mucha), en contestación a las preguntas que haces en serio, todas muy bien traídas a la palestra y muy propias de los tiempos que corremos y de una jovencita que acaba de entrar en este pícaro mundo, con poco pelo y poca tela, y menos experiencia.

No me choca que una tobillera tan guapa como tú (porque tú eres guapa hasta la enajenación, no cabe duda; y rubia, morena o castaña, seguramente con melenita —más me gustarías sin ella—, y, en fin, una ex colegiala que electriza) se encuentre atribulada al hallarse de repente entre tanto ganso y «pollos bien» en este pícaro mundo, que es un gallinero con una fraseología para ti desconocida.

Si has tenido algún disgustillo amoroso, yo te demostraré que eso no merece la pena para que dudes de todo, como lo haces.

En fin, simpática «Nennay», nenita, si aceptas mi amistad tendrás a tu incondicional servicio, a la orden, a un amigo desconocido con la mar, y hasta los mares, de buen humor, y ciencia infusa, para aconsejarte y sacarte de dudas y que llegues al logro de lo que tienes derecho; es decir, que seas feliz con un hombre, no con un mequetrefe, más ganso que pollo; en cuyo punto me retiraré por el foro.

Si no te gusta el tono de broma expuesto, cambio de disco; y ríete tú de las Tinieblas que cantan en Semana Santa...

Queda rendido a tus diminutos pies tu incógnito y leal amigo.—OTELO.

**Amables amigos incógnitos.**—¿No habrá uno entre vosotros que quiera confiar sus penas y alegrías a dos buenas amigas, que sabrán consolarle en sus penas y alegrarse con sus alegrías?—CLAVELINA Y PASIONARIA.

**Misterio.**—«Incógnito y misterio» no es un debut airoso para quien como usted ama y desea tanto la verdad.

Yo, empiezo por advertirle, que o le monopolizo o... no me tome en cuenta: *Yo sola*.

Soy muy egoísta, muy desconfiada, muy pretenciosa y muy franca. También yo me he aislado. Vivo en el trabajo y en el aburrimiento, profeso la filosofía excéptica y si salgo de mi cascarón es para *distraerme y distraerle*. Soy indiscreta, desencantada, de humor desigual, con ráfagas de apasionamiento, de entusiasmo y luego... negros pesimismo. Por eso, a ratos, soy alegre o triste, feliz o desgraciada, buena o mala, pero siempre sincera. ¿Le sirve mi amistad?—TRUTH.

**Lolita.**—He leído tu carta (deja que te tutee) del núm. 17 de la simpática Revista MUJER y he pensado seríamos buenas amigas, pues tengo los mismos gustos que tú.

¿Me habré engañado? Yo creo que no. Me parece tú serás mi predilecta amiga.

¿Me contestarás, ¿verdad?—ESTHER.

**Yo, bailarín consumado,** al leer la peregrina idea de bailar sobre una hoja de papel, me relamí de gusto. Los pies temblaban ansiando baile...; y bailé, ¡vaya si bailé! Dí vueltas y más vueltas, hasta que rendido caí sentado.

¡Pero qué distracción! ¡Bailando con la Mujer!

Quise decir con MUJER, que pagó mi atolondramiento quedando mal herida.

Mujer aún no tengo, no por falta de ganas, sino porque mi papá dice que soy todavía un mocoso.

Pero, volviendo al baile. ¡Quiero bailar! Pero con una joven, no con MUJER.

Asistiré vestido de pierrot. Si alguna como yo ama la danza, puede contar conmigo para el «baile carteado».—PIERROT.

**Carta a mi amigo incógnito Manolo.**—Leo tu carta a Mari-Sol, y como te veo triste y desilusionado, quiero ser tu amiga. ¿Tienes inconveniente en ello? Tengo diez y ocho años, soy alegre como unas pascuas, y como no puedo comprender que un muchacho a los veintiún años, y que además se llama Manolo, pueda tener tantos sinsabores, me hago el propósito de alegrar tu existencia. Como verás te tuteo; el usted pasó a la historia.

En espera de tu respuesta, afirmativa o negativa, queda—HANI.

**Misterio.**—Tu carta es la única que me ha interesado. ¿Por qué estás pensativo y triste? Cuéntame algo de eso que te ha arrastrado a la soledad. Soy de la tierra de María Santísima, tengo diez y ocho años, y si eres como dices, pensamos igual.

Ya verás cómo en mí encuentras ánimo y consuelo.

Aunque es un imposible, Dios quiera que tu incógnita carta no tenga éxito entre las letorcitas de MUJER, pues mi encanto es ser en todo la única.

Tú eres la mar de simpático. ¿Dónde has nacido?

No te desanimes por nada, sigue siendo muy franco; te lo digo por experiencia (no de la vida).

Yo soy más alegre que tú, pero en estos momentos no lo estoy.

Te ofrezco mucha alegría, buena amistad y absoluta franqueza.

Ahora me pasa algo de lo que a ti, y esto me ha hecho perder muchas ilusiones.

¿Tú has cumplido ya los treinta?

Contéstame y demuestra esa franqueza que tanto le gusta a—LUCERITO.





«En MUJER no hay, ni habrá nunca nada equívoco, desentonado o reprochable. Estamos en un recinto familiar, donde el candor puede y podrá siempre circular libre e intacto. Aquí sólo se admiten «amigas y amigos incógnitos», y por supuesto dignos en todo momento de ser recibidos en este alegre, pulcro y honesto hogar de MUJER.»

**Para Mi amigo y yo.**—Pues, señor, estaba yo leyendo la sección de *Los amigos incógnitos*, y al ver las amistades que hay ya comenzadas, me entró un poquito de envidia, pues, la verdad, a mí todos los amigos íntimos que he tenido me han dado el gran chasco, pues cuando yo amablemente los recibía a mi lado encantada, todos creían ver en mí un interés... más importante, y el convencerles de su error me ha costado... el amigo.

Así que me parece deliciosa la idea de MUJER, de ser incógnita la amistad, pues así no corro ese peligro. Y, sin embargo, estoy llena de contradicciones, pues (si hemos de ser amigos tiene que haber franqueza) os confieso que el dirigirme a vosotros dos ha obedecido a que todas vuestras palabras, todos vuestros gustos coinciden en un todo con dos muchachos conocidos míos que me son extraordinariamente simpáticos, y he pensado sería graciosísimo que fueseis los mismos que yo me figuro, y estuviéramos, por los siglos de los siglos, escribiéndonos, simpatizando y sin jamás averiguar fijamente si la amistad que nos unía en MUJER seguía en la vida. ¿No pensáis vosotros que esto es bastante interesante y al mismo tiempo se presta a pasar muy buenos ratos? Yo ya tengo una barbaridad de cosas que tratar, y creo que si os decidís a ser mis amigos no os pesará nunca, y nuestras «charlas» serán encantadoras. Además, pensadlo bien, las demás muchachas podrán ofreceros una amistad... Yo os proporcionaré... una extraña aventura; así que la elección no es dudosa. ¡Ah, se me olvidaba! Los dos me resultáis muy simpáticos; pero (yo, no te enfades) preferiría ser más íntima amiga del que le gusta la pintura y el ajedrez, pues yo soy entusiasta de la primera y me agrada mucho el segundo. ¿Conformes? Ahora, sólo nos falta encontrar una muchachita que quiera ser el número cuatro de nuestra «pandillita», y en seguida a divertirnos en grande. A menos que vosotros no me aceptéis, con lo que causaríais un «enorme disgusto» a—MAVITA.

**Un marino de guerra.**—Usted, que tanto quiere una respuesta concreta, podía haber empezado por preguntar concretamente lo que desea saber. Pero, en fin, le contestaremos de todos modos. Primero veamos a qué se refiere usted con su pregunta. ¿Quiere usted averiguar qué atractivos puede tener la carrera de marino para que todas la elijamos para nosotras mismas, en el caso de que hubiéramos nacido hombres? Pregunta a la que nadie mejor que usted puede contestar. Exactamente los mismos que la encontró usted, cuando la eligió también entre todas.

Ahora vamos a considerar el otro lado de la pregunta. ¿Es solamente el elemento marino masculino de lo que quiere usted saber por qué nos gusta? También hay que concretar esto. ¿Para qué pregunta usted por qué les gustan a las mujeres los marinos más que los demás hombres? ¿Para charlar con ellos? Se comprende muy bien que sean los marinos los preferidos. Un hombre que ha viajado tiene, por fuerza, mucha más conversación y más entretenida que otro que no ha hecho más que dar vueltas por la Castellana. Descripción de países desconocidos para nosotras; anécdotas, que nunca dejan de ocurrir en sus vidas accidentadas; aventuras, algunas veces hasta naufragios emocionantes, y sobre todo, romanticismo, que, poco o mucho, nunca deja de agradarnos a las mujeres. ¿Para flirtear con ellos? Vuelvo a repetir lo mismo. Habiendo corrido mucho, tienen, por fuerza, que tener bastante mundo y mucha escuela. Poseen, por consiguiente, todas las ventajas de los hombres corridos, que tanto nos agradan a las mujeres, porque saben cogernos por el lado flaco, y porque si a vivir se aprende viviendo, a amar se aprende amando, y para ambas cosas, nadie como los marinos. Sin tener, además, ese gran inconveniente de todos los hombres que saben dónde nos «aprieta el zapato», que suele ser la edad. ¿Para novios? Tener un novio marino significa: poseer un novio que nos envidian las amigas, y, por consiguiente, un novio lucido; tener un novio que nos proporciona la agradabilísima sensación de sentir inquietudes por él, sin que tenga nada que ver esa intranquilidad con la humillante y nada agradable desesperación de los celos; tener un hombre que nos quiere, y a quien queremos, lejos de nosotras, en constante peligro, que nos trae desvelos, por el que tenemos que rezar, pensar en él y aguardar, impacientes, su regreso; que nos proporciona además el inmenso placer de recibir de él interesantísimas cartas, con un amor aumentado por la tristeza de la ausencia. ¿Para maridos? Es conocidísimo lo que se dice de las mujeres de los marinos, que, por lo menos, tienen la absoluta necesidad de ser felices la mitad del tiempo de su vida: si se llevan bien con su marido, cuando están con él, y si se llevan mal, cuando se va. Y en estos tiempos en los que en la lotería del matrimonio se pierde casi siempre, ¿no es una enorme ventaja el jugar con la absoluta seguridad de llevarse, por lo menos, la mitad del premio?

Si le parece bastante concreta la contestación siga preguntando, y no tendrá inconveniente en seguirle contestando—LA NOVIA DE UN MILITAR.

**Mari-Estrella.**—Ante todo te envió un estrecho abrazo de amistad, mi querida Mari, y después mi felicitación de Pascua; te llegará muy tarde, pues hoy es el día de Navidad, pero aun así, quiero que sepas que he pensado en ti hoy; en la simpatiquísima amigueta que tus líneas me han presentado.

Creo que congeniaremos y nos querremos mucho; nuestra edad es muy parecida, y seguramente nuestras penas y alegrías serán por el estilo.

Dime en qué colegio te has educado, qué vida haces, ¿tienes novio...? Me figuro que no, porque no se te hubiera ocurrido entretenerme en escribir aquí, pues no tendrías tiempo para hacerlo ni para pensarlo.

Yo tampoco tengo, gracias a Dios, por ahora; te chocará lo de «gracias a Dios»; pues mira, todo tiene su explicación...: tengo muchísimo miedo de tener novio, porque cuando le tenga es que le querré... ¡con pasión! Y como me han dicho tantas veces lo falsísimo que son los hombres, temo que aquel a quien yo quiera con toda mi alma pueda alguna vez engañarme. ¡Sería horrible...! De modo, que espero no caer todavía en la tentación hasta dentro de unos años.

Hasta ahora he sido muy fuerte; pero, ¡quién sabe si es que ninguno me llenaba!... Temo el momento de encontrarme con el que me llene... ¿Qué haré entonces?... Sucumbir, seguramente...

Oye, dime también tú muchas cosas, dime cómo eres; yo ya estoy aburrída de explicar mi físico a todos mis amigos. Bástete con saber que no soy fea... (aquí conviene decir también: ¡gracias a Dios!)

Lee algunas de mis contestaciones, y con todas mezcladas, revolviéndolas un poco, quizá puedas sacar entre ellas algo que te dé una idea de cómo soy. Explícame por qué firmas Mari-Estrella; ¿es para que nos parezcamos más?... Si es así, has tenido una excelente idea.

¿Vas a paseo a la Castellana? Yo he ido esta mañana y es probable que nos veamos por ahí a menudo sin conocernos. En fin, espero que nos querremos muy de veras, y esto es lo principal, ¡querer!

Te abrazo con el mismo cariño que al empezar, y espero que me contestarás corriendo, corriendo.—MARI SOL.

**Para Pitito.**—Con alegría acepto la amistad sincera que usted me ofrece... Quizá habrá usted comprendido que lo de los doce abriles es una equivocación; no sé si de la prensa o mía. ¡Soy muy distraída! Y probablemente me olvidaría de poner un cinco después del diez. Cuando leí mis líneas me di cuenta al momento de ello. Al principio pensé volver a escribir diciendo el error; porque ¿quién iba a contestar a una chiquilla de doce años?... Luego pensé esperar y así hice... ¡con éxito!

Así que ya sabe, Pitito, que puede contar con una buena amigueta de diez y siete años. Pasemos a otra cosa.

Me gustaría saber algo de su físico... Dígame si es usted tan chiquitín como parece indicarlo su nombre, o si no cuál ha sido su idea al tomarlo. ¿Cuántos años tiene? ¿Qué carrera?

Yo soy alta y morena; tengo melena. ¿Es usted partidario del pelo cortado? Encuentro una tontería declararse enemigo suyo, pues una mujer puede ser tan buena cristiana, tan formal, tan cariñosa y tan buena ama de casa con moño o con melena. Esto no influye, ni lo más mínimo, en nuestro modo de ser.

¿E usted madrileño?... Yo soy castellana vieja, de Burgos. Vivo desde chiquita en Madrid y me entusiasma.

Es, aña, la Patria, es una de mis grandes pasiones. Hace ahora tres años que no voy al colegio; estuve hasta los quince, y pronto tendré diez y ocho; en la primavera me pondré de largo... tengo mucha ilusión, pues pienso divertirme mucho ese día. A veces temo... ¡se me arregla tan bien, tan divinamente la vida...! Que es fácil que esto no siga siempre, necesariamente tendrá que cambiar... y entonces cuando pienso que llegará el momento de sufrir, tengo miedo...; en fin, no hay que tenerle por ahora...

Soy muy, muy feliz, y no quiero ser exigente con la vida. Sólo la pido la dicha de amar y ser amada en el porvenir, y por ahora que siga lo más posible esta paz, esta tranquilidad y alegría de hoy.

He dejado correr la pluma, la he dejado decir a un buen amigo que creo haber encontrado en usted todo lo que a veces pienso, lo que me preocupa o alegra. No se puede usted quejar de mí, y espero que me demostrará su confianza haciéndome las confidencias que de usted impaciente espero.

Creo también que, sin ser yo una Venus, no tendrá mucha queja de mi físico el que me conozca.

Queda esperando su contestación...—LA CONDESITA DE DIEZ Y SIETE ABRILES.

**Y... ¡aquí estoy yo!, M...** ¡Anda, salero, pues no se me iba a escapar mi nombre! En fin, les diré cómo me llaman en casa: «la tonta del bote», para servirles. ¿Que eso no es verdad?, escuchen por favor a mamá y verán si llevo razón: «¿Mi hija novio? ¡Por Dios señora, si para esto es una nulidad! Y no será porque no le repito a todas horas del día que la culpa de su poco gancho es su maldito carácter; pero, ¡sí que sí!, ¡predicar en desierto...! Ya ve, yo a su edad, ahora tiene veintidós años (mamá se olvida lindamente de setecientos veinte días más vividos por mí) era ya madre de dos chicos; pero mire usted, la muy picara, canta que canta todo el santo día de Dios, riendo como si la hicieran cosquillas, diciendo que si nosotros pasamos por algunas penas, miles hay que sufren el do



ble, que con paciencia se gana la Gloria, y sin más Santo ni más San Juan que el gozar como una tonta con la cosa más insignificante. ¡Para matarla! ¡Jesús suyo, haz que le salga «un novio serio y formal» que la corrija, pues si no, ¡tonta del bote» será toda su vida! ¡Qué pena más grande, con lo que me gustaría tener una hija juiciosa y sensata en lugar de este torbellino!»

Pero he aquí, señores, que el novio serio no viene ni llamado con campanillas, y en vista de esto empiezo a obrar por mi cuenta y razón, buscando en vez de un novio (estos resultan pesados casi siempre), un buen amigo, serio, incluso triste, que quiera hacer el bien de caridad de corregirme un poquitito; yo, en cambio, le ofrecería lo mejor de mi misma, una gran parte de «mi alegría del vivir» y le contaría todo lo que pasa por esta cabeza, ¡ay de mí!, con menos sesos que un mosquito.

¿Existirá *mi hombre*, o sólo se encuentran hoy «pollos gomas y pollos peras»? No lo sé; pero confío, confío con fe ciega en mi buena estrella y que ella deparará el amigo que desea con toda su impaciencia, con toda su ilusión.—LA TONTA DEL BOTE.

**Encantiño.**—He leído tu carta pidiendo un amigo. ¿Podría serlo yo?

Me encantas por varias razones; entre otras, porque eres gallega. No te puedes figurar lo muchísimo que me gustan las paisanas de Rosalía Castro.

No soy pollo «banana», ni tengo ninguna simpatía por los planes «jamón». Tampoco te quiero una «burrada...», por ahora, aun cuando espero que llegaremos a entendernos mutuamente.

¿Te convengo? Decídetes. A la una, a las dos y a las...—PACHÍN.

**Para Misterio.**—Yo seré su amiga, si usted quiere. Alguna duda tengo de si podré considerarme esa mujer absolutamente verídica que usted busca; pero, al fin, ¡quién no tiene sobre su conciencia alguna mentirilla, más o menos leve!... Pero como en esta vida todo es relativo, todavía me quedan esperanzas de que usted, aunque sólo sea por eliminación, me juzgue digna de su amistad y corresponda a la mía tan lealmente como yo se la ofrezco. Y esto sí que lo digo con entera franqueza.

No deja de extrañarme un poco en un hombre tan enamorado de la verdad esa duda de si se puede vivir con ella. ¡Pues no se ha de poder, mi futuro y misterioso amigo! Todo consiste en hacerse a la idea de que como no se puede vivir a tono con la opinión de todos, es preferible hacerlo sólo con la de uno mismo; y puesto que nosotros aceptamos a los demás tal como son, que nos acepten ellos también a nosotros en la misma forma. Crea usted que la teoría, cuando se siente y se practica a fondo, es de lo más práctico, de lo más útil y de lo más cómodo que puede usted imaginarse.

Me parece que después de esta casi profesión de fe, no dudará usted de mi apasionado amor a la verdad y me considerará digna de su atención.

Misterioso señor Misterioso, usted tiene la palabra.—RAQUEL.

**¿Quedará algún amigo incógnito para nosotras?** Suponemos que sí.

Somos dos muchachas un poco exigentes; no lo queremos como Misterio, pues debe ser de los que amargan la existencia. Con tantos desengaños..., aunque nos gusta la sinceridad. Lo estupendo es un muchacho ni pera ni manzana, y sí que nos cuente muchas cosas, pero no «camelos».

De nosotras hoy nada más decimos que nos revientan las amigas. Por eso no nos cansamos de admirar la gran idea que ha tenido la Revista MUJER con esto de los amigos incógnitos, pues conociéndose, ya es otra cosa, ¿no os parece?

¡Ah!, se nos olvidaba. El que se atreva a contestarnos que diga cómo es física y moralmente, pues es lo que más nos interesa por ahora.

Esperan que haya algún valiente.—DOS FLOSELLIERES.

**Yo busco una amiguita gentil y complaciente**, que pase de los quince, que no llegue a los veinte y que sienta conmigo deseos de charlar. Una amiga risueña, bonita y cariñosa, y a quien pueda algún día preguntar una cosa que aún no he conseguido a nadie confiar. Yo soy un buen muchacho; no salgo por las noches; voy a la Castellana y al Paseo de Coches, y que con mis estudios tengo mucho que hacer; pero aunque estudio mucho, siempre seré un esclavo para escribir un poco, si es que hay algún «guayabo» que quiera contestarme por medio de MUJER.—SOLO.

**A Violeta de Parma.**—¡Pobriña!... He leído tus líneas, y como veo sufres mucho, me han atraído grandemente.

¿Quieres aceptar la amistad fuerte y leal de este amigo incógnito? Yo tengo tus mismas penas, todas de amor. Por eso creo nos entenderemos mejor.

No soy *niño bien*; tengo un alma muy recta, que no pasa por las costumbres modernistas. Creo que lo mejor y más bonito de este mundo es amar y sentirse amado.

¿Te podré comprender, pobre Violeta de Parma desconocida, y llegarás tú también a comprenderme?

Dime algo de ti... Serás muy bonita, y seguramente morena. Por eso sabes sufrir.

Besa tus pétalos, rotos por el amor.—ANGEL ROBERTO.

**Y Am fond of the Jazz-Band.**—Muchas gracias por aceptar mi amistad. ¿Me permitirá que la tutee? Aunque modernista, soy bien educado y no me atrevo a hacerlo sin su permiso.

Me parece muy natural que un hombre se enamore de una mujer;

lo que no comprendo es que ustedes se enamoren de nosotros. ¡Nos lo merecemos tan poco!

¿Por qué duda usted que yo sea aviador? ¿He dudado yo que conduzca su «Citroen» y monte a caballo?

No me gustan los puntos suspensivos. Para ser buenos amigos, tenemos que ser francos; el incógnito nos ayuda.

¿Mis ojos? La verdad es que nunca me había fijado. Son pardos, con reflejos dorados, semejantes a una uva madura (y no crea por esto de la uva que me gusta el vino).

¿Y los suyos? Además del color, dígame su expresión.

Desearía también saber de dónde es usted; al menos, la región. Correspondo al saludo de Crisantemo Rosa.—UN AVIADOR.

**Magdale.**—Cuando un alma llena de lealtad y ternura pide un poco de corazón y nobleza, ¿cómo se le va a negar? Prueba de ello es que aquí me tienes dispuesto a concederte lo que me pides.

Soy mayor que tú, aunque no mucho. Experiencia sí tengo, y ¿quién no ha sufrido un poco? Tal vez puedas encontrar en mí el amigo que pretendes.

Con este incógnito no podrás nunca pensar que vas a tener un amigo egoísta o materialista, sino completamente desinteresado, dispuesto a estrujar mi cerebro para contestar a tus próximas confidencias y hacerte pasar un rato lo más ameno posible.

No dudo que tendrás muchas cosas que contarme, y como siempre seremos incógnitos, tal vez podamos llegar a conocernos.—CURRINCHE.

**A una morena.**—Simpática amiga: No sabes lo que me alegró leer en la simpática revista MUJER tus líneas, deseando encontrar una amiga a quien comunicar tus alegrías y pesares. Yo también estaba deseando escribir en esta sección de amigas y amigos incógnitos para encontrar una amiga de verdad, pues todas las que he tenido hasta ahora no han sabido comprenderme; pero tú me has gustado y creo llegaremos a entendernos, ¿no te parece?

Sí, como yo creo, piensas tú lo mismo, no dejarás de contestarme. Tu amiga,—PERLA NEGRA.

**Para Esmeralda.**—¿Buscas un amigo y no pones condiciones para ser merecedor de esa amistad? ¡Es tan fácil encontrar sin exigencias..., que me atrevo a anticipar no he de ser yo solo quien te se ofrezca como tal!

No sabes, ¡oh, Esmeralda!, la dicha que encontraré el miércoles próximo al verme contestado. ¿No oí yo tu voz entre las sombras que ofrece esta página de MUJER? Pues, siendo así, justo encuentro el no ser, por mi parte, desoído.

Mas dejemos detalles nimios a un lado y hablemos de algo de interés.

¿Tú deseas ser tan incógnita como la más que en la *incognitura* puede darse?

En cuanto a los derechos de amistad, supongo que te toca hablar de ellos.

Espera y agradecerá tu contestación.—QUASIMODO.

**A los amigos incógnitos.**—No sé si tendré la suerte (pues suerte puede llamarse) que alguno de vosotros fuese tan simpaticísimo que quisiera por medio de los amigos incógnitos sostener correspondencia conmigo. Si yo pudiera escoger. ¡Oh si yo pudiera escoger...! Pero, bueno, paciencia, y me conformaré, muy contenta y agradecidísima, con el que me quiera contestar. Decidme vuestros gustos, deseos, etc., a ver si coincidimos, y de esta correspondencia logramos hacernos unos buenos amigos.

Saluda a todos los lectores.—EL ANTIFAZ ROJO.

**Mucha alegría** había de darme si pudiera yo encontrar un amigo que quisiera aceptar la amistad que yo le ofrezco, y que por aquello de verse libre de la necesidad de agradarse por anticipado, tiene un encanto de ingenuidad y sinceridad que me atrae. ¿Quién me deparará la casualidad?

Me ampararé en mi incógnito si nadie sale a mi camino; y si consigo ser favorecida por alguno, sepa desde ahora que se lo agradezco.

Tengo catorce años y dicen que no soy fea. Yo creo esto... y algo más.

Ya le daré más datos al que espera con alegría.—VIOLETA AZUL.

**A los amigos incógnitos.**—Soy una lectora alegre y simpática (según dicen; no me creáis inmodesta) que desearía tener algún amigo con quien poderme comunicar.

Sólo he de advertiros que tengo pocos años y menos experiencia de la vida.

¿Habrá alguno de vosotros que quiera sufrir las confidencias de—MARÍA DEL CARMEN.

### CUPÓN DE LAS AMIGAS Y LOS AMIGOS INCÓGNITOS::

Con cada comunicación destinada a LAS AMIGAS Y LOS AMIGOS INCÓGNITOS debe enviarse cuatro cupones como éste. La comunicación se publicará, o no, íntegra o parcialmente, según el criterio de la Dirección. El hecho de hacer uso de este cupón, supone la renuncia a toda clase de reclamaciones.

1.º **ALMUERZO.**—Tortilla doblada al ron.—Calamares rellenos a la parrilla. Solomillo asado con puré de patatas.—Natillas al limón.

**Tortilla doblada al ron.**—Se baten seis huevos con cinco gramos de azúcar molida, haciendo con esto la tortilla en una sartén con muy poca manteca, y se coloca en una fuente.

Sobre ella se vierte una copita de ron, se le prende fuego, y se sirve ardiendo.

**Calamares rellenos a la parrilla.**—Se limpian bien los calamares, y las cabezas, tentáculos y aletas se pican mucho con perejil, ajo y pan rallado; se mezcla todo, relleno con esto los calamares y cerrándolo con el palito. A este relleno puede agregarse, si se quiere, un poquito de jamón picado.

Hechos todos, se asan en la parrilla, se dejan enfriar, para partirlos en ruedas, que se sirven aliñadas con cebolla y perejil picados, aceite, vinagre y pimienta negra molida, bien mezclado todo.

**Solomillo asado con puré de patatas.**—Se asa el solomillo con manteca, después se le va añadiendo un poquito de caldo hasta que esté bien asado, y se hace el puré, con el cual se rodea la fuente al servir el solomillo, trinchado con su jugo.

**Natillas con limón.**—Para cada cuartillo de leche se ponen tres yemas de huevo, bien batidas, en un poco de leche, que se aparta; se le hecha un polvo de harina, y azúcar al paladar, uniéndolo con el resto de la leche, un palito de canela y un poco de cáscara de limón; se coloca en un perol a fuego suave, para cuajar las natillas como todas, vertiéndolas, después de quitarles el limón y canela, en una fuente, adornándolas con canela molida y grajeas.

2.º **COMIDA.**—Macarrones italianos.—Lenguado a la crema con queso.—Perdiz con coles.—El Chuá (asado moro).—Naranjas con azúcar.

**Macarrones.**—En proporción para una libra de macarrones se rallan tres onzas de queso.

Se cuecen los macarrones en caldo o agua, con sal; cuando están cocidos se escurren y ponen, por capas, en una cacerola o fuente que vaya al fuego; alternando: una capa de tomates, otra de salsa de asado, otra de macarrones y otra de queso rallado, debiendo terminar por la de salsa, y, cuando todo esté colocado, se pone un rato al horno, para servirlo luego.

**Lenguado a la crema con queso.**—Es un plato exquisito y delicado, sin que sea complicada su preparación.

Se tiene agua hirviendo con sal, y haciendo filetes de unos lenguados crudos, se meten un momento en el agua hirviendo, y se sacan con cuidado de no deshacerlos, colocándolos en la fuente donde vayan a servirse y espolvoreándolos de queso rallado.

Se hace una crema como todas, esto es, con leche, huevos y harina, pero sin azúcar ni perfume, y se vierte caliente sobre los filetes de lenguado al ir a servirlos.

**Perdiz con coles.**—Se pela, vacía y limpia sin mojarla. Se asan una cebolla, una cabeza de ajos y dos hojas de laurel, que se introducen luego en el interior de la perdiz, con un poquito de sal, y se coloca el ave así preparada en un puchero. Hecho esto se le pone también una jicara de aceite y otra de vinagre, sin olvidar de introducirle a la perdiz, por el cuello, dos o tres granos de pimienta negra. Entonces se llena el puchero de agua sola o mezclada con vino. Cuando está medio tierna se le echa un cogollo de col atado para que no se deshoje, dejándolo cocer durante dos o tres horas, hasta que el ave y la verdura estén cocidos. La cocción debe hacerse a fuego lento, dejando consumirse bien la salsa. Al servirlo se pone en la fuente a un lado la perdiz y en otro la col, desatada.

**El «Chuá» (asado moro).**—Se prepara un majado de azafrán tostado o calentado de antemano, unos granitos de sal y unas gotas de agua para untar con ello un costillar de carnero, que se le tendrá limpio y preparado.

Una vez hecho esto se toma una olla suficientemente grande para poder cocer en ella el costillar. En este recipiente se calienta un poco de aceite, agregándole después una cucharada de manteca fresca de vaca, sal y el agua necesaria para cocer la carnes. Se pone luego en ella el costillar hasta que esté tierno, y entonces se deja dorar, cubriéndole con una tapadera con lumbre.

Al servirlo se espolvorea con comino bien molido. De este modo se ponen también las piernas de carnero y las gallinas; pero

para guisar éstas en este asado o «chuá», se hervirán antes las aves en agua con sal, pimienta y una cebollita.

Mientras cuecen de nuevo con la preparación y condimentos del costillar, se les va añadiendo, con el agua donde fueron hervidas primeramente, y de este agua o caldo se aparta un poquito para hervir con ello, en un pequeño puchero o cacerolita, bastante perejil picado.

Cuando esté hervido el perejil se le añade limón en pedazos, para que dé otro hervor.

Al servir las gallinas se colocan en una fuente, con su salsa, extendiendo sobre ellas el perejil con el limón.

**Naranjas con azúcar.**—Se escojen naranjas dulces, que se cortan en ruedas, colocándolas por capas en una fuente o compotera, alternando las de naranja con capas de azúcar, y regándolas con una copa de champagne, kirsch o ron; se tienen así dos o tres horas antes de servir las.

3.º **ALMUERZO (Económico).**—Patatas con chicharrones.—Atún a la guipuzcoana.—Pudding de coliflor.

**Patatas con chicharrones.**—Se pelan y cuecen las patatas en agua con sal, machacándolas muy calientes en el mortero, por ser así más fácil el reducir las a pasta. Se une esto con unos chicharrones, sazonándolos de sal si es necesario, y se hace la tortilla, del grueso que más guste, en una sartén con manteca, y dorándola por los dos lados, pudiendo servirse en almuerzos, en vez de verdura.

**Atún a la guipuzcoana.**—Se parte el pescado en pedados regulares, de un centímetro de espesor, aproximadamente. Estos pedazos se enharinan y fríen en aceite, y en la grasa sobrante se rehoga cebolla, sin quemarla; luego se pone atún con la cebolla, se sazona de especias y un vaso de buen vino, se tapa bien y se deja cocer un poco a fuego suave.

**Pudding de coliflor.**—Se cuece la coliflor, hecha pedazos, en agua con sal y unos gramos de pimienta. Luego se cubre y pica muy menuda, mezclándola con pan rallado, huevos batidos y un poco de mantequilla.

Todo bien revuelto se pone en un molde o cacerola, engrasado con manteca y espolvoreado de pan rallado, cocciéndolo en el horno, sacándolo del molde cuando esté frío, y sirviéndolo cubierto con una béchamel, espesita y muy caliente.

4.º **COMIDA (Económico).**—Puré de lentejas.—Caldereta de cordero.—Uvas almíbar.

**Puré de lentejas.**—Este puré se sirve muy caliente y también con cuadritos de pan frito.

Para hacerle se cuecen las lentejas en agua con sal, se apartan y escurren luego, pasándolas, como a las patatas, por el prensapurés o colador de agujeros, y la pasta obtenida se cuece con el caldo de vigilia o de carne.

Aparte se frie cebolla en aceite, un ajo y una rama de perejil, todo picadito; después se le agrega un poco de harina, se reúne con el puré, que cocerá suavemente por una media hora, y se sirve.

**Caldereta de cordero.**—Se parte la carne en trozos pequeños, y después se ponen en una sartén o cacerola con aceite, ajos rajados y la sal suficiente, rehogándolo bien todo. Luego que esté frito se le agrega un polvo de pimienta molido, se le da una vuelta, y antes que se queme se cubre de agua. Se le deja cocer hasta que esté tierno, y después se le guisa machacando en el mortero ajos, guindilla colorada seca, que puede ser un poquito picante, y el hígado del cordero, con un poquito de miga de pan, si se quiere, se le pone a la carne, y así que esté espesa la salsa, se sirve.

**Uvas en almíbar.**—Se eligen uvas gruesas, sanas, hermosas y que no estén demasiado maduras, a las cuales se despelleja y deshuesa, estropeándolas la menos que sea posible. Conforme se va haciendo esto, se van echando en agua caliente para sacarlas en seguida y ponerlas extendidas a secar al sol, después de pesarlas.

Entre tanto, se clarifica una cantidad de azúcar igual que de fruta, quedando el almíbar en buen punto.

Cuando el almíbar esté frío, se une con las uvas, dándole un hervor a todo junto; se aparta, y cuando esté frío de nuevo, se pone en los tarros donde haya de guardarse, tapándolos en la misma forma que otro cualquier dulce.

ISABEL GALLARDO DE ALVAREZ.

PASATIEMPOS  
SEGUNDA SERIE

11. FRASE

12. CATASTRÓFICO

PERFUME  
X  
DIEZ GRAMOS DE AZÚCAR  
EN UN VASO DE AGUA.

NOTA AB DE... N  
PAN 51 1

13. MEZCOLANZA

N F H O Y M I L G I E P A R R A E S N O O E S L A A B I E N Y E N E  
N N E D O R N E P I A P A P A P R A P A S T A .

He aquí dos refranes, escritos sin dejar separación entre sus letras y sustituidas algunas de éstas por otras. ¿Qué refranes son éstos?

## EL MARIDO -:- LA MUJER

Recordamos que para tomar parte en este Concurso deben:

Las lectoras decir, pensando en su MARIDO (real o imaginado), cuáles serían en él:

- 1.º Las excelencias espirituales preferibles.
- 2.º Las menos esenciales.
- 3.º Las deficiencias morales más insufribles.
- 4.º Las más llevaderas.
- 5.º Las dotes físicas más gratas.
- 6.º Las menos estimables.
- 7.º Los defectos físicos más odiosos.
- 8.º Los más soportables.
- 9.º Las ideas y opiniones que debería tener respecto de las condiciones y costumbres de la vida presente.
10. ¿Desearía que se diese en él alguna preeminencia social? ¿Cuál en tal caso? ¿Cuál otra le sería indiferente o quizás indeseable?
11. ¿Qué profesión le gustaría más que tuviese?

Los lectores pensando en su MUJER (efectiva o presunta), decir cuáles serían en ella:

- 1.º Las excelencias espirituales preferibles.
- 2.º Las menos esenciales.
- 3.º Las deficiencias morales más insufribles.
- 4.º Las más llevaderas.
- 5.º Las dotes físicas más gratas.
- 6.º Las menos estimables.
- 7.º Los defectos físicos más odiosos.
- 8.º Los más soportables.
- 9.º Las ideas y opiniones que debería tener respecto de las condiciones y costumbres de la vida presente.
10. ¿Desearía que se diese en ella alguna preeminencia social? ¿Cuál es el caso? ¿Cuál otra le sería indiferente o quizás indeseable?
11. ¿Qué conocimientos y aptitudes le gustaría más en ella?

En cuanto a la forma de contestar a las preguntas concedemos entera libertad de tono, de extensión (no pasando de 1.500 letras) y de forma, como se puede ver por la diversidad de contestaciones que comenzamos a publicar. Lo único esencial es que no se hable sólo de EXCELENCIAS Y DOTES PREFERIBLES, sino también de EXCELENCIAS Y DOTES MENOS ESENCIALES; que no se citen solamente DEFECTOS ODIOSOS, sino también DEFECTOS MAS TOLERABLES. Es decir, que como indicábamos en las bases del Concurso, se hagan síntesis HUMANAS y no dibujos de caprichosa e imposible perfección.

## CONTESTACIONES RECIBIDAS

### ¿CÓMO DEBE SER EL MARIDO?

#### NÚMERO 8

*Las excelencias espirituales preferibles:*

No sé; siendo excelencias, todas me parecen bien. Ahora que, desde mi punto de vista de mujercita enamorada, acaso prefiriera la lealtad.

*Las menos esenciales:*

Aquellas que benefician menos a los demás: sensibilidad artística, exquisitez del gusto...

*Las deficiencias morales más insufribles:*

La cobardía: cobardía ante la vida, ante la responsabilidad, ante el sacrificio...

*Las más llevaderas:*

La debilidad, cuando es hija de la bondad.

*Las dotes físicas más gratas:*

Las que despiertan súbita simpatía y confianza.

*Las menos estimables:*

Las que responden a un tipo de belleza de tarjeta postal.

*Los defectos físicos más odiosos:*

Los que producen repugnancia.

*Los más soportables:*

Los que resultan cómicos sin llegar a lo grotesco.

*Las ideas y opiniones que debería tener respecto de las condiciones y costumbres de la vida presente:*

Un discreto admitir.

*¿Desearía que se diese en él alguna preeminencia social?*

Desde luego; pero no tan elevada que me obligara a levantar demasiado la cabeza.

Me gustaría que fuese admirado —que no es lo mismo que famoso—, y no podría soportar que fuese un ídolo.

*¿Qué profesión le gustaría más que tuviera?*

La de músico.

DOÑA DISCRETA.

#### NÚMERO 9

*Las excelencias espirituales preferibles:*

La caballerosidad, la sinceridad y la fidelidad. Deseo un hombre bueno —no un bendito, claro está—, un hombre natural, sencillo, de temperamento tranquilo y reposado. Cariñoso para su esposa y para sus hijos, si los tiene, y trabajador. Un hombre bueno, pero no un buen hombre.

*Las menos esenciales:*

No preciso un individuo de espiritualidad refinadísima. Soy una mujer sencilla, sin complicaciones, y no me es necesario tener a mi lado un psicólogo ni un adivino.

*Las deficiencias morales más insufribles:*

La crueldad y la volubilidad.

*Las más llevaderas:*

El orgullo, siempre que esté justificado; siempre que no sea vanidad.

*Las dotes físicas más gratas:*

Alto, pero no excesivamente; moreno o rubio —me es igual—, con un aspecto serio, sin hosquedad alguna, y con visible serenidad en un rostro, agradable, simpático y atrayente.

*Las menos estimables:*

El cabello rizado, las manos bonitas.

*Los defectos físicos más odiosos:*

La estatura ridícula, los defectos grotescos, la nariz deformada.

### ¿CÓMO DEBE SER LA MUJER?

#### NÚMERO 8

Antes de contestar quiero advertir que soy un hombre de gusto raro. ¡Con decir a ustedes que me gusta, de verdad, el whisky!

*Las excelencias espirituales preferibles:*

El heroísmo, para que pueda resistir los fines de mes (soy empleado de poco sueldo).

*Las menos esenciales:*

La exquisitez; que han hecho aborrecerla la signorina Bertini y doña Raquel Meller.

*Las deficiencias morales más insufribles:*

La gula (insisto en lo del empleo de poco sueldo).

*Las más llevaderas:*

La pedantería. Hay que ver la gracia que tiene una señora cuando dice, por ejemplo: «¡Yo que he leído a Carolina Invernizo...!»

*Las dotes físicas más gratas:*

Quisiera que fuese bajita, muy bajita, y chatita, muy chatita... ¡Me perezco por las chatitas!

*Las menos estimables:*

Una cabellera espléndida. ¡Para llevarla a lo «garçon»!

*Los defectos físicos más odiosos:*

Corpulencia y estatura exageradas..., por si vienen mal dadas.

*Los más soportables:*

La mudez; hasta tal punto que llego a preguntarme si esto sería un defecto.

*Las ideas y opiniones que debería tener respecto a las condiciones y costumbres de la vida presente:*

Transigentes, sobre todo con el precio de los comestibles y las cualidades del servicio doméstico; o, en último caso, una gran reserva en sus valiosas opiniones.

*¿Desearía que se diese en ella alguna preeminencia social?*

Mucho me gustaría que fuese abadesa; pero como esto es imposible, me contentaría con que no fuese intelectual.

*¿Qué conocimientos y aptitudes le gustaría más en ella?*

¡Hombre! Me encantaría que supiese el japonés.

UN SIBARITA.

#### NÚMERO 9

*Las excelencias espirituales preferibles:*

Una comprensión tan grande, tan afectuosa, que la permita inhibirse de ciertas cuestiones, hasta el punto de sentirse libre de celos, sobresaltos e inquietudes. Admirable sensibilidad para la música. Naturalidad perfecta. Un desapoderado deseo de tener hijos —base de la honradez— y un espíritu activo, incapaz de perezas. Miedosa, sin que imagine utilizar su miedo como elemento de coquetería.

*Las menos esenciales:*

Las cualidades brillantes exclusivas del hombre, como son la cultura, la facilidad para expresarse oratoriamente, escribir, dibujar...

*Las deficiencias morales más insufribles:*

El mal carácter, la testarudez y la propensión a los celos. Una mujer celosa, ¡ay!, es una llorona. Mi palabra de honor.

*Las más llevaderas:*

La coquetería sin transcendencia. Es decir, el gusto de vestir y —¡conformémonos!— de figurar.

*Las dotes físicas más gratas:*

Una mujer rubia, alta, elegante, esbelta, de ojos azules. Una mujer de belleza espiritual, que arroje sobre los que la miran la confu-



## ¿CÓMO DEBE SER EL MARIDO?

### Los más soportables:

La rudeza; incluso el aire campesino.

*Las ideas y opiniones que debería tener respecto de las condiciones y costumbres de la vida presente:*

Un poquito retrasado. Ya ven ustedes: como a mí, en el fondo, me molestan algunas cosas modernas, y no las vivo, me gustaría que mi marido no las viviera tampoco y las repudiase.

*¿Desearía que se diese en él alguna preeminencia social? ¿Cuál, en tal caso? ¿Cuál otra le sería indiferente o quizá indeseable?*

No; un hombre de trabajo, sin más preeminencias ni títulos que su propio esfuerzo.

*¿Qué profesión le gustaría más que tuviese?*

Ingeniero o médico.

### NÚMERO 10

*¿Las excelencias espirituales preferibles?*

¿Hay excelencias espirituales en la época que corre? No creo; y si las hay, a nosotras, las mujercitas modernas, no nos han enseñado a aquilatarlas.

«Fulanito es un gran partido.» «Menganito tiene una carrera terminada.» «Zutanito, un tío heredado y otro que heredar» (o sea, una fortuna y un tío vivo, que siempre es algo). Eso es lo que oímos desde pequeñas. La bondad, la simpatía, el sentimentalismo son cosas que hoy parecen carecer de importancia. Por eso no sé qué cualidad espiritual desearle a ese marido ideal de que MUJER nos habla.

*¿Las menos esenciales?*

La paciencia, que puede en ocasiones confundirse con la indiferencia. A mí deme usted (esto parece algo de descoco, ¿no?) un hombre impulsivo, de grandes pasiones y grandes odios. Esa es la forma de hacer de ese hombre lo que a mí me dé la gana.

*¿La deficiencia moral más insufrible?*

La pereza. Me horroriza uno de esos maridos que, por no tener nada que hacer ni nada en qué pensar, se fijan y hacen problemas de los asuntos domésticos. Los «cocinillas» son insufribles; los maridos metidos todo el día en casa, insoportables. Por eso, jamás, si hubiese sido de modesta condición, me hubiera casado con un zapatero de portal.

*¿Las más llevaderas?*

El mal genio. Ya he dicho que el carácter fuerte en los hombres es signo de virilidad.

*¿Las dotes físicas más gratas?*

El aspecto varonil, la complexión muscular, la mirada altiva y enérgica, la sonrisa dulce y acariciadora, el ceño terrible y espantable...

*Los defectos físicos más odiosos:*

Si son defectos físicos no pueden ser odiosos. Odio merece aquello que puede ser remediado. El defecto físico toma el carácter de desgracia. ¿Merece odio la desgracia?

*¿Los más soportables?*

El defecto es, o suele ser por regla general, insoportable; pero si no nos armamos de cierta tolerancia puede ser la sordera el más llevadero. El sordo es un ser humilde, reflexivo y no desprovisto de cierto romanticismo. Tiene, claro está, el inconveniente (?) de no poder ser radioescucha.

*¿Desearía que se diese en él alguna preeminencia social?*

Que sea del montón anónimo, municipal y espeso. El hombre ilustre y famoso, no es de su mujer, sino del mundo que le mimó y halaga y termina por arrebatárnoslo.

*¿Indeseable?*

Genio militar. Tal vez por ser mujer, hermana y futura madre pienso de esta manera.

*¿Profesión?*

Abogado. Pero no abogado de escritos y demandas. Abogado de verbo cálido y convincente; de datos concretos; de verdades salvadoras que hagan despertar a los señores magistrados y arranquen murmullos de asombro de la multitud.

Que lllore de gratitud el reo; le bendiga la madre de éste, que presencie la vista en un rincón oscuro, y que yo pueda besarle en la frente, al llegar a casa, como para aliviar su mente acalorada.

Un abogado no es menos piadoso que una enfermera. Es una hermana de la Caridad del alma.

P. M. A.

## ¿CÓMO DEBE SER LA MUJER?

sión de sus ojos fríos y risueños, vagorosos y enigmáticos. Que nadie sepa el fondo de esta mujer —sólo yo, claro está—, cuyo cuerpo, flexible y recio a un tiempo, se halle, como su rostro, lleno de una jovialidad imprecisa, desconocida, peligrosa. Que se diga de ella a su paso: «¡Es una mujer interesante!» Que ofrezca a las personas esa cortesía que marca, sin pretenderlo, la jerarquía entre dos: ella y los demás.

*Las menos estimables:*

El cabello ondulado.

*Los defectos físicos más odiosos:*

La obesidad, las manos sin carnalidad, sarmentosas.

*Los más soportables:*

Que no sea su rostro de una regularidad extraordinaria: boca grande, nariz corta, etc., etc.

*Las ideas y opiniones que debería tener respecto de las condiciones y costumbres de la vida presente:*

Ninguna. Pasará por el mundo actual con la despreocupación inconsciente de un niño, sin romperse ni mancharse. Las libertades en ella no serán tales libertades, y, por consiguiente, se ofrecerá irremprochable en todo momento.

*¿Desearía que se diese en ella alguna preeminencia social? ¿Cuál en tal caso? ¿Cuál otra le sería indiferente o quizás indeseable?*

Desde luego una mujer así, tal como la que vengo dibujando, ha de vivir en un ambiente «bien». Me molestaría el «título.»

*¿Qué conocimientos y aptitudes le gustarían más en ella?*

Una discreta cultura general. Aptitud para recitar, y no en público. Para mí solamente.

VALERY.

### NÚMERO 10

*¿Qué excelencias espirituales estimaría usted más en su mujer?*

La bondad. La bondad es al espíritu lo que una capa de nieve al paisaje; todo lo poetiza y todo lo allana. No hay paisaje feo cuando está nevado. La nieve, por sí sola, es ya un paisaje; la bondad, en sí misma, es ya un alma. No hay espíritu defectuoso con un alma buena.

*¿Cuáles otras apreciaría usted menos?*

La sabiduría. La sabiduría es siempre pequeña, porque nunca es absoluta. Además, la sabiduría es un freno para el corazón, y lo más grande que tenemos es el corazón. Yo le sacrifico gustosamente el cerebro. Lo verdaderamente elevado es lo que sentimos, no lo que pensamos.

*¿Qué dotes físicas le parecerían en ella preferibles y cuáles menos esenciales?*

Yo exigiría en mi mujer, ante todo, unos ojos bellos. Pero, entendámonos; yo considero a los ojos como algo subjetivo. Yo llamo «bellos» a los ojos diáfanos que dejan abierta la contemplación del alma, única belleza. Para mí, los ojos no tienen valor objetivo. Odio los «ojos-abismo», que no dejan ver nada más allá de los ojos.

*¿Qué ideas le gustaría a usted que tuviese sobre la familia, la sociedad, y, en general, las condiciones y costumbres de la vida moderna?*

Sobre la familia, me gustaría que mi mujer la considerase como un mundo, y que, desde él, mirase a la tierra como se mira a las estrellas. Yo desearía que para mi mujer no existiera nada fuera de la familia. Envidio la paz de la primera familia, sabiéndose única y contemplándose a sí misma. Sobre la sociedad (si se habla de «la sociedad», no de «esta sociedad»), me gustaría que mi mujer vistiera luto por ella. En cuanto a la «sociedad-causa» de la actual «Vida-producto», yo exigiría que mi mujer la temiera tanto... tanto... que viviera continuamente aferrada a mí y considerase a nuestro amor como lo único capaz de inmunizarla contra su poder corrosivo.

*¿Qué preeminencia social preferiría usted que se diese en ella, y cuál otra le sería indiferente o quizá indeseable?*

Preferibles, ninguna. Es decir, una; la de madre. La maternidad es la máxima preeminencia social. Indeseables, todas. Los títulos «esposa» y «madre» son incompatibles con todos, igual que los títulos aristocráticos son incompatibles con los oficios manuales.

*¿Qué conocimientos y aptitudes le gustarían más en ella?*

Muchos. Pero ninguno más de los que el pueblo exige, reunidos, en lo que él bautiza como «mujer de su casa». La «mujer de su casa» es una enciclopedia que tiene cuanto puede desear el «hombre de su mujer».

EL CABALLERO DEL ANTIFAZ.

*Aunque es de toda evidencia, y aunque para la inmensa mayoría de nuestras lectoras y de nuestros lectores estas observaciones son, por varios conceptos, innecesarias, pudiera, para algún caso aislado, ser conveniente recordar:*

1.º Que MUJER no devuelve los originales espontáneos ni mantiene correspondencia acerca de ellos.

2.º Que MUJER en todas sus secciones, Concursos inclusive, no publica sino lo que libérrimamente quiere publicar.

3.º Que el hecho de remitir un original cualquiera supone el someterse plena y absolutamente a lo que queramos hacer con él; supone autorizarnos para que lo publiquemos íntegramente o parcialmente o para que no lo publiquemos; y supone, en fin y en suma, renuncia absoluta a toda clase de quejas o reclamaciones por cualquier concepto.



# He recibido su carta



**ALMA ESPAÑOLA.**—En muchas tiendas de labores se encargan de hacer la ampliación de estos dibujos. Además, MUJER está organizando un servicio de calcos de labores, que será la mejor de las satisfacciones a su deseo.

Elegante, si me parece ese perfume; pero para una muchacha, encuentro más discreto usar solamente esencias de flores, de ciertas flores, principalmente lilas blancas.

Me parece —y perdóneme la franqueza— un grave error el querer cambiarse el color del cutis, ni para blanquearlo, ni para oscurecerlo. Lo que hacen esas artistas, a las que usted se refiere, es pintarse con unas pastas especiales en el momento de salir a escena.

Puede regalarle una boquilla, un bastón, una pulsera esclava, un reloj, gemelos. Si me da usted, respecto a este particular, algunos detalles más —si tiene que ser para su uso personal, la cantidad aproximada que desea gastar, si es regalo de boda, para el santo, o mero recuerdo— le indicaré otros objetos.

Su letra es bonita y revela distinción y cultura.

En la ropa de casa, se ponen las iniciales de los dos apellidos: primero la del marido, dominando; al lado, o enlazada, la de la mujer. Se bordan estas iniciales en las sábanas, cuadrantes, manteles, etc..., etc... En los manteles grandes, se bordan dos enlaces o grupos de iniciales; y asimismo en los caminos de mesa, uno en cada extremo; en los manteles pequeños, uno solo en el centro.

**LLENA DE PREOCUPACIONES.**—Sí, el dormir con la cabeza demasiado alta ha debido de contribuir al desarrollo de ese defecto que la aflige; y también, quizá, la gimnasia sueca, cuya práctica equivocada puede ser muy perjudicial para la belleza y la salud. Debe usted, desde luego, dormir sin almohada —esto es sumamente beneficioso y todo el mundo debería acostumbrarse a ello desde niños—, pero no creo que ahora ya, esto baste para remediar el mal; lo mejor son masajes, por persona especializada en la materia.

No siendo por necesidad de adelgazar, ¿por qué permanecer de pie después de las comidas? Mejor, andar un rato.

Debe disminuir esa dosis de amoníaco, que me parece excesiva para un litro de manzanilla; el amoníaco —amén del riesgo de «la perla»— hace el pelo quebradizo.

**MARY-MILLY.**—1.<sup>a</sup> y 2.<sup>a</sup> Me es imposible contestarla a estas dos preguntas, pues esta sección está rigurosamente exenta de publicidad.

3.<sup>a</sup> Envuélvase los brazos, por las noches, en un paño mojado en agua oxigenada.

4.<sup>a</sup> A su edad de usted me parece que el mejor medio para crecer es... el tiempo. Lo que no debe es engordar más, pues el exceso de grasa es feo y además perjudicial para la salud; de no ser extremada, aún, la gordura en usted, le bastará con hacer mucho ejercicio, evitar en su alimentación las féculas, las golosinas, y comer siempre el pan muy tostado.

Un millón de gracias por los amables elogios que dedica a esta Revista, cuyos esfuerzos constantes y sacrificios, se ven premiados con creces por la aprobación de lectoras tan simpáticas como usted.

**M. V. G. (León).**—Gracias, una y mil veces, por sus amables líneas; usted también me resulta a mí sumamente simpática; no tiene usted razón al suponer que nos haremos amigas: lo somos ya.

1. El seudónimo de la reina Isabel de Rumanía tiene una explicación sencillísima: «Carmen», en latín, significa poema; «Silva», significa selva. La difunta soberana poetisa se hacía llamar, por lo tanto, Poema de la Selva.

2. Eso y cuanto usted mande se admitirá... con tal de que sea del agrado del director. A él debe usted dirigirse; pero sin ver los trabajos, dudo que la pueda contestar.

3. ¡Cuánto siento no poderla contestar a su última pregunta que —lo confieso— me intriga un poco! Tengo la carta en cuestión, pero no lleva señas, y... no he conservado el sobre.

**FLORINDA.**—Va usted muy bien así; claro está que si se tratase de un régimen severo para una obesidad pronunciada, yo le diría: suprima el agua en absoluto. Pero en este caso, no merece la pena y basta con lo que hace, con tal, solamente, de que en la lista de los alimentos suprimidos incluya usted las golosinas.

Su letra es bonita, pero me parece poco *hecha*; escriba usted mucho y adquirirá la soltura que le falta. ¡Ah!, y cuide de no inclinar la letra hacia la izquierda; esta tendencia —afortunadamente apenas indicada en usted— es, a juicio de los grafólogos, señal de... falta de sinceridad.

Tengo la certeza de que puede corregir facilísimamente este defectillo.

**POLESA.**—Celebro que le haya gustado nuestro dibujo; lo mejor, tutor de algodón.

**SOLITA.**—No le aconsejo el terciopelo; si acaso, negro, con algún adorno amarillo fuerte o de oro, o de encaje blanco o amarillento. Pero, para afinarla, mejor es el crespón de China o la *charmeuse*; también le conviene, para la falda, la muselina de seda plisada; resultará preciosa con un *sweater* adornado con tisú de oro, o con un cuello de encaje de Venecia. Debe usted llevar las mangas largas y ceñidas, el color oscuro, la hechura muy sencilla y los adornos, verticales siempre.

Respecto a los Concursos, ya habrá usted leído la nota que se publicó en el último número.

Muy simpática, pero la letra no es muy bonita; puede que le quede preciosa, haciéndola más alta y picuda.

**VIOLETAS IMPERIALES.**—De 55 a 58 kilos.

Para los granos, no puedo indicarle nada sin saber de qué provienen; puede ser del hígado, de las malas digestiones, de la impureza de la sangre o simplemente de la piel. Debe usted consultar un médico, y él la dirá si los remedios han de ser internos o externos. Comprenda usted que, en este último caso, las cremas y aguas de belleza no le servirían para nada.

**PASIONARIA.**—Literatura, buena literatura, la hay efectivamente en España, tanto o más que en cualquier otro país del mundo; pero las novelas españolas, propias para muchachas... no abundan. De todos modos, le indicaré algunos libros, novelas, u obras que, sin ser novelas precisamente, son de una lectura amena y grata, como ocurre con todo libro bien escrito.

Vea usted los títulos de obras españolas de Martínez Sierra, Azorín, Ors y Gorbea, que le indiqué en esta misma sección a «Flor de Nieve» en el número 15. Y añada usted a ellas *Platero y yo*, de J. R. Jiménez, y *Lecturas para mujeres*, de Gabriela Mistral.

Ya que tanto la interesa —y le alabo el gusto— la literatura de nuestro país, le aconsejo la colección de antologías de la «Biblioteca Calleja», en que hay tomos dedicados a Azorín, Palacio Valdés, Clarín, Quevedo, Baroja y Alarcón.

Y no le aconsejo la lectura de nuestros clásicos, porque, a juzgar por la cultura que revela su carta, presumo que se los sabrá usted de memoria.

**ANA MARÍA.**—Eso que usted desea es absolutamente imposible de conseguir, como no sea con los medios artificiales que usted rechaza. De no ser así, tenga usted la seguridad de que no los emplearía nadie.

**DOLORES GÁMEZ.**—Celebro con toda mi alma que el producto que le recomendé le haya dado tan buenos resultados, y más aún, que le haya inspirado tal confianza en mis consejos. Haré por seguir mereciéndola, y, para ello, le indicaré en el próximo número una fórmula insuperable para contener la caída del pelo, según desea su mamá.

**ELEGANTE.**—No tiene más que escribir a la Administración de MUJER enviando *una peseta* en sellos, y recibirá, libres de gastos, los 2 números que desea.

El papel se usa ahora no muy grande y en color azul o blanco; los tarjetones, que hagan juego.

No se pone ni el nombre, ni las iniciales, sino solamente las señas; pero no impresas, sino grabadas; nada de adornos.

Si realmente mide y pesa lo que dice, es usted esbeltísima. ¿Está usted segura de no equivocarse?

**ALMA CRIOLLA.**—Mejor, a la Editorial. Y perdóneme si por falta de espacio no contesto más extensamente a su amable carta que, de veras, le agradezco.

**MARÍA-LÚ.**—MUJER ha publicado en sus números 15 y 16, artículos competentísimos sobre ese particular. De todos modos, ahí va una receta que suele dar buenos resultados para conservar el cabello rubio o castaño: «Tuétano de vaca derretido, 30 gr.; manteca de cerdo derretida, 30 gr.; bálsamo del Perú, 2 gr.; vainilla, 1 gr.; aceite de avellana, 4 gr.» Se hace calentar al baño de maría una media hora; se cuele esta composición, se deposita en una vasija de loza, donde se bate con la mano de madera durante una media hora, y, en seguida, se pone en un tarro.

Para las arrugas precoces, dese todas las noches lociones con la siguiente composición: «Agua de rosas, 100 gr.; leche de almendras, espesa, 25 gr.; sulfato de aluminio, 2 gr.» También son excelentes los untos de aceites de almendras dulces.

Pero si las arrugas están ya muy pronunciadas, convendrá que le dé masajes faciales una persona especializada en la materia, o adopte usted el uso, en casa, durante media hora diaria, de ciertas mascarillas de goma, completas o parciales, especiales para el caso.

**CRUZ DE MAYO.**—Le agradeceré me vuelva a escribir, pues no entiendo muy bien lo que desea.

**L. M. N.**—Se parece a la lagartija, pero no es exactamente lo mismo. No creo que ese remedio ofrezca peligro; pero, desde luego, no debe usted de ningún modo ensayarlo en la cara, sino lo mismo que su amiga, y si realmente da resultados tan extraordinarios. ¿Quiere hacérmelo saber? Confieso que me interesaría enormemente... y me sorprendería aún más.

En cuanto a la otra receta, me deja muy escéptica; ¡si viera usted que conozco tantos, y carísimos y *ninguno* perfecto! Lo único seguro es la electricidad.

**MERCOLINA DEL CASTILLO.**—Supongo que se refiere usted a alguna crema de belleza..., ¿o es que realmente tiene el propósito de «esmaltarse» la cara? Me resisto a creerlo y le agradeceré ponga este punto en claro. Si efectivamente se refiere a las cremas, vea las fórmulas que publicó MUJER en su núm. 14, pág. 22.

# „PRESA“

LA CASA DE LOS SOSTENES

GRAN CORSETERÍA

FUENCARRAL, 72. :: Teléfono M. 48-00

MADRID

## VELLO

DESAPARECE  
INMEDIATAMENTE  
CON EL

## DEPILATORIO GVIDOR

INOFENSIVO E INODORO

ESTUCHE, 6 PESETAS

EN DROGUERÍAS Y PERFUMERÍAS

CONCESIONARIO: P. Suñer-Sicilia, 29. Barcelona.



¿LE GUSTAN  
A USTED MIS OJOS?

Uso la célebre pasta  
NORTEAMERICANA, núm. 55  
para embellecer las pestañas.

Nada mejor para embellecer los ojos y dar realce y brillo a la mirada. En forma de pasta muy fluida, su aplicación es fácil y cómoda, no irrita ni pica a los ojos, no ennegrece el lagrimal, no destiñe al frotarse o al reír, no forma grumos.

Riza, ennegrece y alarga las pestañas.

Frasco, ptas. 3,50 en las droguerías.

DEPOSITARIO:

JOSÉ CINTO. — RUIZ, 18. MADRID

ESTABLECIMIENTOS

# MADAME X



**Madrid:** Travesía del Arenal, 2, esquina a Mayor, 8.

**Barcelona:** Paseo de Gracia, 127.

**Sevilla:** San Isidoro, 1, ent., esquina a Francos, 21.

**San Sebastián:** Garibay, 22.

**Vigo:** Victoria, 8.



FAJAS, CORSES, SOSTENES Y PANTALONES, TODO DE CAUCHO PURO :: SERVILLETAS ABSORBENTES :: PROTECTOR Y CINTURILLA DE CAUCHO PURO :: AJUAR PERIÓDICO :: DUCHA VAGINAL :: CURA FACIAL :: MEDIAS DE CAUCHO :: BOTELLAS DE CAUCHO, ETC.

**MADAME X, Travesía del Arenal, 2 - MADRID**

# Fuera

Sin teñirlas  
ni arrancarlas

# Brillantina



MARCA REGISTRADA

# canas

# India

(Sin grasa)  
Gran invento

Producto antiséptico completamente higiénico, compuesto de raíces indias aromáticas. Único que SIN TEÑIR, y por consiguiente sin manchar ni perjudicar nada en absoluto, devuelve en pocos días a las canas su color primitivo o hace que no salgan si se empieza a usar antes de tenerlas. Por el nuevo procedimiento de proporcionar al cabello el jugo necesario, fortificando su raíz, evitando su caída y devolviéndole el jugo perdido, pues la cana no la motiva otra causa que la falta de dicho jugo, sin el cual se debilita la raíz, haciéndole perder su color y fuerza. Este producto ha sido premiado con medalla de oro y diploma de mérito en el Congreso de Higiene, por haber comprobado que es absolutamente inofensivo y de inmejorables resultados. Exíjase en la etiqueta la figura de la india, marca registrada. Precio en España, 5 pesetas frasco. De venta en todas las perfumerías y droguerías. Por mayor, José Barreira, calle Muñoz Torrero, 6, Madrid, y principales almacenes.

# LA COCINA

Gran Enciclopedia gastronómica, publicada por la EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA"



DOS TOMOS  
175 grabados  
6 láminas,

200 Sopas, consommés  
y cocidos.  
100 Guisos de huevos.  
409 Pescados.  
443 Carnes.  
Infinidad de fórmulas  
para tés, meriendas,  
etcétera.

## 3.000

## recetas

Definitivamente incorporadas  
a la Ciencia culinaria.

PARA TODOS LOS GUSTOS  
PARA TODAS LAS BOLSAS  
PARA TODOS LOS CASOS

PARA MESAS LUJOSAS  
PARA HOGARES MODESTOS  
PARA RICOS O HUMILDES BOCADOS

PARA GRANDES COMIDAS  
PARA ESCUETOS YANTARES  
PARA HACER COMPATIBLES EL GUSTO Y EL GASTO



DOS TOMOS  
1.076 páginas  
de texto.

317 Caza y aves.  
260 Verduras y le-  
gumbres.  
35 Arroces.  
44 Ensaladas.  
500 Dulces y postres.  
Etc., etc., etc.

## Señora...!

Ensaye usted este libro.

... y lo consultará todos los días  
... y mejorará su mesa  
... y reducirá su presupuesto.

Tan seguros estamos que devolveremos a usted su dinero si no comprueba que **LA COCINA** es el mejor, y más completo, y más útil, y más práctico libro de cocina.



PRECIOS DE LA OBRA COMPLETA:

**18** pesetas en rústica con  
cubierta en colores.

En tela, sólida encuadernación, pesetas **21**



SE VENDE A PLAZOS

PÍDANSE · CONDICIONES

A LA

EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA" S. A.

CALLE DE VALENCIA, 28. MADRID